



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Letras Clásicas

Pier Paolo Vergerio
De ingenuis moribus et liberalibus adulescentiae studiis

Traducción comentada que, para
optar el título de licenciado
en Letras Clásicas, presenta

Omar López Pacheco

Asesora: Mtra. Patricia Villaseñor Cuspinera



Ciudad Universitaria, D. F., noviembre de 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Indudablemente este trabajo es fruto del esfuerzo de muchas personas. En primer lugar, de quienes han formado mi ser: mis padres, Juan y Ceci, por haberme dado una vida maravillosa. Mis hermanos, †Alejandro, Susana y Ricardo, quienes me han compartido lo mejor de ellos. Mis amigos, cuyos nombres llevo siempre *in marsupio cordis*, pues siempre han estado presentes para apoyarme comprensivamente. Mis grandes maestros de vida, Sergio López y Pablo Rojas, cuyas enseñanzas han sido muy valiosas para mí. Gracias por ayudarme a construir esta vida.

En segundo lugar, de quienes me formaron académicamente, principalmente en mi etapa universitaria. Mención especial merecen los lectores de esta tesis, que contribuyeron significativamente a su mejoría: José Luis Quezada, José Molina, Teresa Rodríguez y Pedro Tapia, quien me ha enseñado más que griego y me ha ofrecido su amistad sincera; mi asesora, Patricia Villaseñor, poseedora de una paciencia inconmensurable, quien me guió en este proceso compartiendo su sabiduría. A toda la UNAM, mi *alma mater*, por haber sido un espacio de crecimiento. Gracias.

A mis padres, Juan y Cecilia.

A mis hermanos, †Alejandro, Susana y Ricardo.

ÍNDICE

Prefacio	I
I. Introducción	1
I. 1. Pier Paolo Vergerio	1
I. 1. a Reseña biográfica	1
I. 1. b. <i>De ingenuis moribus et liberalibus adulescentiae studiis</i>	6
I. 2. <i>Paideia</i> y humanismo	21
I. 2. a. El humanismo y la cultura clásica	22
I. 2. b. Elementos de la educación antigua en la pedagogía de Vergerio	35
II. Texto latino y traducción	31
III. Comentarios	72
IV. Conclusión	98
V. Bibliografía	101

Βακτηρία γάρ ἐστὶ παιδεία βίου
Menandri *Sententiae*, 122

El que escribe al último
escribe mejor.
Yo apenas empiezo.

Efraín Huerta, *Lección*.

PREFACIO

Dedicarse a estudiar un texto renacentista en una carrera que se ocupa de los clásicos puede parecer un despropósito. El que yo haya decidido hacerlo se debe a la manera que hallé para entender la relación entre la lejana cultura clásica y la nuestra. Ciertamente los clásicos no se han estudiado totalmente, y quizá esto nunca se logre; sin duda no considero que no haya asuntos por reflexionar en ellos, ni pienso que la lejanía espacio-temporal impida su relación con nuestra cultura; por el contrario, leer a los autores humanistas me permitió descubrir que los griegos y los romanos no estaban sepultados para olvidarse, y que sus escritos seguían disponibles para encontrar respuestas a las preguntas que nos planteamos, que muchas veces son las mismas que ellos hicieron.

He elegido la obra *De ingenuis moribus et liberalibus adolescentiae studiis* de Pier Paolo Vergerio porque me pareció un ejemplo de la aplicación de las propuestas de los clásicos, específicamente en la educación del adolescente. Puesto que este tratado se escribió en 1402, consideré apropiado añadir algunas páginas sobre las generalidades del humanismo incipiente al que perteneció Vergerio: primeramente ofrezco un esbozo de la vida de este autor, reuniendo los datos aportados por sus principales biógrafos. En segundo lugar, resumo los planteamientos del

tratado de Vergerio. Enseguida, señalo uno de los rasgos característicos del humanismo: su voluntario retorno a los clásicos, sin pretender un estudio exhaustivo de la cuestión. Finalmente indico los elementos que Vergerio adoptó de los clásicos para elaborar su plan de estudios.

La médula del presente trabajo consiste en el texto latino y su traducción al español. En mi traducción procuré respetar lo dicho por el autor, sin que esto haya significado literalidad; la libertad que me permití fue en aras de ofrecer *pro modulo ingenii mei* una versión clara. A manera de comentario, incluyo las referencias a los autores clásicos que he podido identificar en Vergerio. De esta manera quedará demostrado, espero, que Vergerio construyó su plan sobre los fundamentos de la *paideia*.

Mi propósito al acercarme a los humanistas es saber cómo adquirir el conocimiento de los clásicos y cómo atraerlos a nuestro presente. No se hallará aquí un estudio especializado ni del autor, ni de su obra, ni mucho menos del humanismo; el presente trabajo solo pretende divulgar la propuesta pedagógica de los humanistas, específicamente la de Vergerio, fundamentada en el pensamiento de los clásicos.

I. INTRODUCCIÓN

I. 1. Pier Paolo Vergerio

I. 1. a. Reseña biográfica

Conocer la vida de Pier Paolo Vergerio¹ no es asunto fácil, ya que por mucho tiempo prácticamente fue desconocido; a inicios del s. XX se recuperó la figura de Vergerio, y los datos que han hallado los especialistas se basan principalmente en sus cartas. Se sabe que nació entre 1368 y 1370,² e incluso hay quienes, no sin controversias, proponen el 23 de julio de 1370 como fecha exacta.³ Hijo del notario Sir Vergerio di Giovanni de' Vergeri y de Elisabetta de Azonis, vivió desde su nacimiento en Capodistria (también conocida como *Iustinopolis*, de donde a Vergerio se le añade el *cognomen Iustinopolitanus*) que en ese tiempo pertenecía a la República de Venecia.

Debido al incendio de su ciudad natal a manos de los genoveses, durante la guerra de Chioggia,⁴ su familia se refugió en Cividale del Friuli de 1380 a 1382, donde fueron bien recibidos:

“después de mi niñez estuvimos en una inmensa calamidad, como destruyeron mi patria natal, residí con mis padres por dos años en Friuli, donde fuimos afablemente recibidos, con mucha benevolencia y con muchísimos beneficios (lo cual siempre tendré presente);

¹ Para diferenciarlo de un homónimo suyo, reformador italiano que vivió a inicios del s. XVI, se añade el atributo *il Vecchio* al nombre de nuestro autor; como en el presente trabajo no hay lugar para esta ambigüedad, omito tal atributo.

² McManamon, Jhon M., *Pier Paolo Vergerio the Elder. The humanist as orator*, p. 1.

³ Nemeth-Papo, *Pier Paolo Vergerio il Vecchio. Una breve biografia*, p. 49; McManamon, *ibid.*

⁴ Conflicto bélico de finales del s. XIV en el que la República de Génova y la República de Venecia se disputaron el control del mar Egeo. El nombre se tomó de una población del territorio veneciano.

ciertamente se adhirió tan profundamente en mi ánimo aquella tierra, que siempre será considerada como mi patria.”⁵

Y lograron conservarse incólumes, aunque, a su regreso a Capodistria, su padre fue visto como traidor por no haber permanecido en su ciudad durante el embate genovés, lo cual ocasionó que perdiera su posición que les concedía ciertos privilegios. Aunque no hay datos sobre su formación básica,⁶ puede suponerse que, al menos hasta antes de la guerra de Chioggia, como hijo de un notario, recibió una esmerada educación.

Su formación superior comienza en 1385, año en que se traslada a Padua para realizar sus estudios de gramática latina y dialéctica, y ya en 1386 se encuentra enseñando esta materia en Florencia,⁷ donde también realizó estudios de derecho civil y adquirió sus primeras nociones de la lengua griega;⁸ su estancia en esta ciudad le permitió participar de las reuniones en la basílica de Santo Spiritu y relacionarse con intelectuales y humanistas que allí acudían, como Coluccio Salutati⁹ y Francesco Zabarella,¹⁰ con quienes conservará una larga amistad, según lo testifica el comercio epistolar que hubo entre ellos, donde discuten sobre los temas que interesaban a los humanistas; de hecho, Salutati se valió de una carta para alabar el *De ingenuis moribus* de Vergerio (cf. infra). En 1388 enseña lógica y estudia física en Bolonia; además, ahí escribe su primera obra literaria, la comedia *Paulus, ad iuvenum mores corrigendos*, en la cual imita

⁵ Cf. *Epist.*, 95: “Nam posteaquam puer, eversa natali patria, Forumjulii biennio cum parentibus incolui, ubi (quod semper prae me feram) et humanitate multa et beneficiis plurimis comiter habiti, in summa calamitate fuimus, ita quidem penitus animo meo inhaesit sedes illa terrarum ut postea semper loco patriae mihi haberetur.”

⁶ McManamon, *op. cit.*, p. 14.

⁷ Nemeth-Papo, *ibid.*; McManamon, *op. cit.*, p. 11

⁸ Nemeth-Papo, *ibid.*

⁹ Político y escritor italiano, principal promotor del Renacimiento florentino. Entre sus escritos destacan las *Epistulae*, que intercambió con los principales intelectuales de su época, y *De laboribus Herculis*.

¹⁰ Eclesiástico italiano. Durante el de Occidente, influyó para que el antipapa Juan XXIII dimitiera del pontificado.

a Plauto y Terencio, no sólo en la forma, sino también en sus ideales pedagógicos; en esta comedia, la primera de este lapso del Renacimiento que se basaba totalmente en modelos clásicos,¹¹ Vergerio comenzaba a fijar su pensamiento pedagógico, dirigido a la formación moral de los jóvenes. Este periodo de estudios lo alejó del plan de vida pensado por su padre, quien deseaba que su hijo se convirtiera en mercader e insistía para que se casara con una mujer de buena posición, a fin de restablecer, con la ayuda de la dote, la posición social y económica que la familia había perdido en la guerra de Chioggia; sin embargo, Vergerio ignoró las amonestaciones paternas y permaneció soltero,¹² además de pobre.¹³

En 1390 regresa a Padua, en cuya universidad se presenta como doctor en Artes y Medicina.¹⁴ Combinaba sus estudios con su labor filológica, ya que en esta época realizó la edición del *Africa* de Francesco Petrarca a instancia del círculo de Padua, que poseía el manuscrito;¹⁵ el trabajo de Vergerio no fue insignificante: además de las correcciones, incluye su *Sermo de vita et moribus et doctrina illustris et laureati poete Francisci Petrarce* (una biografía del poeta) y un resumen, en verso, de cada uno de los libros.¹⁶ Fruto de su conocimiento sobre la obra de Petrarca fue el haber compuesto una respuesta que le envió a éste por su crítica a Cicerón: Petrarca, tras descubrir las *Epistolae ad Atticum*, escribió al arpinate reclamándole que hubiera abandonado su *otium* para participar en la vida política de Roma (que estaba en plena guerra civil),

¹¹ McManamon, *op. cit.*, pp. 22-24.

¹² McManamon, *op. cit.*, pp. 11-12.

¹³ Baron, Hans, *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*, pp. 169-170.

¹⁴ Este momento de la formación académica de Vergerio no es del todo claro, ya que, según algunos datos recogidos de sus cartas, en 1405 presentó sus exámenes de licencia y laurea en Artes, Medicina y Derecho (civil y canónico), por lo que puede ser que realmente haya regresado a Bolonia a concluirlos, cf. Nemeth-Papo, *op. cit.*, p. 50.

¹⁵ McManamon, *op. cit.*, p. 51.

¹⁶ *Epist.* LVIII; vid. también: José Luis Quezada Alameda, "Francesco Petrarca, *Africa* IX", tesis de licenciatura, México, 2009, pp. 34-35.

algo indigno de un filósofo, según Petrarca; Vergerio, en nombre de Cicerón, le responde a Petrarca: “no fueron hechas [*sc.* la filosofía y la cultura] de modo que sirvieran a mi autosatisfacción, sino para ser empleadas en beneficio de la comunidad. Siempre me ha parecido que la filosofía mejor y más madura es aquella que habita en las ciudades y huye de la soledad.”¹⁷

Por estos años escribió también sus *Orationes pro sancto Hieronymo*, pues desde su infancia tuvo una gran devoción a este santo, cuya figura influyó en la visión de sus estudios;¹⁸ probablemente también deban ubicarse en este tiempo los otros trabajos titulados *Vita Senecae*, *Oratio Senecae ad Neronem Imperatorem*, *De situ Iustinopolis* y *De republica Veneta*.¹⁹ En 1398 viaja a Roma con Zabarella y, tras ver el estado de la antigua ciudad, compuso su *De statu veteris et inclytæ urbis Romæ*; ese año, en Florencia, acude a las lecciones de griego impartidas por Manuel Crisoloras, invitado por Salutati, lo cual marcó su formación, ya que pudo acceder a los escritos griegos, tan descuidados desde la época medieval. Ahí fue presentado a Francesco Novello da Carrara,²⁰ quien se hallaba exiliado; desde entonces, Vergerio busca asegurarse un lugar en la corte de Carrara; como parte de su esfuerzo por atraerse la benevolencia de Francesco, escribe, en 1402, su *De ingenuis moribus et liberalibus adulescentiæ studiis*, la primera obra suya que fue publicada; sin embargo, no logró su objetivo de instalarse en la corte; en estos años debe ubicarse la composición de las obras *De principibus Carrariensibus* y *De monarchia*; las teorías expuestas en ellas no influyeron en la política de los Carrara.²¹

¹⁷ *Apud* Baron, Hans, *op. cit.*, pp. 25, 108. Sobre esta idea de Cicerón, es célebre el pasaje de su *Pro Archia*, 12.

¹⁸ McManamon, *op. cit.*, p. 126.

¹⁹ Nemet-Papo, *op. cit.*, p. 50.

²⁰ Noble italiano, último *Signore* de Padua, además padre de Ubertino, a quien Vergerio dedica su obra *De ingenuis moribus*. Se hallaba en Florencia debido a que su ciudad fue ocupada en 1389. Con ayuda del Reino de Venecia logró recuperar su ciudad en 1390.

²¹ McManamon, *op. cit.*, p. 119.

En 1405, después de su fracaso político con los Carrara, se trasladó nuevamente a Padua, donde reafirmó sus credenciales académicas en Artes, Derecho y Medicina; con sus títulos académicos, comenzó a involucrarse en los asuntos eclesiásticos, y se unió a la corte papal de Inocencio VII, en Roma. Aunque no hay registros de su nombre en los archivos papales,²² se supone que durante estos años realizó algunas actividades en dicha corte. Tras la muerte de Inocencio VII, apoyó a Gregorio XII, pero, decepcionado por la corrupción eclesiástica, decide abandonarlo secretamente; probablemente, debido a esta traición, estuvo encarcelado en Venecia de 1409 a 1411.²³ Cuando, para terminar con el llamado Cisma de Occidente, el emperador Segismundo convocó al concilio de Constanza, Vergerio acompañó a Francesco Zabarella a dicho encuentro eclesiástico; se tiene registro de que Vergerio fue uno de los *votorum scrutatores*, lo que le ganó la simpatía del emperador, el cual lo coronó como *poeta laureatus*. En 1415 formó parte, como *procurator generalis et specialis*, de la legación de Segismundo ante el papa Benedicto XIII para pedirle que renunciara al papado, a fin de que se solucionara el Cisma.²⁴ Terminada la legación, Segismundo decidió realizar un viaje por Europa antes de regresar a Constanza; es muy probable que Vergerio lo acompañara, ya que, además de que no se registra su nombre entre los que regresaron al concilio, fue acusado de hereje por haber seguido al emperador.²⁵

Al concluir el concilio, Vergerio sigue a Segismundo a Buda como parte de la corte imperial; nuevamente la historia calla sobre la vida de Vergerio en estos años; sin embargo, se sabe que el emperador aprovechó todas sus cualidades; ejemplo de ello es la versión que hizo del griego al

²² McManamon, *op. cit.*, p. 138.

²³ Nemeth-Papo. *op. cit.*, pp. 51-52.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid*; McManamon, *op. cit.*, p. 151.

latín de las obras de Arriano, la *Anabasis Alexandri* y la *Historia Indica*. En 1437 murió Segismundo, por lo que Vergerio se refugió en la sede episcopal de Nagy-Várad, bajo la protección del obispo Giovanni de Dominis. Olvidado, comenzó a perder la lucidez; en mayo de 1444 hizo su testamento y murió a finales de julio de ese año,²⁶ dejando una ingente biblioteca.

I. 1. b. *De ingenuis moribus et liberalibus adulescentiae studiis*

El interés de Vergerio por la educación de los jóvenes se hace patente en dos de sus obras: la comedia *Paulus, ad iuvenum mores corrigendos* y el tratado *De ingenuis moribus et liberalibus adulescentiae studiis*. En este tratado, Vergerio expone el tema de su obra: “emprendí este trabajo breve, y comencé a escribir para ti sobre los estudios y costumbres liberales de la adolescencia.”²⁷ El título con que se conoce se menciona en la carta que dirigió Salutati a Vergerio para alabar su obra: “Ayer, por la tarde, varón insigne, hermano y amigo muy querido, vino a mí don Ognibene, varón notable y egregio doctor en leyes, y me presentó tu librito, que cuidaste en editar para Ubertino de Carrara, habiendo tomado el título de *Sobre las nobles costumbres y los estudios liberales de la adolescencia*.”²⁸

Este tratado, escrito en 1402²⁹ y dedicado a Ubertino da Carrara, es considerado “la primera compilación sistemática de los nuevos estudios [...], el paradigma humanístico aparece ya nítidamente perfilado.”³⁰ Su

²⁶ McManamon, *op. cit.*, p. 167; Nemeth-Papo, *op. cit.*, p. 53.

²⁷ § 4: breve hoc opus suscepi et de liberalibus adulescentiae studiis ac moribus [...] adortus sum ad te scribere.

²⁸ *Epist.*, CXXXIX: Hesterno vespere, vir insignis, frater et amice carissime, venit ad me spectabilis vir et egregius legum doctor dominus Ognibene, praesentavitque libellum tuum, quem Ubertinum de Carraria sumpto titulo de ingenuis moribus et liberalibus adulescentiae studiis, edere curasti.

²⁹ Kallendorf indica “was written ca. 1402-1403”, *Humanist educational Treatises*, p. X.

³⁰ Luis Fernández, *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*, p. 17.

influencia fue tal que “la literatura pedagógica del Renacimiento se empeñará particularmente en definir, precisar y corregir más que en cambiar el planteamiento vergeriano que permanecerá filtrado de tratado en tratado durante mucho tiempo;”³¹ además, fue elogiado como “el consenso europeo fundamental del humanismo en torno a determinados objetivos de educación.”³²

A pesar de que “la primera generación de humanistas escribía un latín bárbaro, casi medieval,”³³ Vergerio consigue una composición bastante correcta, aunque pueden advertirse algunas variantes y usos personales, si se la compara con la literatura de la época clásica; sin embargo, esto no disminuye en nada su valor literario ni pedagógico.

Como lo indica el título, Vergerio trata dos grandes temas: las costumbres nobles y los estudios liberales; Kallendorf divide la obra en los siguientes apartados:

- *Praefatio* — Prefacio, §§1-5
- *Signa liberalis ingenii* — Señales de un ingenio liberal, §§ 6-10
- *Iuvenum mores* — Costumbres de los jóvenes, §§ 11-22
- *Quae sunt studia liberalia et de his in genere tractatur* — Se trata de cuáles son los estudios liberales y de éstos en general, §§ 23-29
- *Excellens studium tractat, armorum scilicet et litterarum* — Trata el excelente estudio, a saber, el de las armas y de las letras, §§ 30-54
- *De corporis exercitio et armorum studio* — Acerca del ejercicio del cuerpo y del estudio de las armas, §§ 55-68
- *De otio et vacatione* — Sobre el ocio y el descanso, §§ 69-72
- *De cultu corporis exteriori* — Acerca del adorno exterior del cuerpo, § 73

³¹ Eugenio Garin, “Escuelas y maestros italianos”, p. 115.

³² Christoph Hubig, *Humanismo. El descubrimiento del yo individual y la reforma educativa*, p. 57.

³³ Víctor J. Herrero, *Introducción al estudio de la filología latina*, p. 185.

De éstos, los §§ 6-22, precedidos por la dedicatoria a Ubertino, estudian el primer tema propuesto por Vergerio, las costumbres nobles, y los §§ 23-73, el segundo, los estudios liberales, con una exhortación final.

En el desarrollo de la obra, Vergerio hace gala de sus vastos conocimientos literarios, históricos, filosóficos, e incluso filológicos, al enriquecer su tratado con citas y referencias a escritores del mundo antiguo; entre éstos destacan Virgilio, Séneca, Horacio, Homero, Platón, Aristóteles y Quintiliano. En mi opinión, es mayor la compatibilidad con el pensamiento de Séneca: he podido reconocer más alusiones a este autor que a los otros. No faltan las menciones de acontecimientos históricos, y hasta se permite ofrecernos una traducción del griego al latín, de una línea del *Gorgias* de Platón, algo muy loable, ya que “durante setecientos años nadie en Italia había sabido griego.”³⁴ De este modo, Vergerio, igual que otros humanistas, abre el vasto tesoro griego que había permanecido oculto durante el medievo.

En la dedicatoria, Vergerio menciona tres aspectos que deben cuidar los padres con respecto a sus hijos: llamarlos con nombres honorables, establecerlos en ciudades importantes y, finalmente, educarlos en las buenas artes. Vergerio no plantea este último aspecto como propio esta idea, sino que, retóricamente, lo atribuye al abuelo de Ubertino, Francisco. Y afirma que de estos tres aspectos, el tercero es el más importante y en el que los padres deben afanarse más, pues siempre es posible cambiar de nombre y de residencia; la educación, en cambio, debe recibirse desde el inicio de la vida.

El primer signo de un ingenio liberal es encenderse por el amor a la gloria; el segundo, obedecer a los mayores, quienes con su ejemplo y autoridad ayudarán a los jóvenes. A partir de esto, debe indagarse la

³⁴ Michael D. Reeve, “La erudición clásica”, *Introducción al humanismo renacentista*, Jill Kraye (ed.), tr. Luís Cabré, Madrid, Cambridge University Press, 1998, p. 61.

índole propia y natural de cada adolescente, pues de ello depende la educación que recibirá y hacia cuál de las ciencias dirigirá sus esfuerzos. Entre los consejos que brinda Vergerio, se pueden mencionar los siguientes: evitar que los muchachos mientan, alejarlos de las conversaciones largas y ociosas, impedirles el precoz inicio sexual, moderarlos en el consumo del vino. En esta primera parte, Vergerio “hizo el primer intento de formular una psicología de la adolescencia que abriera un espacio en la enseñanza pedagógica y moral a los deseos juveniles”, consciente de que la educación debe partir de la índole del individuo.³⁵

La propuesta pedagógica de Vergerio puede esbozarse mediante algunos pasajes seleccionados de la obra:

a) Importancia de la educación

Vergerio comienza con el valor de la educación: enlista tres asuntos que deben cuidar los padres con respecto a sus hijos: asignarles un buen nombre, establecerlos en una ciudad importante y, “tercero y más importante, educar a sus hijos en las buenas artes” (1);³⁶ Vergerio, repitiendo las palabras de Francisco de Carrara, reconoce la educación como asunto de importancia en el desarrollo del individuo; los padres no pueden otorgar a sus hijos riqueza más grande que el haberlos instruido en las buenas artes y en los estudios liberales. Incluso si los individuos han recibido un nombre deshonesto o han nacido en una patria innoble, en efecto, siempre es posible cambiar de nombre y de residencia (2), pero la mala o inexistente educación dejará una marca permanente y patente en el individuo. Esto es de interés público, no es sólo responsabilidad de los padres, pues, al proponerse la formación del ciudadano, la educación

³⁵ Hans Baron, *En busca del humanismo cívico florentino*, p. 32.

³⁶ En esta sección del trabajo, los números entre paréntesis remiten a los párrafos en que Kallendorf divide el texto.

incumbe a todos: “es de interés público que, en las ciudades, la juventud esté bien educada”, lo cual “será, ciertamente, útil a las ciudades y bueno para ellos mismos” (15); por eso, si la educación es deber, primeramente, de los progenitores, también deberá serlo de las autoridades —recuérdese que en esa época, prevalecían las escuelas privadas, la ciudad no solventaba este gasto. De aquí se deriva otro rasgo de la pedagogía humanística: la educación no tiene un fin meramente erudito, sino una utilidad pública, tal como lo practicaban griegos y romanos, para quienes la *paideia* o *humanitas*, respectivamente, producía hombres aptos para administrar adecuadamente los asuntos civiles. Los hombres griegos y romanos, si recibían instrucción filosófica y retórica, era para poder participar dignamente en los debates públicos y deliberar sobre los asuntos de interés común. En consonancia con lo anterior y con la decadencia que lamentaba y atormentaba a Séneca, *non vitae sed scholae discimus*,³⁷ la pedagogía humanística también se empeñará en remarcar y ejercer este carácter práctico de la educación, ya abiertamente, ya mediante metáforas que señalan los frutos, benéficos para todos, que se cosecharán tras una ardua labor educativa.

Lo anterior se percibe a lo largo del texto de Vergerio, que insiste en la importancia de la educación para aquellos que, por su nacimiento o aspiración personal, pretenden llegar a cargos públicos; por esta razón, deberán estar educados en las nobles costumbres, pues sus actos estarán a la vista de todos y serán juzgados (33), no por una divinidad en la vida futura, sino por los hombres de su tiempo y los de la posteridad; así, además de atribuir un valor social a la buena educación, se recupera la conciencia histórica, pues las acciones que haga el individuo en el tiempo presente repercutirán en la vida de los venideros. Para Vergerio y los

³⁷ *Epist.*, CVI, 12.

demás humanistas, los *studia humanitatis*³⁸ son el mejor método para educar a los hombres y comenzar la construcción de un mundo más humano. Desde niños, los hombres deben entregarse a dichos estudios.

b) *El inicio de la educación*

Ya desde el latín clásico hay diferencia entre los vocablos *infantia*, *pueritia*, *adulescentia* y *iuentus*; para Vergerio, según creo, sin dejar de lado tales distinciones, estas etapas del desarrollo humano conforman lo que podemos llamar *edad temprana o inicial*; así, cuando el autor dice *infancia*, *niñez*, *adolescencia* o *juventud*, debemos entender cada una de esas edades, pero sin olvidar que todas ellas forman esa etapa inicial de la vida del individuo. Aclarado lo anterior, no habrá dificultad al encontrar frases como “desde la primera infancia”, “desde los tiernos años”, “desde la adolescencia”, “en la juventud”, “desde los primeros años”, “en la infancia”, etcétera, con las que Vergerio hace énfasis en que en esa etapa debe iniciarse la educación. Siguiendo el consejo de Virgilio, *dum faciles animi iuvenum, dum mobilis aetas*,³⁹ Vergerio afirma que es esa edad la más apta que las demás para la instrucción (26).

Aunque en cualquier edad se puede aprender algo, la vida de estudio debe iniciarse desde la adolescencia, “en esta edad deben echarse los cimientos del bien vivir y debe conformarse el ánimo para la virtud, mientras éste es tierno y fácil de recibir cualquier impresión” (2). Son interesantes las razones por las que considera esta edad como la más apta: en esa edad, el cuerpo y la mente del niño son maleables, son arcilla lista para formar, no al hombre adámico, sino al nuevo hombre que requiere el

³⁸ Los *studia humanitatis*, que incluían principalmente los estudios literarios (gramática, retórica y literatura), filosofía moral e historia fueron la contraposición de los humanistas del s. XV a los *studia divinitatis*, que constaban de teología, filosofía (predominantemente metafísica) y lógica. Acerca de los *studia humanitatis* según Vergerio, vid. *infra* pp. 18ss.

³⁹ G., III, 165.

mundo; esta arcilla, entonces, debe comenzar a manejarse lo antes posible, pues sólo así el individuo podrá estar dispuesto para aprender en cualquier etapa de su vida, después de que ha recibido bases de buena calidad.

Nótese que, al hablar de ‘cimientos’, no se afirma que la labor educativa finaliza en la adolescencia, sino que en esta etapa comienza una vida dedicada al estudio, y que debe ser un continuo aprendizaje, tal y como lo ejemplifica con el hecho de que Sócrates, ya anciano, haya aprendido a tocar la lira (26). Además, este inicio apremiante se debe a que la naturaleza así lo postula, pues el ánimo de los adolescentes está dispuesto para recibir la semilla de la virtud, la cual irá germinando, gracias a los cuidados de los padres y maestros, hasta producir el fruto deseado; por ello, “desde la primera infancia, es necesario que ellos tiendan a los estudios liberales y se apliquen con todo su afán a la sabiduría” (24), a fin de que la semilla que reciban sea buena: de la virtud y de la sabiduría caiga en buena tierra; el niño es materia apta para la educación, y ésta debe tener como guía la sabiduría (moral e intelectual), para que la formación sea adecuada.

Esto no sólo se aplica a la instrucción intelectual, sino también a la corporal: “el cuerpo debe ejercitarse desde la primera infancia” (56); la educación debe considerar cuerpo y alma, por eso también el inicio temprano de la educación física es de suma importancia.

Esta primera edad es apta para recibir educación, “pues, lo que se ha injertado en las mentes tiernas, echa sus raíces profundamente” (49), pero debe cuidarse que eso que se injerta sea bueno, a fin de que no perjudique el ánimo del adolescente, pues, por el mismo motivo, si de pequeño se aprende algo incorrectamente, así permanecerá, y será muy difícil lograr que se olvide y adquirir un nuevo conocimiento. Otro

aspecto del inicio temprano de la educación se relaciona con el gran deseo de aprender y la curiosidad propia de esa edad.

Finalmente, se busca esta formación pensando en el futuro, pues no seremos sabios en la vejez a no ser que hayamos comenzado a saber bien desde la juventud (24). Además, los estudios brindarán un gran alivio, cuando el hombre sea viejo: “pues los estudios que son fatigosos para la juventud, serán un ocio agradable en la vejez” (32). La educación liberal, entonces, no tiene una finalidad profesional, técnica, sino que busca otorgar al educando los elementos necesarios para que toda su vida transite guiada y acompañada por la virtud, independientemente del área en que se desarrolle. Otras recomendaciones en torno a este inicio temprano de la educación incluyen el que los adolescentes acostumbren beber poco, que se los aleje de malos ejemplos y que se ejerza una disciplina moral desde la vida familiar.

c) Reconocer y seguir la índole natural del adolescente

Vergerio reconoce que cada individuo es diferente: “son diversos los tipos de ingenios” (47); así, cada uno es propenso a una u otra ciencia según sus dotes naturales. El adolescente, apoyado por sus padres y maestros, es responsable de identificar y conocer su propia naturaleza: “es deber de cada uno considerar por sí mismo su propio ingenio o, si por la edad no podemos valorarlo, los padres y los demás que cuiden de nosotros deberán fijarse a qué asuntos somos proclives y aptos por naturaleza, sobre todo para dirigir nuestros estudios a ellos y entregármolos enteros” (5). Con ello, Vergerio presenta uno de los grandes temas de la pedagogía humanística: considerar al hombre como el centro y el interés principal de la labor educativa. Llama la atención que otorgue al adolescente mismo la facultad de reconocer para qué es apto y qué es lo que desea hacer, y que le ofrezca así la libertad para que el proceso formativo se desarrolle

adecuadamente o, como suele llamarse ahora, autónomamente. El hecho de que el adolescente realice esa introspección da al educando un papel activo en su educación. Partiendo de este reconocimiento, podrá hacer una elección libre del camino que seguirá en su vida, “la más difícil decisión” (28); a imitación de Hércules, elegirá el camino justo (29); así, reconocerá su vocación, no por imposición divina, sino como resultado de esa labor introspectiva.

El que los alumnos tengan conocimiento de su índole evita, también, su frustración cuando se percatan de que no logran lo mismo que los otros: “no todos deben emprender el mismo trabajo, sino cada uno según el modo y razón de su ingenio” (52). Este reconocimiento de la índole natural obliga a cada individuo a ser agradecido con la naturaleza —llama la atención que tal dádiva no se atribuya a dios o, al menos, no se lo llame así—, lo cual se conseguirá utilizando los dones recibidos, pulidos por una buena educación: “se le retribuirá dignamente a la naturaleza, si no descuidamos sus regalos, sino más bien procuramos cultivarlos con estudios rectos y buenas artes” (5). Por otro lado, y nuevamente, lo que se aplica al intelecto, también vale para el cuerpo, pues, al ejercitar el cuerpo, “debe atenderse cuidadosamente la disposición natural de cada uno” (62), pues algunos requieren ejercicios más severos y difíciles; otros, en cambio, leves y sencillos.

Tan importante para Vergerio es la índole natural que, al final del texto, incluso se atreve a decir a Ubertino: “si sigues como guía a tu naturaleza, en nada tienes necesidad de consejero para obtener la más alta virtud” (74). Esto nos permite entrever otro rasgo característico del humanismo: el hombre es bueno por naturaleza; al dejar la imposición de un pecado original que orilla al hombre hacia el mal, se reconoce la capacidad que tiene para aspirar a la máxima virtud; de alguna forma, la semilla del bien está injertada en todos los hombres como un don natural,

y el trabajo de la pedagogía es, siguiendo su etimología, ‘conducir al adolescente’ para que desarrolle esa virtud.

d) Los liberalia studia como eje educador

El humanismo se caracteriza por el retorno a los clásicos, pues piensa que en ellos se encuentra una fuente inagotable de sabiduría, tanto moral como intelectual. Por ello, Vergerio, al trazar su plan pedagógico, no duda en adoptar los estudios liberales como eje de la educación. Según el autor, se llaman liberales porque “son dignos de un hombre libre: son aquellos con los que se ejercitan o se buscan la virtud y la sabiduría” (23). Con esos estudios, el individuo podrá acceder al conocimiento y adquirirá una formación moral que dará como resultado la obtención de la virtud. Hablar de un hombre libre implica, en primer lugar, la solvencia económica que debe tener éste para dedicarse a los estudios sin afán lucrativo, teniendo como fin único la virtud y la gloria que son la finalidad de los nobles (23); esta solvencia permite el tiempo libre para educarse (parece oportuno recordar la etimología de la palabra escuela: el vocablo griego σχολή también significa ‘tiempo libre’). En la Edad Media se consideraban artes liberales la gramática, la dialéctica y la retórica (el *trivium*), y la música, la aritmética, la geometría y la astronomía (el *quadrivium*).

Vergerio propone otra lista de estudios, partiendo de las cuatro disciplinas “que los griegos acostumbraron enseñar a sus niños: letras, lucha, música y dibujo” (41); añade a éstas la filosofía moral, la historia, la retórica, la poética, la aritmética, la geometría, la astronomía, la medicina, el derecho y la teología (cf. 40-46). De todas ellas, solamente las letras, la historia, la retórica, la lucha (entendida ampliamente como formación física) y la filosofía moral son consideradas por Vergerio como artes liberales; las cuatro primeras se llaman así “porque convienen a los

hombres libres; en cambio, la filosofía es liberal precisamente porque su estudio hace libres a los hombres” (40). Las demás ciencias, que Vergerio llama racionales (cf. 42), sirven para añadir sabiduría al hombre y prepararlo para ejercerla en beneficio de la sociedad. A este nuevo modelo educativo sólo le importan las disciplinas liberales, en tanto que hacen que el hombre sea libre y convienen a los hombres libres.

La historia es útil no solamente como erudición y acumulación de datos, sino por su carácter netamente pedagógico (recordemos la frase de Cicerón: *historia magistra vitae*), pues en ella se encuentran los ejemplos de hombres virtuosos, y en ella se aprende qué debe imitarse y qué evitarse. La filosofía moral, como es obvio, tiene valor, porque enseña al hombre sus deberes ante los demás, y a ejercer la virtud para el bien común. En cuanto a la lucha, cabe señalar que tiene valor liberal en tanto que sirve para formar el cuerpo, tanto en su aspecto exterior, estético, como en el interior, es decir, la salud y el vigor, todas ellas son cualidades necesarias para el íntegro desarrollo del individuo. La retórica proporciona los medios necesarios para expresar adecuadamente los conocimientos adquiridos.

Mención especial requiere el estudio de las letras, es decir, de la literatura. Este apartado (35-38), además de recalcar el valor educativo de los textos clásicos, es un panegírico de la herencia literaria, cuyos frutos “son muchísimos y muy grandes” (35). Además, Vergerio afirma que el estudio de la literatura es apto “para toda clase de hombres” (42) y afín para el cultivo de la virtud (cf. 30), ya que, sin importar a qué se dedique un individuo, la virtud debe estar siempre presente en él. De los escritos, que son “bodega común de todas las cosas conocibles” (38), pueden obtenerse enseñanzas grandes y útiles, como lo hacía Catón, quien “mientras se reunía el senado, solía leer frecuentemente libros en la curia. De allí, sin duda, dictaba los más saludables consejos para la patria en el

asunto del momento y en todo tiempo” (34). Con estas palabras, Vergerio nos transmite el concepto de *humanitas* que Cicerón propusiera siglos antes, a saber, que el hombre culto debe leer y aprender con la finalidad, siempre, de extraer algún fruto provechoso para sí mismo y para la patria. (cf. su *Discurso en defensa del poeta Arquías*, 12-16).

La predilección que Vergerio sentía por estos estudios quedó bellamente plasmada en su pregunta retórica: “¿qué vida puede ser más agradable o, sin duda, más apropiada que leer siempre o escribir?” (37). En esta alabanza de la literatura, y específicamente de los escritos antiguos, Vergerio se indigna por el descuido permitido durante la Edad Media: “en esto, quizá podemos acusar justamente a algún siglo y a las edades inmediatamente anteriores. Es, ciertamente, lícito que nos indignemos, pero de nada aprovecha, porque hayan soportado que se perdieran tantas obras preclaras de autores ilustres” (38); acusa, así, el descuido de tal acervo cultural y, por ende, su negligencia pedagógica, pues esas generaciones permitieron que se perdieran las fuentes del saber, principalmente de la historia.

Otra virtud de la literatura consiste en reconocer que la educación del hombre es un asunto de toda la vida de la humanidad, pues mediante los libros es posible “que los jóvenes que viven conozcan las cosas antiguas; y que hablen con los que vendrán, y así hacer nuestro todo tiempo, que es pasado y futuro” (37); es decir, si se regresa a la literatura clásica, no es por mera nostalgia o con el afán de recaudar una erudición estéril, sino para entablar un diálogo con los que nos precedieron⁴⁰ y, a la vez, transmitir la suma del conocimiento, fruto de tan bello diálogo, a los hombres contemporáneos y a los venideros. No se piensa, pues, en la vida eterna, intangible a los hombres, sino en la vida del aquí y ahora, en la

⁴⁰ Por ejemplo, Petrarca dirigió un par de cartas a Cicerón. También recuérdense aquellos versos de Quevedo “con pocos pero doctos libros juntos/ vivo en conversación con los difuntos/ y escucho con mis ojos a los muertos.”

que es necesario ser virtuoso, no por esperar un premio en un reino futuro, alejado, sino por el simple hecho de que eso es lo que corresponde al hombre de este mundo, quien debe ser letrado para beneficio de sus semejantes, los de esta sociedad.

e) Unidad del alma y del cuerpo

Durante la Edad Media, en términos generales, la educación se dirigía al espíritu, al grado de que casi podría decirse que, más que formar o instruir al hombre, se buscaba desarrollar la santidad de su alma, requisito indispensable para participar del otro mundo, despreciando así el mundo corporal, terrenal, humano.⁴¹ Se imponían, a fin de purificar el cuerpo, castigos y penitencias corporales, en lugar de que se propusiera su educación para corregirlo y permitir un desarrollo pleno. Los humanistas italianos pugnaron por equilibrar el valor de estas dos partes del hombre, lo cual se considera una de sus principales aportaciones pedagógicas: “ahora bien, siendo el hombre un compuesto sicosomático, la actividad habrá de ser tanto física como intelectual.”⁴² Pueden leerse dos testimonios de Francesco Filelfo (1398-1481): “no entiendo cómo pueda olvidarse el cuerpo, puesto que el hombre no es solamente alma”, y, además: “sabemos que el hombre no es alma, no es cuerpo, sino algo tercero, que consta tanto de alma como de cuerpo.”⁴³ Vergerio afirma que el hombre, pues, está constituido de alma y de cuerpo (5). Con esta proposición de Vergerio, se afirma la constitución natural del hombre, según la cual debe planearse la educación: no hay que atender solamente

⁴¹ “Nel Medioevo il corpo in sé non esiste”, cf. Jacques Le Goff, *Il corpo nel Medioevo*, p. 101; el primer capítulo de esta obra, titulado “Quaresima e Carnevale: una dinamica dell’Occidente”, nos brinda un panorama sobre la concepción del cuerpo durante la Edad Media.

⁴² León Esteban, *La educación en el renacimiento*, p. 56.

⁴³ *quomodo corporis oblivisci queat non intelligo, siquidem neque solus animus homo est. Si hominem scimus non animum, non corpus, sed tertium quiddam, quod et animo constet et corpore, apud* Eugenio Garin, *L’umanesimo italiano*, p. 65.

la parte interior, ya que el cuerpo, que es la parte exterior, requiere atención en el mismo nivel. Por lo anterior, las artes o los estudios liberales, “con los que el cuerpo y el alma se disponen para todo lo bueno” (23), tienen como objetivo la formación de ambos. La educación humanista favorece el desarrollo del potencial del cuerpo y del alma para la virtud. Estas dos partes constituyentes del hombre no son simplemente adyacentes, sino que interactúan, pues “el alma sigue la compleción del cuerpo” (14). Vergerio recuerda que “Aristóteles escribió que los suaves de carne son aptos de mente” (8): como está el interior, así está el exterior.

En la parte que trata la psicología del adolescente, Vergerio atribuye muchas de las acciones de éstos a que “sobreabundan en ellos el calor y la sangre” (11); ese ímpetu que se percibe en sus acciones tiene su origen en el alma. Así, entonces, el buen cuidado del alma, de la parte interior y espiritual del hombre, no adquiere importancia por ser la llave de la vida futura, sino porque su estado se verá reflejado en el cuerpo, con el que el individuo construye su vida en el mundo presente, donde tiene que desarrollar y ejercer su virtud, que no reside solamente en el alma, sino también en el cuerpo; ambos deben educarse para que el individuo tenga una vida íntegra y humana.

El ejercicio de las armas se considera liberal por ser propio del hombre libre; con él, el cuerpo se ejercita, se educa; esta nueva propuesta pedagógica considera la gimnasia como elemento esencial. Mientras en las artes del *trivium* y del *quadrivium* todo se enfocaba en la formación intelectual, los humanistas llevan su atención también al elemento sin el cual ni el intelecto ni el alma pueden desarrollarse: el cuerpo. No me parece ocioso que Vergerio recuerde el consejo socrático: “Sócrates bien recomendaba que los adolescentes contemplaran con frecuencia su imagen en el espejo; de tal modo, sin duda, quienes tenían una dignidad de aspecto no la denostaran con los vicios, y quienes parecían de aspecto

deforme procuraran volverse hermosos a partir de las virtudes” (9). Si bien interior y exterior están unidos, la apariencia física no es lo fundamental, la unión se expresa mediante la armonía de ambos elementos, donde el cuidado corporal tiene objetivos claramente educativos.

Vergerio une los dos modelos de educación griega, el espartano y el ateniense. En el primero, se daba preeminencia al cuerpo, pero se incluían la música (sobre todo la danza, donde se ve la parte corporal) y la poesía como “materias” de la educación, aunque con el tiempo este modelo se convirtió en una mera formación militar; en el segundo, en cambio, se favoreció la formación intelectual mediante la filosofía, la poesía y la retórica; había palestras y gimnasios donde, según la edad, se ejercitaba el cuerpo con el fin de lograr el ideal de la educación: ser *καλὸς κἀγαθός*, concepto que unía la belleza física y la probidad del ánimo. Un hombre noble, es decir, educado liberalmente, debe serlo en estos dos aspectos, el corporal y el espiritual.

I. 2. *Paideia* y humanismo

“A muchas cosas se ha llamado humanismo,” afirma Alfonso Reyes.¹ La palabra fue acuñada en alemán a inicios del siglo XIX por Friedrich I. Niethammer para nombrar “la filosofía de la educación que favorece los estudios clásicos.”² Este vocablo está conformado por el sufijo griego -ισμος, que indica sistema o escuela de pensamiento, unido al radical del adjetivo latino *humanus*, que se deriva del sustantivo *homo* e “indica lo que atañe al hombre.”³ Del mismo término se deriva el concepto *humanitas* que es “la condición propia de lo humano”.⁴

La relación entre la palabra griega παιδεία y el vocablo *humanitas* nos la explica Aulo Gelio:

“Quienes formaron las palabras latinas y quienes las usaron correctamente, no quisieron que *humanitas* fuera lo que el vulgo piensa y que los griegos dicen φιλανθρωπία, y que significa cierta disposición y benevolencia sin distinción hacia todos los hombres, sino que llamaron *humanitas* a lo que los griegos llaman, aproximadamente, παιδεία, y nosotros decimos erudición y educación en las buenas artes”.⁵

Cuando los llamados humanistas italianos buscaban la mejor forma de educar, no dudaron en dirigir su mirada a la cultura clásica para extraer de ellas las buenas artes.

¹ Andrenio. *Perfiles del Hombre*, p. 402.

² Luis Fernández, *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*, p. 9.

³ Patricia Villaseñor, “La *humanitas* en Roma”, p. 304.

⁴ *Ibid.*

⁵ NA, XIII, 17, 1: *Qui verba latina fecerunt quique his probe usi sunt, 'humanitatem' non id esse voluerunt, quod vulgus existimat quodque a Graecis φιλανθρωπία dicitur et significat dexteritatem quandam benivolentiamque erga omnis homines promiscam, sed 'humanitatem' appellaverunt id propemodum, quod Graeci παιδείαν vocant, nos eruditionem institutionemque in bonas artes dicimus.*

I. 2. a. El humanismo y la cultura clásica

George Voigt afirma que la meta de los humanistas fue “resucitar el extinto mundo griego y romano, la antigüedad clásica.”⁶ Este quehacer se enmarca en el periodo histórico conocido como Renacimiento.⁷ Si aceptamos el siglo V como fin de la Antigüedad clásica, y el inicio del Renacimiento en el siglo XV, resulta imposible cerrar los ojos ante lo que está en medio de ambos periodos, la llamada Edad Media. ¿Cuál es la relación entre ésta y el Renacimiento? Resumiendo,⁸ puede decirse que la relación es, principalmente, de oposición a los esquemas propuestos por los hombres del medievo, predominantemente eclesiásticos.

Obviamente no debe entenderse que durante la Edad Media se ignoraran los clásicos; ciertamente se copiaron y se leyeron sus obras,⁹ aunque se favorecían los textos sagrados; pero en el medievo se “asimiló la cultura grecolatina, así como cualquier otro elemento de vida y de cultura, sin ninguna preocupación histórica, transformándola y adaptándola al servicio del pensamiento cristiano,”¹⁰ al grado de que las reglas de algunos monasterios prohibían o desaconsejaban la lectura de los clásicos,¹¹ lo cual derivó en un descuido de su estudio y en la limitación de la labor filológica a los asuntos bíblicos.¹² Se suponía que ya no había verdad alguna por descubrir, pues ésta ya había sido revelada a los hombres. Los

⁶ *Il risorgimento dell'antichità ovvero il primo secolo dell'umanesimo*, p. 5. “risuscitare lo spento mondo ellenico e romano, la classica antichità.”

⁷ Término acuñado por Giorgio Vasari en el s. XVI (*Rinascità*), cf. Jacques Lafaye, *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista*, p. 22. Acerca de la dificultad para establecer límites temporales y geográficos a este momento histórico cf. Jorge Velázquez, *¿Qué es el Renacimiento?*, pp. 11-22; también Ruggiero Romano, *Los fundamentos del mundo moderno*, pp.128-132.

⁸ Puede verse un mejor desarrollo en Annunziata Rossi, “Medievo y Renacimiento”, pp. 7-26.

⁹ Cf. Nicholas Mann, *Orígenes del humanismo*, pp. 20-23.

¹⁰ Annunziata Rossi, *op. cit.*, p. 15.

¹¹ Víctor J. Herrero, *Introducción al estudio de la filología latina*, p. 38

¹² Cf. Gaetano Righi, *Historia de la filología clásica*, pp. 72 ss.

humanistas, insatisfechos con este sistema, retornaron a los clásicos en búsqueda de otros conocimientos, de otros métodos.

En primer lugar, tuvieron necesidad de contar con los textos, muchos de ellos ocultos en los monasterios. Para conseguirlos, los humanistas se internaban en exploraciones en las grandes bibliotecas y, “afrontando los peligros de largos viajes, descendían radiantes de una abadía gótica con un códice bajo el brazo y los señores feudales reían sin saber que de aquel códice habían de salir la palabra y la libertad.”¹³ Durante esta época, se descubrieron así textos de gran importancia, como las cartas de Cicerón y algunos de sus discursos, encontrados por Petrarca; Boccaccio halla obras de Marcial y Ausonio; Nicolás de Cusa restituye a Plauto; Quintiliano y Estacio son salvados por Poggio Bracciolini.¹⁴ Gracias a ellos, los estudiosos del mundo clásico pueden actualmente acceder a textos que, de otra forma, seguirían cubiertos por el polvo del olvido. Estos hallazgos impulsaron el desarrollo de la filología, que finalmente despertó del sopor medieval. No hay que creer que esta vuelta a los clásicos se propusiera “reproducir servilmente los esquemas clásicos” ni deleitarse “en la absorción de un patrimonio cultural de quince o veinte siglos antes;”¹⁵ tampoco era un subterfugio por parte de los humanistas, su mirada al pasado no es nostálgica, sino que buscan en esas fuentes respuestas que no les habían brindado los escritos sagrados, respuestas necesarias para la vida de aquí y ahora, para el hombre que buscaba construir el mundo en que vive, sin importar si existe otro allende la muerte.

Al enfrentarse a los escritos clásicos, descubrieron también un latín elegante que comenzaron a imitar en sus propias obras, aunque la asimilación del estilo tendrá un proceso largo. La retórica recuperó su

¹³ Carducci, *Prose*, apud Mario Righi, *op. cit.*, p. 88.

¹⁴ Víctor J. Herrero, *ibid.*, p. 39.

¹⁵ Ruggiero Romano, *op. cit.*, p.143.

antiguo esplendor; Lorenzo Valla escribió un extenso libro sobre la elegancia del latín (*Elegantiae linguae Latinae*), el cual refleja el estudio y la atenta lectura de los clásicos que le permitieron captar la fuerza de cada palabra para emplearla en modo justo y apropiado. Como suele ocurrir, esto derivó, en algunos casos, en un desmedido servilismo lingüístico, al grado de que, antes de emplear cualquier vocablo, algunos debían asegurarse de que se hallara en los escritos oratorios de Cicerón; contra éstos, Erasmo compuso su *Ciceronianum*, un diálogo en el que vitupera a quienes incurrieran en esta práctica. Hay que señalar, acerca de la actitud de los humanistas hacia los clásicos, que el lenguaje y la gramática no son el fin o la meta de sus estudios, sino que más bien son medios con los que se afanarán por descubrir la naturaleza del hombre e impulsar el desarrollo de sus virtudes.

Por otro lado, ellos deseaban la restitución de la lengua griega, pues “el Medievo no conocía el griego,”¹⁶ lo cual constituyó “en Europa, una laguna cultural y espiritual insalvable que se prolongó durante no menos de mil años.”¹⁷ Ni Tomás de Aquino, uno de los más grandes pensadores cristianos medievales, conocía la lengua de Platón.¹⁸ El mismo Vergerio, en el §39 de su obra, acusa este descuido, pero advierte que ya comienza a renacer en Italia el aprendizaje del griego. Los embajadores llegados de Bizancio a Italia, principalmente a Florencia, llevaban consigo manuscritos griegos que los humanistas compraban.¹⁹ De entre ellos, destaca la figura de Manuel Crisoloras, quien fue invitado por Coluccio Salutati a enseñar griego en Florencia y a cuyas clases

¹⁶ Annunziata Rossi, *op. cit.*, p. 15.

¹⁷ Jacques Lafaye, *op. cit.*, p. 63

¹⁸ Jean Delumeau, *La civilización del Renacimiento*, p. 111.

¹⁹ Francisco Filelfo, cuando regresó a Venecia (1427) “llevó consigo una insustituible colección de manuscritos y libros [...] no falta casi ninguno de los grandes autores griegos” (Jaques Lafaye, *op. cit.*, p. 71).

asistió Vergerio.²⁰ Con esta valiosa herramienta, los humanistas accedieron al invaluable tesoro del pensamiento de los maestros griegos; comienzan las lecturas de sus textos, principalmente de Homero y de Platón, que ampliaron e iluminaron el horizonte de los humanistas, quienes obtuvieron de los griegos ideas que se verán plasmadas en las obras filosóficas, pedagógicas y artísticas que componían; como sentenció Leonardo Bruni: “reconocemos que de ellas [sc. las letras griegas] viene toda la ciencia.”²¹

Con estas herramientas (textos y lenguas griega y latina clásicas), los humanistas recuperaron la παιδεία, entendida como cultura, y la trasladaron a su tiempo y espacio, conformando los llamados *studia humanitatis* de la nueva pedagogía, con los que pretendían formar al hombre íntegro.

I. 2. b. Elementos de la educación antigua en la pedagogía de Vergerio

Sin duda, Vergerio conoció la pedagogía clásica a través de los textos, griegos y latinos, pero, como dice Robey: “the identification of sources of educational theory is far from easy.”²² Vergerio cita expresamente autores como Platón, Homero, Aristóteles, Plutarco, Horacio, Virgilio, Terencio y Cicerón; pueden hallarse también semejanzas con Séneca y Quintiliano;²³ sin embargo, hay que considerar que la obra de éste se conocía fragmentariamente, y que sólo en 1415 Poggio Bracciolini halló el texto completo,²⁴ por lo que Vergerio no pudo apoyarse en la teoría

²⁰ Jaques Lafaye, *op. cit.*, p. 71; en este libro puede apreciarse una lámina (6) en la que aparecen varios personajes ilustres, entre ellos Crisoloras, cuya imagen tiene la siguiente inscripción *In Latium per me Graecia ducta venit*.

²¹ *Ibidem*.

²² Robey, *op. cit.*, p. 51.

²³ Robey indica que, muy probablemente, Vergerio no había leído a Plutarco, y reconoce la influencia en él de Séneca, Quintiliano y Aristóteles (*op. cit.*, p. 49).

²⁴ Cf. Michael von Albrecht, *Historia de la literatura romana, II*, p. 1152.

educativa de Quintiliano al momento de escribir su tratado *De ingenuis moribus*.

Es evidente que Vergerio extrajo de los griegos y romanos mucho de su propuesta pedagógica, al igual que los humanistas posteriores, pues, “con el gran Renacimiento de los siglos XV y XVI, el concepto moderno de educación queda fijado con el retorno voluntario a la más estricta tradición clásica.”²⁵ Baste señalar algunas de las ideas clásicas que influyeron en su *De ingenuis moribus* para corroborar que las culturas griega y romana están presentes en su obra y confirmar la característica del movimiento humanístico: su retorno a los clásicos.

Primeramente, Vergerio da importancia a la necesidad de que el noble esté educado, y la relación entre nobleza y educación es notoria desde la tradición transmitida por los poemas homéricos. El noble debe educarse para desarrollar la virtud, “atributo propio de la nobleza.”²⁶ Además, las acciones de los nobles nunca pasan inadvertidas, y ellos se erigen como modelos para los otros (cf. §33), en quienes despiertan un sentido del deber.²⁷ El acceso a la educación está reservado a los aristócratas, quienes tienen tiempo libre y recursos para dedicarse plenamente a ella. El carácter elitista se observa en ambos sistemas pedagógicos, el clásico y el humanista.

La educación tiene como meta formar al hombre en cuanto tal, a fin de que pueda ejercer su virtud en la comunidad (estado, ciudad): “tal es la genuina *paideia* griega considerada como modelo por un hombre de estado romano [...] A ella aspiraron los educadores griegos [...] la esencia de la educación consiste en la acuñación de los individuos según la forma

²⁵ Henri-Irénée Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, p. 12.

²⁶ Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, p. 21.

²⁷ *Ibid.*, pp. 22 y 45.

de la comunidad.”²⁸ No se adquieren los conocimientos para lucrar con ellos; Vergerio señala reiteradamente que el noble no debe buscar beneficios materiales con sus conocimientos. Es evidente la consonancia con lo dicho por Séneca, quien divide las artes en cuatro: “Posidonio dice que hay cuatro géneros de artes: las vulgares y viles, las recreativas, las pueriles, las liberales,”²⁹ éstas últimas son las que debe aprender el noble, pues con ellas podrá adquirir la virtud. Esto, sin embargo, no significa que el conocimiento sea estático o un simple adorno: la utilidad y la aplicación de los estudios consisten en beneficiar a la comunidad, y sólo así tiene sentido ser virtuoso. Baste recordar las palabras de Cicerón en su discurso a favor del poeta Arquías: “¿Acaso tú [sc. Gratio], juzgas que puede presentárenos lo que decimos a diario en tanta variedad de asuntos, a no ser que cultivemos nuestros ánimos con la doctrina? [...] Yo ciertamente confieso que me he entregado a estos estudios; que los demás se avergüencen, si algunos se ensimismaron de tal modo en las letras que, a partir de ellas, no pueden llevar nada al fruto común ni presentar nada a la vista y a la luz.”³⁰

En estrecha relación con este aspecto utilitario, se encuentra la formación retórica. Las habilidades que esta técnica permite desarrollar se emplearán en los diversos encuentros públicos (ceremonias, procesos judiciales, asambleas, etcétera), en los cuales, quien mejor hable podrá persuadir a la muchedumbre. Sin embargo, desde tiempos homéricos, la educación noble implica hablar y actuar; sirva de ejemplo el recordatorio

²⁸ Werner Jaeger, *op. cit.*, p. 14. Sobre los cambios en la educación y, por ende, en los valores, puede verse la tercera parte de la obra de Marrou; además, específicamente sobre la época helenística, cf. Pedro Tapia Zúñiga, “La *areté* en la época helenística”, *Nova Tellus*, 9-10 (1991-1992), pp. 289-301.

²⁹ *Ep.*, LXXXVIII, 21-22: *Quattuor ait esse artium Posidonius genera: sunt vulgares et sordidae, sunt ludicrae, sunt pueriles, sunt liberales.*

³⁰ *Arch.*, VI, 12: *An tu [sc. Grattius] existimas, aut suppetere nobis posse, quod cotidie dicamus in tanta varietate rerum, nisi animos nostros doctrina excolamus...? [...] Ego vero fateor me his studiis esse deditum; ceteros pudeat, si qui ita se litteris abdiderunt ut nihil possint ex his neque ad communem adferre fructum neque in aspectum lucemque proferre.*

que Fénix hace a Aquiles sobre la finalidad por la que Peleo se lo encomendó: “Por esto [sc. Peleo] me envió delante, para enseñarte todas estas cosas, a ser orador de palabras y realizador de acciones.”³¹ El mismo Platón confiesa: “Partí de casa [...], apenado al máximo de mí mismo, de que pareciera que yo era total, sola y simplemente palabra, y que jamás emprendía voluntariamente acción alguna.”³² Vergerio insistirá en que el noble debe ser buen orador y habilidoso ejecutor de acciones. Cabe decir lo mismo sobre la poesía, que no tiene la finalidad exclusiva del placer, pues los poetas son educadores en varios niveles: por la belleza de los ritmos y las figuras empleadas, forman estéticamente; por la presentación de modelos, forman moralmente. Así, vemos que Vergerio, al proponer la poesía y la retórica como artes liberales, busca que el noble adquiriera los medios para acercarse a la virtud y se convierta en un verdadero ser humano capaz de realizar acciones nobles, extraer conocimientos de los escritos y hablar convenientemente en toda ocasión.

El hombre está constituido de alma y cuerpo, como lo afirma Isócrates: “Pues hay acuerdo en que nuestra naturaleza se compone de cuerpo y de alma;”³³ por ello, la educación, si realmente busca formar al hombre, debe atender ambos elementos. El cuidado que se otorga a cada uno de estos elementos —según dice Marrou— definió el tipo de educación en la antigüedad; piénsese en la formación militar, representada por el modelo espartano, y en la formación literaria, realizada en Atenas.³⁴ La división derivó en el fracaso de ambos modelos; ni Esparta logró extender y mantener su predominio naval, ni Atenas imponer la democracia y sus ideales filosóficos en la Hélade. Sin

³¹ Hom., *Il.*, I, 442: τοῦνεκά με προέηκε διδασκόμεναι τάδε πάντα, / μύθων τε ῥητήρ' ἔμναι προηκτῆρά τε ἔργων. Sobre las implicaciones pedagógicas de este pasaje cf. Werner Jaeger, *op. cit.*, pp. 24-25.

³² *Ep.*, VII, 328d: ἀπήρα οἴκοθεν [...] αἰσχυρόν μὲν ἑμαυτὸν τὸ μέγιστον, μὴ δόξαιμί ποτε ἑμαυτῷ παντάπασι λόγος μόνον ἀτεχνῶς εἶναι τις, ἔργου δὲ οὐδενὸς ἄν ποτε ἐκὼν ἀνθάψασθαι.

³³ *Ant.*, 180: Ὁμολογεῖται μὲν γὰρ τὴν φύσιν ἡμῶν ἔκ τε τοῦ σώματος συγκεῖσθαι καὶ τῆς ψυχῆς.

³⁴ *Op. cit.*, pp. 39-79.

embargo, ya desde la época helenística “el papel de la cultura física continúa oscureciéndose progresivamente en favor de los elementos espirituales.”³⁵ Luego, el cristianismo, más interesado en salvar almas, descuidó el cuerpo e incluso lo castigó.³⁶ Los pedagogos humanistas, comenzando por Vergerio, intentaron restablecer la armonía entre los dos elementos del hombre, y educarlos por igual.

Hay que destacar el valor que tiene la tradición. El hombre aparece en este mundo en estrecha relación con el pasado, y sus acciones influirán de una u otra manera en los venideros. Así, al ubicarse en su presente, es un ser bicéfalo que debe mirar hacia atrás y hacia adelante, entendido como el futuro inmediato, como bien lo expresó Petrarca.³⁷ Esta actitud se refleja excelentemente en Eneas, quien, al huir de Troya, lleva consigo su pasado (su padre Anquises y los dioses Penates) y, de alguna manera, su futuro (su hijo Ascanio). Vergerio retoma la conciencia histórica que debe tener el noble: debe conocer la historia y respetar las costumbres de los mayores, de los predecesores. Esa actitud ya es notoria desde los griegos: los héroes se erigen como modelos de virtud, de valía, de acciones nobles, y en los poemas griegos y romanos se buscan modelos de vida; su lectura, además de la formación gramatical que implica, propone patrones de conducta; era, pues, una formación moral que se apoyaba en las costumbres de los antepasados. Quizá esta actitud sea más fuerte en los romanos, quienes veían con malos ojos todo lo nuevo, y para quienes los *mores maiorum* conformaban el núcleo de la educación; obviamente, los “mayores” eran los nobles; Cicerón, citando a Enio, afirmaba que “Roma se sostiene en las costumbres antiguas y en sus hombres.”³⁸ En este contexto de tradición de los mayores, es fundamental la figura del

³⁵ *Op. cit.*, p. 141.

³⁶ Cf. Jacques Le Gouff, *op. cit.*, especialmente pp. 22-24.

³⁷ *Simul ante retroque prospiciens*, cf. *Rerum memorandarum liber*, I, 19, 4.

³⁸ *Enn., Ann.*, V, 156 y *Cic., Resp.* V, 1: *moribus antiquis res stat Romana virisque*.

paterfamilias, “el verdadero educador.”³⁹ La familia romana era en realidad una institución. Todo hogar debía tener un espacio dedicado a los dioses Penates y a las imágenes de los antepasados, a fin de tener a la vista los ejemplos.⁴⁰ Los romanos buscaban conocer su historia, no simplemente porque todo hombre debe conocer sus raíces, sino porque en los personajes históricos reales se hallan ejemplos de la vida virtuosa, y los ejemplos eran muchos y buenos; según afirma incluso Dionisio de Halicarnaso, Roma, “inmediatamente después de su fundación, ofreció numerosos ejemplos de hombres virtuosos, y ninguna ciudad, ni griega ni bárbara, pudo ofrecer otros más piadosos, ni más justos, ni más moderados durante toda su vida.”⁴¹

Así, y recordando el inicio de este apartado, aunque no sea fácil rastrear cada una de las fuentes de Vergerio, me parece que queda manifiesta la influencia de la antigua educación en Vergerio, la cual fue fruto, indudablemente, de las amplias lecturas que hizo de los clásicos. Otras anotaciones podrán observarse en mis comentarios al texto. La pedagogía de Vergerio es humanista, principalmente, por basarse en los *studia humanitatis*, que no son otra cosa sino la *paideia* y la *humanitas*.

³⁹ Marrou, *op. cit.*, p.321.

⁴⁰ *Idem.*, p. 325.

⁴¹ *Ant. Rom.*, I, 5, 3: μυρίας ἤνεγκεν ἀνδρῶν ἀρετὰς εὐθὺς ἐξ ἀρχῆς μετὰ τὸν οἰκισμὸν, ὧν οὐτ' εὐσεβεστέρους οὔτε δικαιοτέρους οὔτε σωφροσύνῃ πλείονι παρὰ πάντα τὸν βίον χρησαμένους οὐδέ γε τὰ πολέμα κρείττους ἀγωνιστὰς οὐδεμία πόλις ἤνεγκεν οὔτε Ἑλλὰς οὔτε βάρβαρος.

II. TEXTO LATINO Y TRADUCCIÓN

El texto latino que se presenta es el editado por Craig W. Kallendorf, el cual he conservado en su totalidad, sin modificación alguna. En mi traducción me propuse ser fiel no tanto al texto latino, como al mensaje, ya que “lo sagrado no es el texto, sino el mensaje,”¹ aunque quizá esto escandalice a más de uno. Platón (cf. *Ion*) y Cicerón podrían decir que, para traducir este tratado, no bastaría saber latín, sino dominar el tema, el mensaje del autor; si fuera yo experto en teorías educativas, podría decir ciceronianamente: *nec converti ut interpres, sed ut paedagogus*; lo que sí puedo decir es: *non verbum pro verbo necesse habui reddere*.² Así pues, la traducción que presento pretende ofrecer clara y fielmente, *pro modulo ingenii mei*, la propuesta vergeriana de educación liberal.

No tengo noticia de que exista alguna versión de este tratado al español; solamente he hallado la traducción al inglés elaborada por William Harrison Woodward (1905) y Kallendorf (2002), y al italiano, por Eugenio Garin (1958) y Everardo Micheli (1878). Si es verdad que ésta es la primera versión que se hace al español del texto íntegro de Vergerio, creo que el lector será benévolo al advertir los errores que yo haya cometido.

¹ Pedro Tapia, “Cicerón y la teoría del escopo (cómo quería traducir Cicerón)”, *Nova Tellus*, 14, p. 232.

² Cf. Cic., *De or.*, 5, 14.

PETRI PAULI VERGERII
AD UBERTINUM DE CARRARIA
DE INGENUIS MORIBUS ET LIBERALIBUS
ADULESCENTIAE STUDIIS LIBER

Praefatio

[1] Franciscus senior avus tuus, cuius ut exstant plurimae res magnifice gestae, ita et multa passim sapienter ab eo dicta memorantur, dicere, ut accepimus, Ubertine, solebat tria esse in quibus bene consulere suis liberis parentes, ut facile possunt, ita iure meritoque tenerentur. Primum, uti honestis illos nominibus appellent. Nam est, ut in re parvi momenti, non parva iactura indecoram nominis appellationem sortitum esse. In quo quidem solent plerumque nonnulli errare, dum levitate quadam aut ipsi novorum nominum auctores haberi volunt aut, si qua a maioribus suis acceperunt, tamquam gentile patrimonium ad posteros certa fide transmittunt. Alterum, ut in egregiis urbibus eos statuunt. Nam amplitudo splendorque patriae plurimum valet, cum ad opes et gloriam, tum ad id quod tertio loco constituebatur ab illo et iam dicitur a nobis. Quamquam in hoc plerumque eveniat, quod Themistocles, cum esset Atheniensis, Seriphio cuidam in contentione respondit, dum ille non propria virtute sed patriae splendore gloriosum factum eum contenderet: ‘neque enim,’ inquit is, ‘vel tu, si Atheniensis esses, clarus exstitisses, aut ego, si Seriphius essem, ignobilis.’ Tertium autem erat, uti bonis artibus liberos erudirent.

[2] Praeclare omnia, ut in omni genere rerum prudentissimus sui temporis et erat et habebatur, sed postremum illud praeter cetera commodissime. Neque enim opes ullas firmiores aut certiora praesidia vitae parare filiis genitores possunt quam si eos exhibeant honestis artibus

et liberalibus disciplinis instructos, quibus rebus praediti et obscura suae gentis nomina et humiles patrias attollere atque illustrare consueverunt. Nam et mutare sibi nomen, dum id sine fraude fiat, unicuique per leges licet et transferre, quando libeat, domicilium nemo prohibetur. Artibus vero bonis, nisi quis ab adulescentia fuerit institutus aut si perversis infectus extiterit, non facile de se speret in aetate proVectiori posse aut has abicere aut illas continuo sibi parare. Iacienda sunt igitur in hac aetate fundamenta bene vivendi et conformandus ad virtutem animus, dum tener est et facilis quamlibet impressionem admittere: quae ut nunc erit, ita et in reliqua vita servabitur. Verum cum omnes homines deceat (parentes quidem in primis) eos esse qui recte erudire suos liberos studeant et filios deinde tales qui parentibus bonis digni videri possint, praecipue tamen qui excelsiore loco sunt, quorumque nihil neque dictum neque factum latere potest, decens est ita principalibus artibus instructos esse, ut et fortuna et gradu dignitatis quam obtinent digni habeantur. Aequum est enim qui sibi summa omnia deberi volunt, debere et eos summa omnia de se praestare. Nec est ulla certior aut stabiliior regnandi ratio quam si hi qui regna obtinent, ab omnibus dignissimi omnium regno iudicentur.

[3] Quamobrem cum sis, Ubertine, primum quidem nomen sortitus quod fuit in vestra familia diu celebre et ab eo nuper illustratum qui retro sextus principatum ex genere vestro tenuit, deinde in hac vetustissima regia urbe quae et cunctarum bonarum artium studiis floret et rerum omnium copia in hominum usus abundat, ex principum genere atque ipso patre principe natus, sub cuius ductu et felix urbis status et familiae vestrae clarissimum nomen excrescit in dies, magnopere laetor, pro mea in te fide tuaque actorum in me benevolentia, quod te video, cum per parentis diligentiam, tum maxime tuo iudicio ad bonas artes et praeclara studia omni nixu propensum fieri. Et si enim tria illa quae diximus a parentibus maxime desiderari videantur, in quorum profecto singulis non sum qui negem eos

plurimum posse, praecipue tamen parentes nomina imponunt natis; casus, nonnumquam electio, dat homini patriam; bonas autem artes atque ipsam virtutem sibi ipsi unusquisque comparat, quae quidem prae omnibus quae possunt ab hominibus studio quaeri exoptanda est. Nam opes, gloria, voluptates, fluxae res sunt et caducae; habitus autem fructusque virtutum perstat integer atque aeternus manet.

[4] Hoc igitur si te commoneam ut sedulo facias, tametsi ipse libenter id praesto, video tamen esse non necessarium. Quid enim aliud possum monere te ut facias quam quod semper facis? Aut quem tibi alium ad exemplar virtutis commendare quam te ipsum? Cum enim ita ab ipsa natura et animi et corporis dotibus constitutus videare ut omnia magna sperare de te liceat, cumque adeo etiam maiora omnia praestes ut non modo spem, sed et vota quoque omnium exsuperes, quid est quod aut adhortatione cuiusquam fortius promoveri possis aut ceterorum imitatione magis accendi? Tuo igitur nomine breve hoc opus suscepi et de liberalibus adolescentiae studiis ac moribus, id est, in quibus rebus exerceri ingenuos adolescentes quidve cavere conveniat, adortus sum ad te scribere, non quidem quo ipse te, sed ut per te ceteros id aetatis commoneam et cum quid agendum sit aliis praefinio, tu quod per te facis in te recognoscas.

[5] Cum enim sit homo ex anima corporeque constitutus, magnum quiddam ab natura consecuti mihi videntur quibus est datum ut et corporis viribus et ingenii valerent. Nam cum plurimos videamus quibus sine culpa evenit nascentibus ut et ingenio essent tardo et corpore imbecillo, quantas gratias haberi naturae convenit, si secundum utraque haec et integri sumus et validi! Ita autem referetur digna naturae gratia, si non neglexerimus eius munera, sed ea rectis studiis bonisque artibus excolere curaverimus. Principio igitur erit unicuique suum ingenium per se spectandum aut, si minus per aetatem nobis perpendere id licebit, parentes ceterique quibus curae erimus animadvertere debebunt, et in

quas res natura prona aptique fuerimus, eo potissimum studia nostra conferri et in eis totos versari conveniet. Maxime vero qui sunt liberale ingenium a natura consecuti, sinendi non sunt aut inertes otio torpere aut illiberalibus implicari negotiis.

Signa liberalis ingenii

[6] Omnino autem liberalis ingenii primum argumentum est studio laudis excitari incendiique amore gloriae, unde oritur generosa quaedam invidia et sine odio de laude probitateque contentio. Proximum vero, parere libenter maioribus nec esse bene monentibus contumaces. Nam ut equi meliores ad pugnam habentur qui faciles sunt manu regi et ad tubarum clangorem arrectis auribus exsultant, ita qui iuvenum bene audiunt monitoribus et laudati excitantur ad bonum, uberis spem frugis ferre prae se videntur. Cum enim bonum ipsum virtutis honestatisque faciem inexperti rerum complecti ratione non possunt — quae si posset oculis videri, mirabiles ad sapientiam (ut inquit Plato et Cicero meminit) de se amores excitaret — proximum est ab hoc gradu ut gloriae laudisque studio ad optima conari velint.

[7] Amplius autem, et qui sunt in actionibus prompti, fugientes otium, amantque semper aliquid recte agere, bene dispositi natura videntur. Nam (ut in eiusdem generis similitudinibus versemur) quemadmodum equi cursores meliores habentur qui dato signo protinus exsiliunt, nec calcarium stimulos aut flagellorum plagas morati subsistunt, ita adulescentes qui constitutis horis ad solita studia intermissaque paulisper exercitia alacres sine monitore redeunt, praeclare constituti ad virtutis opera habendi sunt. Sed et si comminationes ac verbera metuant, magis autem si dedecus atque ignominiam, unde nascitur verecundia, quae est in ea aetate signum optimum. Bene igitur habet, si obiurgati erubescant et castigati fiant meliores suosque praeceptores ament, nam et disciplinam amari indicio est.

[8] Nec minor vero ad omnem probitatem habenda de his spes est, qui sunt natura benigni ac facile placabiles. Est enim in animo simile quiddam quod et in corporibus. Nam ut in his significatio est bonae naturae nullo cibo abhorrere stomachum, sed quidquid ingeritur facile admittere et in alimentum conflare membrorum, ita et neminem odisse aut aspernari, sed quidquid dicatur fiatve in meliorem partem habere omnia, bene ab ipsa natura constituti animi signum est. Ac multa quidem in hunc modum sumi a moribus argumenta possunt. Quod vero ad corporis habitudinem attinet, molles carne aptos esse mente scripsit Aristoteles. De reliquis consulendi erunt qui per physionomiam deprehendi posse uniuscuiusque ingenium nativosque mores profitentur. Quam nos rationem hic totam relinquamus.

[9] Dignosci autem plerumque, ut diximus, ex indole potest adulescentibus nobis quales viri futuri simus. Nam ab initio quidem aetatis profert in quibusdam natura probitatis futurae signa veluti flosculos. Unde bonae indolis iuvenes dicimus qui effigie ipsa oris et gestu ceterisque actibus spem de se bonam polliceri videntur. Quibus ut turpe est expectationem hominum fallere, ita laudi his datur qui sine ulla tali significatione probi tamen evaserunt, imitati pomorum quoddam genus quae sub turpi atque aspero cortice suavem asservant saporem. Hinc bene praecipiebatur a Socrate, ut adulescentes in speculo suam imaginem crebro contemplantur, ea scilicet ratione, ut hi quibus inesset speciei dignitas, vitiis illam non dehonestarent; qui vero deformiori specie viderentur, formosos se ex virtutibus reddere curarent.

[10] Magis autem id ipsum consequi fortasse poterunt, si non tam suam speciem quam alienos probati hominis mores et vivum speculum intuebuntur. Nam si P. Scipio et Q. Fabius (quod omnibus fere generosis mentibus usu evenit) illustrium virorum contemplantis imaginibus excitari se magnopere dicebant —quae res Iulium quoque Caesarem visa magni

Alexandri imagine ad summam rerum accendit— quid consentaneum est evenire, cum ipsam vivam effigiem et adhuc spirans exemplum intueri licet? Quamquam imagines fortasse maiorum magis ad aemulationem gloriae animos excitant, propterea quod hominis praesentia minuere plerumque gloriam solet et viventes comitari consuevit invidia. Ad exemplum certe virtutis ac morum et ad omnem doctrinam, ut viva vox, ita et vivi hominis mores plus valent. Debet igitur studiosus adulescens quem virtutis veraeque gloriae desiderium concitat, unum aliquem pluresve quos sibi videatur deligere probatissimos viros, quorum vitam ac mores, quantum per aetatem licebit, imitetur. Illis autem ceterisque natu maioribus, cum omni tempore habenda sit gravitatis atque modestiae ratio, tum vero maxime coram iunioribus custodienda est. Iuvenum enim aetas prona est ad peccandum ac, nisi maiorum exemplis auctoritateque contineatur, facile semper in deteriora prolabitur.

Iuvenum mores

[11] Et quoniam insunt ipsis ex aetate proprii mores, quod et reliquis quoque aetatibus accidit, ex iis qui boni sunt usu praeceptisque confirmandi erunt et iuvandi; qui vero mali atque illaudabiles, corrigendi. Quorum hi quidem naturam sequuntur tantum, quidam autem experientiae defectum, alii vero utrumque. Sunt enim in primis natura largi ac liberales, propterea quod non sunt experti indigentias, nec opes eis labore proprio quaesitae sunt; non enim solet fieri ut temere dissipet, qui cum labore congregavit. Simul et quod superabundat in eis calor et sanguis, non modo in nutrimentum corporis sed etiam in augmentum, quod contra fit in senibus contraria id efficiente ratione, quem igitur eum speremus futurum senem, qui sit in adulescentia tenax atque avarus? Non quidem quo permittendae sint eis largitiones, quas exercere cum discretionem munerum, personarum meritorumque nesciunt. Sed corruptae naturae atque illiberalis ingenii sit indicium.

[12] Hi igitur aut ad quaestuosas artes faciunt aut manuale opus aut negotiationem ad curam rei familiaris, praecipue qui, etsi nobiliores fuerint quandoque artes assecuti, illas tamen semper, ut cetera, ad ignobilem quaestum redigunt; quae quidem res est ab ingenuis mentibus prorsus aliena. Deinde sunt bonae spei multaque ac magna sibi facile promittunt ac prae ceteris longaeuam aetatem, ut quibus exuberat naturalis calor, tamquam ad omne opus et in omne tempus suffecturus. Ac propter hoc ipsum magnanimi sunt et alti cordis, quoniam est ea vis calidi, ut sursum ferat. Unde fit ut sint arrogantes, et iuxta Flaccum, "*monitoribus suis asperi*" et contumeliosi aliis, seipsos efferentes; appetunt enim excellere, propter quod volentes videri multa nosse, faciles sunt operta revelare, et se ipsos iactantes, plerumque mendaces inveniuntur. Simul et quia inexperti sunt, existimantes vera dicere, in plurimis falluntur.

[13] Ab hac autem mentiendi vanitate deterrendi sunt maxime. Primum, quod assueti in iuventute mentiri morem hunc viri servant, quo nihil est turpius; deinde, quod prope nihil aequae maiores offendit quam mendacia adulescentium, qui studeant, pridie nati, senes fallaciis circumvenire. Proderit autem si admoneantur parum loqui et raro, nisi iussos, dicere. In multo namque sermone est aliquid semper quod reprehendi possit. Quod si in alterutro est peccandum, multo sane tutius est tacere quam loqui. Nam qui intempestive tacet, hoc in unum peccat, quod tacet; loquendo autem, in multis errare contingit. Providendum etiam ne foedis atque inhonestis sermonibus assuescant. Nam, ut est a graeco poeta dictum et ab apostolo Paulo repetitum, "*Corrumpunt bonos mores colloquia mala.*"

[14] Secundum superiorem autem rationem, quoniam sunt excellentiae cupidi, sunt etiam verecundi; quoniam inhonorari metuunt et castigationis parentum magistrique ex recenti meminerunt, simul et quoniam inexperti sunt, facile refelli se posse arbitrantur. Sunt item

creduli nimis: ex defectu namque experientiae rerum, vera credunt esse quaecumque audiunt. Atque etiam de facili mutant opiniones, quoniam sunt eorum humores in motu propter augmentum corporis et abundat calor qui maxime ad motiones facit. Anima vero complexionem sequitur corporis; ideoque ut facile carentes concupiscunt, ita potiti satiantur cito. Passiones vero suas maxime prosequuntur et omnia faciunt valde, quoniam concupiscentias habent acutas quas calor incitat, neque vigent ratione et prudentia quae illas moderari possint. Ego vero, iuxta Terentianum Sosiam, non iniuria *“id arbitror apprime in vita esse utile, ut commode fiant omnia ac ne quid nimis.”* Sunt quoque miserativi nec maligni moris, quoniam ab generatione proximi sunt, benignum habentes sanguinem, ceterosque ex se aestimant qui pauca commiserunt; quamobrem eos credunt iniuste pati. Maxime vero gaudent amicitiiis et sodalitates amant, quas plerumque eadem die et ineunt et dirimunt.

[15] Iuxta igitur has animadversiones erit adhibenda doctrina et boni quidem mores asciscendi, mali vero aut minuendi aut prorsus eradicandi erunt. Et de cura quidem iuvenum, cum plurimum domesticae disciplinae permissum sit, nonnulla tamen solent legibus definiri. Deberent autem, ut fere dixerim, omnia, nam et publice interest iuventutem in civitatibus bene moratam esse, et si fuerint adulescentes ratione instituti, erit id quidem utile et civitatibus et ipsis bonum. Maxime vero (ut specialius dicamus) ab his peccatis prohibendi sunt in quae facile natura ab ipsa aetate deducuntur. Habent enim et aetates sua propria quaedam vitia. Adulescentia libidinibus aestuat; aetas media ambitione iactatur; senectus cupiditate avaritiaque consumitur: non quo ita omnes habeant, sed quod in haec vitia ex aetate proniores sunt homines.

[16] Curandum est igitur, ut iuvenes quam maxime diu integri serventur: immatura namque Venus et animi et corporis vires enervat. Quod erit, si a choreis ceterisque huiuscemodi ludis et item ab omni

muliebri frequentia arceantur, aut si nihil de hisce rebus loquantur aut audiant. Nam cum ipsi per se aetatis fervore ad venerea rapiantur, nulla erit spes reliqua si malignus quoque consilio comes accesserit; praecipue vero si numquam missi erunt otiosi. Sed semper in aliquo honesto membrorum aut animi labore detineantur; otium enim ad libidines et ad omnem intemperantiam pronos efficit. Itaque adulescentes nimia sospitate laborantes, multo conveniet labore sanari. Nec vero his otium tantum, sed et solitudo quoque vehementer est inimica, quae infirmum animum assidua talium rerum cogitatione demulcet, nec alio diverti sinit. Ut enim qui desperatione tenentur solitudini minime credendi sunt, ita et quibus voluptate devinctus est animus.

[17] Itaque et ab omni foeditate ac nefaria turpitudine et prohibendi sunt et magnopere custodiendi. Nec nisi iis committendi quorum mores et vita omnis perspecta sit, quorumque non iam exemplo peccent, sed auctoritate deterreantur. Quemadmodum enim teneris arborum virgultis stipites alligantur ne aut propria mole aut vi ulla ventorum deflecti possint, ita et iuvenibus adhibendi sunt comites quorum monitis discant et conscientia retrahantur et imitatione proficiant. Continendi sunt etiam ne in aliis quae sunt circa vitam immoderatiores fiant. Nam superfluis cibis ac potus et somni abundantiores ex consuetudine magis sunt, non quo variis habitudinibus corporum plus minusve deberi ex his rebus negem, sed quod in omnibus hominibus natura paucis adiumentis contenta sit, si necessitatem spectemus; si voluptatem, nihil illi possit videri satis.

[18] A vino vero in ea aetate maxime sunt arcendi, cuius nimius usus et valetudini bonae inimicus est et rectae rationis usum magnopere perturbat. Qua in re nequamquam mihi videtur improbanda Lacedaemoniorum ratio, qui ebrios servos exhiberi in conviviis suis curabant, non quidem ut eorum insulsis sermonibus aut foedis actionibus delectarentur (nam inhumana voluptas est damno hominis aut vitio delectari hominem) sed ut

adulescentibus suis exemplo ostenderent quam esset turpe temulentum videri. Sunt igitur ut ab annis teneris assuescant, ita potandi pueri, ut illis magis aqua temperetur quam lymphetur vinum, et tam sobrie quidem ac raro ut magis ad molliendum cibum quam ad minuendam sitim datus potus videatur. Neque enim decet (quod non modo ad virtutem, sed nec ad bonam quoque valetudinem pertinet) ventre cibum potumve metiri aut hibernis noctibus somnos aequare aut voluptatibus modum satietate praefinire, sed ratione moderari omnia, et ita assuefieri ut iuveniles impetus frenare facile possimus, arbitrarique non omne quod per potentiam vel occasionem facere liceat, decere ut faciamus.

[19] Ante omnia vero decet bene institutum adulescentem rei divinae curam respectumque non neglegere eaque opinione imbui ab ineunte aetate. Nam quid erit illi inter homines sanctum, cui divinitas despecta sit? Nec vero usque ad aniles decet superstitiones provehi, quod in ea aetate damnari plurimum solet et irrisioni patere, sed ad certum modum. Quamquam quis modus in ea re adhiberi potest, in qua omne quod possumus infra modum est? Praecipue vero, quod in omni aetate abominabile est, monendi sunt non exsecrari divina neque sacra nomina irrisioni habere nec sponte facile iurare. Nam qui temere iurant, crebro deierare consueverunt.

[20] Proxime autem senibus ac maioribus natu plurimum reverentiae adhiberi convenit eosque parentum prope loco existimare. In quo erat Romana iuventus vetusto more praeclare instituta, qui senatores, quos 'patres' appellabant, qua die haberetur senatus, deducebant in curiam ibique assidui prae foribus aderant, dimissoque senatu reducebant frequentes domum, quae nimirum erant rudimenta constantiae patientiaeque in proveciori aetate praestandae. Qui vero iuvenes libenter senibus haerent, nec ab his facile discedunt a quibus proficere possunt, hi non temere velle videntur aetatem virtute praevenire. Instituendi sunt

praeterea quo pacto deceat admittere venientes, quo abeuntes dimittere, ut oporteat verecunde salutare maiores, minores humaniter colligere; amicos benevolosque familiariter convenire. Quae cum in omnibus apte sedeant, tum vero in principibus et eorum liberis speciosa videntur, et notantur in his maxime in quorum moribus atque omni vita facilitas quidem amari solet, gravitas vero laudari. Utrobique tamen verendum est ne vel haec in agrestem severitatem aut illa in scurrilem levitatem exeat.

[21] Haec autem ita consequi poterunt, si se facile quisque argui monerique patiat, quae ratio in omni aetate et causa atque condicione salutaris est. Nam ut obiecto speculo faciei nostrae mendas cognoscimus, ita et castigantibus amicis errores perpendimus animi, qui proximus est ad emendationem locus. Hi autem facillime deceptioni patent qui nihil audire possunt quod constrictet. Imbecilli est enim stomachi ferre non posse nisi delicata. Decet itaque et maledicentes pati posse et obiurgantes audire. Nam qui se non patitur praesentem argui, non facile solet, cum est absens, defendi. Verum eos maxime qui sublimiore sunt fortuna et in quorum manibus urbium populorumque ius est, decet non modo facile, sed etiam libenter bene monentibus audire, quanto et ipsi per multam licentiam proniores sunt ad peccandum et eorum peccata obesse pluribus solent. Ac eo quidem magis curandum, quod pauci sunt qui dicere eis quod verum decensque sit, audeant; pauciores, qui velint audire. Nam qui vult verum audire, facile invenit a quo audiat. Itaque mirum videri potest, si sit quispiam bonus aut sapiens in potentatu ac magnis fortunis natus, nec adversum umquam casum expertus. Et si quis sit huiusmodi, hunc pro quodam quasi terreno deo amandum colendumque existimo, quippe cum inter affluentiam rerum ad omnes voluptates suppetentium et facultatem assequendi quaecumque cupierint et adulatorum ingentem copiam qui solent ex stultis insanos facere, vix rationi ac recto iudicio vacat uspiam locus. Id pulchre Plato sentiebat et commode paucis verbis

significavit, quem nos locum huc ad verbum ex *Gorgia* transferamus. “*Difficile est enim*”, inquit, “*et plurima laude dignum in magna peccandi licentia iuste vixisse.*”

[22] Sed et nimia quoque parentum indulgentia emollire atque enervare adulescentes consuevit, quod in his plerumque manifestum est, qui sub viduis matribus per delicias sunt enutriti. Placet igitur quae est apud quosdam gentium consuetudo, ut liberos suos aut extra civitatem aut certe extra domum apud cognatos amicosve educari curent. Quos et si plerumque indulgentiores invenerint, hoc ipsum tamen, quod in aliena domo vivere se intellegunt, solutiorem illis licentiam adimit et melioribus studiis, quae liberalia dicimus, intentiores reddit. De quibus tempus est iam nos dicere.

Quae sunt studia liberalia et de his in genere tractatur

[23] Liberalia igitur studia vocamus, quae sunt homine libero digna: ea sunt quibus virtus ac sapientia aut exercetur aut quaeritur quibusque corpus aut animus ad optima quaeque disponitur, unde honor et gloria hominibus quaeri solet, quae sunt sapienti prima post virtutem proposita praemia. Nam ut illiberalibus ingeniis lucrum et voluptas pro fine statuitur, ita ingenuis virtus et gloria.

[24] Oportet igitur a prima infantia his intendere et ad sapientiam omni studio conari. Nam, si nulla est privatarum artium, etiam earum quae minus acuminis exigunt, quam excellenter assequi quis possit nisi a teneris annis illi incubuerit, quid de sapientia iudicabimus, quae tam multis magnisque rebus constat et in qua arte totius vitae praecepta rationesque continentur? Non erimus profecto, quoniam sapientes et haberi et esse volumus omnes —non erimus, inquam, in senectute sapientes, nisi iuvenes primum bene sapere coeperimus. Nec vero suscipiendum est quod omnibus paene vulgo est usurpatum, ut existimemus eos qui iuvenes supra aetatem

ratione sapiant, maiores factos desipere aliquando solere. Quamquam et hoc in quibusdam non abhorreat a physica ratione: quibus cum impuberibus sensus vigeant, crescente postmodum aetate marcescunt. Quo in genere ratione est senex quidam ab adulescente confutatus; obscurum est autem utriusque nomen. Cum enim is praeter aetatem prudens probusque haberetur, senique ad miraculum illum ostenderent, 'Erit igitur', inquit, 'in senectute demens, qui sit in adulescentia tam sapiens,' et ita quidem voce sublata, ut adulescens audiret. Ille vero innati acuminis nihil oblitus atque in eum protinus conversus, 'Tu ergo', inquit, 'praeclare in adulescentia sapiens exististi', suisque illum (ut aiunt) armis confodit.

[25] Et est quidem ex natura in plerisque iuvenibus tanta ingenii celeritas ad intellegendum et ad investigandum tantum acumen, ut vel sine multa doctrina de rebus maximis loqui possint sententiasque dicere gravissimas, quorum ingenita vis, si eruditione corroboretur iuveturque disciplina, summos viros parere ea res solet. Ut igitur hi diligenter curandi sunt, ita non neglegendi qui mediocri valent ingenio, quin vel hoc potius iuvandi, quod est in eis vis naturae defectior. Omnes tamen a pueritia studiis laboribusque mancipandi sunt, "*Dum faciles animi iuvenum, dum mobilis aetas,*" ut est Maronis versus.

[26] Atque eo magis tunc insistendum, quo aetas illa eruditioni aptior est quam ceterae, quamquam et in omni aetate discendum est —nisi fortasse turpius aliquando est discere quam nescire! Quod contra iudicavit Cato ille Porciae familiae princeps, qui latinas litteras prope senex, graecas iam certe senex edidicit, nec credidit seni turpe discere quod esset pulchrum homini scire. Socrates etiam, tantus philosophus, iam aetate propecta fidibus operam dedit digitosque suos magistro formandos commisit. Cum nostros interea iuvenes, si placeat Deo, prae mollitie discere pigeat et vixdum ablactatos pudeat sub magistro esse! Qui tamen iudicio proprio minime committendi sunt, sed variis artibus ad bona rectaque studia inducendi.

[27] Nam alii quidem laude et per speciem honoris, alii munusculis blanditiisque alliciendi; minis alii flagrisque cogendi erunt. Atque haec quidem omnia ita rite pensanda rationeque moderanda, ut et in eodem ingenio vicissim his artibus praeceptores utantur, et cavendum ut neque nimium illis faciles neque nimium severi sint. Nam ut nimia licentia bonam indolem solvit, ita gravis et assidua castigatio ingenii vim enervat, naturaeque igniculos in pueris exstinguit. Qui dum timent omnia, audere nil possunt, fitque ut paene semper errent, dum in singulis rebus errare se timent. Maxime vero in quibus superabundat nigra cholera, laxius continendi erunt, eosque plurimum suo arbitrio committi conveniet et libertate iocisque oblectari, in quo genere complexionis non omnes (quod Aristoteles voluit), sed plurimi certe ingeniosiorum sunt.

[28] Verum evenit, ut plerique ingenio liberali praediti, dum recta studia sequi contendunt, aut manu iniecta revocentur aut quibusdam oppositis quasi repagulis in ipso cursu subsistere cogantur aut alio divertantur. Plurimis enim angustia rei familiaris impedimento fuit, quae liberum animum et ad meliora natum quaestui coegit inservire, tametsi per extremas difficultates generosa natura solet in altum emergere et magis profusa rerum copia quam summa inopia bonis ingeniis nocere consuevit, cum de his non sine indignatione dici soleat: ‘O quam magnus hic erat futurus vir, si in minoribus esset fortunis natus!’ Quibusdam parentum imperium et ab infantia suscepta consuetudo obstitit. Nam et quod minoribus nobis consuetum est, facile id maiores facti sequi solemus, et pueri libenter parentum studiis quibus innati atque innutriti sunt dari se patiuntur. Sed et id quod est in civitatibus consuetum, plurimum sequimur, tamquam sit id optimum factu quod ceteri et probant et faciunt. Ergo difficillima omnium est ea deliberatio; nam aut libera non est aut ad eam, non nisi falsis opinionibus imbuti, ex mala consuetudine et hominum perverso sermone venimus.

[29] Datum tamen est quibusdam munere Dei singulari, ut ipsi per se rectam viam sine ullo duce et inire et tenere potuerint; *'paucis'* illis quidem, et *'quos aequus'* (ut ait Poeta) *'Iuppiter amavit,'* aut etiam genuit, ut fabulis quoque aliquid demus. Qualem in primis Herculem accepimus, quod et Graeci tradunt et Latini post eos meminerunt. Hic enim cum duas cerneret vias, unam virtutis, alteram voluptatis, forte id aetatis agens quando de tota vita deliberatio sumenda est, in solitudinem secessit ibique multum ac diu secum cogitans (ut est ea aetas imbecillo iudicio consilioque), virtutem tandem reiecta voluptate complexus est. Unde sibi per multos ac graves labores opinione hominum iter in caelum extruxit. Ita igitur ille; nobiscum autem bene agitur si praeceptis tamquam manu deducimur ut prohi simus, aut si vi etiam necessitateque ad id cogamur. Est enim felix necessitas quae cogit ad bonum.

Excellens studium tractat, armorum scilicet et litterarum

[30] Quamquam et tibi quoque, Ubertine, id video in parte contigisse: cum enim sint ex studiis atque liberalibus artibus hominum duae praecipue quae et ad excolendam virtutem et ad parandam gloriam maxime sunt affines, armorum videlicet ac litterarum disciplina, liceretque tibi per parentis indulgentiam solam militarem, quae familiae vestrae prope peculiaris est, persequi, tu utramque ita es et industria et studio tenaciter complexus, ut aequalibus tuis longo intervallo posthabitis cum maioribus quoque certare in utroque laudis genere possis. Probe igitur facis qui et militarem disciplinam, in qua semper tui maiores excelluerunt, non negligis et ad veterem hanc domesticam gloriam novam etiam litterarum laudem adicere tentasti.

[31] Neque enim imitari eos studes (est autem horum nostris temporibus turba ingens) qui sibi opinionem doctrinae ut dedecus abhorrent aut Licinii, quondam Romanorum imperatoris, sententiam probas, qui litteras virus ac pestem publicam appellabat. Multo magis, quod ille, beatas, ait, fore res

publicas, si vel studiosi eas sapientiae regerent vel earum rectores sapientiae studere contigisset. Et quidem quod verum est, litterarum disciplinae neque dementiam adimunt neque malignitatem, quin magis, ut eos qui ad virtutem et sapientiam nati sunt magnopere adiuvant, ita persaepe sunt aut indicia stultitiae detegendae aut instrumenta perniciosioris iniuriae. Nam et Claudium (ne a Romanis principibus discedamus) sane doctum accepimus et Neronem, eius privignum atque in principatu successorem, eruditum in primis fuisse constat, quorum prior insignis vecordiae fuit, alter crudelitate atque omnibus flagitiis contaminatus. Qui tamen sub obtentu clementiae dixit aliquando optare se litteras nescire. Quod et optandum sibi profecto fuerat, si modo non alia ratione quam litterarum ignarus esse clemens potuisset! Sed opinor eum, si et litteras quoque, quae male apud se habitabant, eicere sibi prorsus licuisset, tam mature ac libenter facturum fuisse quam illam simulatam ad tempus clementiam exiit, ne cui virtutum aut bonarum artium reliquus in se locus esset. Contra vero Iacobus de Carraria, proavus tuus et prudens vir et princeps magnanimus, ipse quidem non magnopere doctus, mirum tamen in modum doctos coluit, ut id unum fortunae suae defuisse iudicaret, quod non esset, quantum modestum hominem optare liceat, eruditus.

[32] Et in senectute quidem optare licet, consequi vero non facile, nisi ab initio aetatis studio laboreque nobis doctrinam paraverimus. Paranda sunt igitur in iuventute solatia quae honestam senectutem possint oblectare. Nam quae sunt iuventuti laboriosa studia, illa erunt iucunda otia senectuti. Et sunt in hac re sane magna praesidia, sive contra languidum torporem remedium quaerimus, sive sollicitis occupationibus solatium. Nam cum duo sint genera vitae liberalis, unum, quod totum in otio ac speculatione est, alterum, quod in actione negotioque consistit; in priore quidem quam sit necessaria cognitio ususque scripturarum

neminem existimandum est latere, in posteriore vero quam sit utilis, facile hinc dignosci potest. Nam qui ad res gerendas animum applicant — omitto quantum et praeceptis illorum qui scripserunt et eorum exemplis de quibus scribitur prudentiores fieri possunt— [sed] sive rem publicam administrent, sive foris in bellis aut domi in suis amicorumque negotiis versentur, non habent fatigati qua alia in re iucundius acquiescere valeant. Cum etiam incidant tempora et horae in quibus ab huiusmodi rebus vacare necesse est —nam et a re publica inviti saepe prohibemur et non semper geruntur bella et singuli dies noctesque aliquid habent quo domi contineri et esse seorsum oportet— in hoc igitur tempus, cum nihil nobis per otium agere foris licebit, lectio librique succurrent. Nisi prorsus somno indulgere aut inertio otio tabescere volumus aut morem imitari Domitiani principis qui singulis diebus, certis horis, secretus ab omnibus stilo ferreo muscas insectabatur. Fuit hic quidem Vespasiani filius, Titi vero minor natu frater, utrique profecto longe impar; immo vero tanto omnium teterrimus, quanto Titus probissimus est omnium habitus, quem historiae ‘delicias humani generis’ appellavere. Itaque et eius memoria tam celebris est quam illius execrabilis.

[33] Libero etenim iudicio de rebus vitaque hominum posteritas utitur, quae nec vituperare improbos metuit nec laudes invidet benemeritis. Qua quidem in re magna est (ut videmus) praerogativa principibus, immo vero (prope dixerim) necessitas proposita bene gerendarum rerum, si iudicium hominum et famae apud posteros aeternitatem spectare velint. Nam in ceteris quidem humilioribus magna vi ac virtute opus est ut in lucem emergant, et eorum peccata suae sortis obscuritate teguntur; in principibus vero et magnis viris probitas, sive quod rara sit in multa fortuna ac propterea magis admirationi habetur, sive quod ex fortuna splendore magis illustretur, ea, vel si modica est, praeclara atque insignis habetur; malefacta autem nec latere quamvis secreta possunt, nec cognita

diu taceri. Illi enim ipsi qui aut ministri sunt voluptatum aut socii criminum consciique factorum efferunt et primi damnant. Quo in genere eius ipsius Domitiani dementiam e cubiculariis unus urbano scommate notavit. Aliquando enim interrogatus, essetne quisquam cum Domitiano intus, respondit, 'Ne musca quidem,' quasi ille stilo suo omnes sustulisset.

[34] Huic eius aucupationi tam indecorae venia forte posset indulgeri, si modo constaret quidnam per hiemem solus agere consuevisset, aut si non maiore odio ex tetris facinoribus quam ex hoc aucupio tam foedo irrisione se dignum praebuisset. Nam quod Scipio dicere de se solebat, numquam minus solum aut otiosum esse quam cum otiosus aut solus videretur, non facile cuivis potest contingere, sed solis magnis ingeniis atque excellenti virtute praeditis. Tametsi nihilo mihi videtur minor qui contra et in turba solitudinem servare potest et in negotio quietem, quod de Catone quidem scriptum est, qui interea dum senatus cogere, lectitare in curia libros frequens solebat. Unde nimirum et in rem praesentem et in omne tempus saluberrima patriae consilia dictabat.

[35] Quod si praeterea alius nullus ex litterarum studiis fructus haberetur, qui utique et plurimi sunt et maximi, satis tamen abunde magni videri debet res momenti quod interea, dum attentim legimus, a plerisque avocamur quae non possemus aut sine turpitudine cogitare aut reminisci sine molestia. Nam si quid est aut in nobis ipsis aut in nostra fortuna quod nos offendat, hac facile ratione levamur, propter id quod mirabiles voluptates in animis hominum doctrinarum studia pariunt et uberrimus afferunt in tempore fructus, si quando in bonam mentem et ei culturae idoneam tale semen inciderit. Ergo cum soli sumus, ab omnibus et ceteris curis vacui, quid agere melius possumus quam libros convenire, ubi sunt omnia vel amoenissima ad cognoscendum vel ad bene sancteque vivendum efficacissima?

[36] Nam cum ad cetera quidem plurimum valent, tum vero maxime ad salvandam vetustatis memoriam necessaria sunt monumenta litterarum, quibus res hominum gestae, fortunae eventus insperati, naturae insolita opera, et super his omnibus rationes temporum continentur. Memoria etenim hominum et quod transmittitur per manus sensim elabitur et vix unius hominis aevum exsuperat. Quod autem libris bene mandatum est, perpetuo manet, nisi pictura forsitan aut excisio marmorum aut fusio metallorum potest etiam tale quiddam praestare. Verum ea nec signant tempora, nec facile varietatem indicant motionum, et exteriorem tantum habitum exprimunt ac labefactari facile possunt. Quod autem litteris traditur non modo haec quae dicta sunt efficit, sed et sermones quoque notat et cogitatus hominum effingit ac, si pluribus exemplariis vulgatum est, non facile potest interire, si modo et dignitas accedat orationi. Nam quae sine dignitate scribuntur, ea nec sortiuntur fidem, nec subsistere diu possunt.

[37] Quae igitur potest esse vita iucundior aut certe commodior quam legere semper aut scribere; et novos quidem existentes res antiquas cognoscere; praesentes vero cum posteris loqui; atque ita omne tempus quod et praeteritum est et futurum, nostrum facere? O praeclaram suppellectilem librorum! inquam ut nos. O iucundam familiam! ut recte Cicero appellat, utique et frugi et bene morigeram! Non enim obstrepit, non inclamat; non est rapax, non vorax, non contumax; iussi loquuntur et item iussi tacent; semperque ad omne imperium praesto sunt; a quibus nihil umquam, nisi quod velis et quantum velis, audias.

[38] Eos igitur (quoniam nostra memoria non est omnium capax ac paucorum quidem tenax et vix ad singula sufficit) secundae memoriae loco habendos asservandosque censeo. Nam sunt litterae quidem ac libri certa rerum memoria et scibilium omnium communis apotheca. Idque curare debemus ut quos a prioribus accepimus, si nihil ipsi ex nobis

gignere forte possumus, integros atque incorruptos posteritati transmittamus, eoque pacto et his qui post nos futuri sunt utiliter consulemus et his qui praeterierunt vel unam hanc suorum laborum mercedem repensabimus. In quo iuste forsitan possumus quoddam saeculum proximasque superiores aetates accusare. Indignari quidem licet, proficere autem nihil, quod tam multa illustrium auctorum praeclara opera deperire passi sunt. Et quorundam quidem nomina sola, summis tamen laudibus ornata, aliorum etiam pars vigiliarum et fragmenta quaedam operum ad nos pervenerunt. Unde fit ut ex splendore laudum ac nominis opera desideremus illorum. Horum vero reliquos labores deperisse indignemur ex earum rerum quae superant adhuc excellentia ac dignitate, tametsi ea ipsa in plerisque partium suarum tam vitiose corrupta, quaedam etiam intercisa ac mutilata suscepimus, ut paene melius fuerit ex his nihil ad nos pervenisse.

[39] Sed in hac iactura (quae maxima est) non debet id minimum videri, quod res plurimas nostras atque Itala facta cognitione dignissima pro magna parte latere nos contingit, quorum notitia cum libris simul ac monumentis eorum periit. Sicque qui barbarorum res gestas novimus, plerasque ex nostris casu librorum ignoramus. Et est eo deventum ut latinae quoque historiae et cognitionem et fidem a graecis auctoribus exigamus; plurima namque talium quae apud nos sunt aut anguste perscripta aut prorsus incognita, late apud eos diffusa reperiuntur, quamquam et ea ipsa graeca oratio, quae nostris maioribus esse quondam domestica ac perfamiliaris solebat, apud suos paene interiit; apud nos vero prorsus extincta est, nisi pauci quidam qui hac aetate illi incubuerunt, iam e sepulchro in lucem revocent.

[40] Sed redeo ad historiam, cuius eo gravior est iactura, quo eius rei cognitio et utilior est et iucundior. Nam liberalibus quidem ingeniis et his qui in publicis rebus et hominum communitate versari debent, convenientiora

sunt historiae notitia et moralis philosophiae studium. Ceterae quidem enim artium 'liberales' dicuntur quia liberos homines deceant; philosophia vero idcirco est liberalis quod eius studium liberos homines efficit. In horum igitur altero praecepta quid sequi quidve fugere conveniat, in altero exempla invenimus. In illa enim omnium hominum officia reperiuntur et quid quemque deceat; in hac vero quid factum dictumve sit suis quotcumque temporibus. Adiciendum est ad haec (ni fallor) et tertium, id est eloquentia, quae civilis scientiae pars quaedam est. Per philosophiam quidem possumus recte sentire quod est in omni re primum; per eloquentiam graviter ornateque dicere qua una re maxime conciliantur multitudinis animi; per historiam vero in utrumque iuvamur. Nam si senes idcirco prudentiores iudicamus eosque libenter audimus quod per longam vitam et in se multa experti sunt et in aliis pleraque viderunt atque audierunt, quid de his est iudicandum qui multorum saeculorum res cognitu dignas memoriter norunt et ad omnem casum proferre illustre aliquod exemplum possunt? Ex quibus id efficitur, quod est summi viri et omnino excellentis ingenii, ut et optime quis dicere possit et studeat quam optime facere.

[41] Erant autem quattuor quae pueros suos Graeci docere consueverunt: litteras, luctativam, musicam, et designativam, quam protractivam quidam appellant. De luctativa et musica dicetur postea. Designativa vero nunc in usu non est pro liberali, nisi quantum forsitan ad scripturam attinet (scribere namque et ipsum est protrahere atque designare), quoad reliqua vero penes pictores resedit. Erat autem non solum utile, sed et honestum quoque huiusmodi negotium apud eos, ut Aristoteles inquit. Nam et in emptionibus vasorum tabularumque ac statuarum, quibus Graecia maxime delectata est, succurrebat, ne facile decipi pretio possent, et plurimum conferebat ad deprehendendam rerum, quae natura constant aut arte, pulchritudinem ac venustatem; quibus de rebus pertinet ad magnos viros et loqui inter se et iudicare posse.

[42] Litterarum vero magnus est semper fructus et ad omnem vitam et ad omne hominum genus; praecipue vero studiosis earum, ut ad accipiendam doctrinam, ita et ad formandum eius habitum revocandamque temporum lapsorum memoriam. Ante omnia igitur, si quid proficere de doctrinis volumus, congrui sermonis habenda est ratio et curandum ne, dum maiora prosequimur, turpiter in minoribus labi videamur. Proxime huic disputandi ratio adhibenda est, per quam in unaquaque re, quid verum falsumve sit, facile argumentando quaerimus. Ea, cum sit discendi scientia sciendique disciplina, ad omne doctrinarum genus viam facile aperit. Rhetorica vero tertia est inter rationales disciplinas, per quam artificiosa quaeritur eloquentia, quam et tertiam posuimus inter praecipuas civilitatis partes. Verum ea, cum nobilium hominum studiis celebrari olim consuevisset, nunc paene prorsus obsolevit. Nam a iudiciis quidem eiecta penitus est, ubi non perpetua oratione, sed dialectico invicem more adductis in causam legibus contenditur. In quo genere plerique quondam ex romanis adolescentibus magnam gloriam sunt assecuti aut deferendis sontibus reis aut defendendis insontibus. In deliberativo vero genere iam apud principes et rerum dominos nullus est ei locus, quoniam paucis expediri verbis sententiam volunt et nudas afferri in consilium rationes; in populis, qui vel sine arte copiose dicere possunt, clari habentur. Demonstrativum genus restat, quod, ut nusquam est usu sublatum, ita vix usquam ratione invenitur. Nam in faciendis orationibus, his artibus utuntur fere omnes quae contra artem bene dicendi sunt. Quae cum ita sint, elaborandum est tamen ei quem volumus esse bene institutum, ut in omni genere causarum ornate copioseque possit ex arte dicere.

[43] Proxima huic est poetica, cuius studium, etsi conferre plurimum et ad vitam et ad orationem potest, ad delectationem tamen magis videtur accommodata. Ars vero musicae (nam et ea audientem delectat) magno

quondam apud Graecos honore habebatur, nec putabatur quisquam liberaliter eruditus nisi cantu et fidibus sciret. Quamobrem Socrates ut ipse senex didicit, ita ingenuos adulescentes erudiri in his iussit, non quidem ad lasciviae incitamentum, sed ad motus animae sub regula rationeque moderandos. Ut enim non omnis vox, sed tantum quae bene consonat, ad soni melodiam facit, ita et motus animae non omnes, sed qui rationi conveniunt, ad rectam vitae harmoniam pertinent. Verum cum ad remissionem animi sedandasque passiones plurimum valeat modulationis usus, tum vero eius disciplinae cognitio digna est ingenio liberali, secundum quam rationem speculamur sonorum varias naturas ac potestates, et ex quibus invicem proportionibus consonantias dissonantiasque causari contingat.

[44] Quemadmodum et de numeris ratio quae ‘arithmetica’ dicta est et de magnitudinibus quae ‘geometria’ est appellata. In quibus, secundum varias relationes parium vel imparium et item linearum aut superficierum aut corporum, variae species numerorum magnitudinumque constituuntur, multaque his inesse propria demonstrantur quae cognitio iucundissima est et praecipuam in se certitudinem continet. Sed et illa quoque pulcherrima est quae de siderum motibus, magnitudinibus ac distantis pertractat. Evocat enim nos ab his tenebris et crasso aere et in superiorem illam lucidissimam domum tot luminaribus distinctam oculos atque animum inducit. In quam aspicientem, iucundum est et fixarum stellarum imagines discernere, et erraticas suis locis nominibusque denotare earumque coniunctiones, et item solis lunaeque defectus longe ante praevidere atque praedicere. Maxime vero scientia de natura intellectui humano consona atque conformis est, per quam naturalium rerum animatarum inanimatarumve principia passionesque et eorum quae caelo et mundo continentur motuum ac transmutationum cuasas effectusque cognoscimus, ac multorum quidem possumus causas reddere quae vulgo miranda videri soleant. Quae cum omnia iucundum est intellegere, tum

maxime negotiari circa eas quae in aere et circa terram fiunt impressiones iucundissimum est. Aequae vero et quae his annexae sunt cognitiones, pulcherrimas inquisitiones habent, ut est perspectiva et de ponderibus tradita ratio.

[45] Et quoniam quidem dicendo hactenus proventus sum, reliquas quoque disciplinarum attingam. Medicina igitur est et cognitu pulcherrima et ad salutem corporum commodissima, verum exercitium habet minime liberale. Legum peritia publice privatimque utilis est et magno ubique honori habetur, et ipsa quidem a morali philosophia derivata est, quemadmodum a naturali, medicina. Quam ut honestum est aut audientibus interpretari aut in iure disceptantibus de iure consultum aperire, ita est indecorum tractantes causas pretio conventionemque operas venditare. Scientia vero divina est de altissimis causis et rebus quae sunt semotae a nostris sensibus, quas intelligentia tantum attingimus.

[46] Principales itaque disciplinas fere connumeravimus omnes, non quo unicuique omnes necessario apprehendendae sint, ut doctus tandem aut sit aut habeatur —nam et singulae totum sibi hominem vindicare possunt et utrumque est virtutis opus, ut modestas opes, ita et mediocrem posse pati doctrinam— sed ut ad quam quisque aptissimus erit, eam potissimum amplectatur. Quamquam ita sunt coniunctae doctrinae omnes, ut nulla quaevis ignoratis prorsus aliis egregie percipi valeat.

[47] Sed ingeniorum diversa sunt genera. Quaedam enim facile inveniunt in unaquaque re argumentum et medium quo suum propositum inferant; quaedam vero tarda sunt ad inveniendum, verum solida ad diiudicandum. Et priores quidem illi quibus ita est ingenium, ad opponendum aptiores sunt; posteriores vero ad respondendum. Item illi ad poeticam faciunt et ad rationales scientias; hi vero ad reales. Sunt autem et alii ingenio quidem veloci, lingua vero sermoneque tardiore, et hi ad compositum sermonem orationemque rhetoricam valere videntur. In utraque vero vi prompti, ad dialecticas disputationes praeclare faciunt.

Quibus autem sermo velocior est quam ingenium —id est, lingua quidem sunt prompta, ingenio vero tardo— ad neutrum genus valent orationis. Amplius in quibusdam memoriae vis multa viget, et hi ad cognitionem historiarum multum valent et ad comprehendenda legum ampla volumina. In quo scire nos oportet, memoriam praeter ingenium valere non multum, ingenium vero sine memoria prope nihil, quantum quidem ad disciplinas atineat; ad agibilia vero contra, propterea quod mandari scriptis, vice memoriae, acta res agendaque possit. De doctrinis autem non videmur id scire, quod non memoriter scimus, aut non facile reminisci possumus.

[48] Sunt praeterea quibus est vis animae ab sensibilibus et materialibus rebus abstracta et separatis atque universalibus apprehendendis aptior; alii contra circa particularia discurrere et negotiari sunt proniores; et hi quidem ad prudentiam et naturalem scientiam; illi vero ad mathematicas faciunt et ad divinam quae metaphysica dicitur. Praeter haec autem, cum duplex sit intellectus, speculativus et practicus, ut quisque secundum alterum potior erit, ita convenientia illi studia sequi debet. Sunt insuper limitata et, quemadmodum in iure dicunt, glebae ascripta quaedam ingenia, quae cum in ceteris imbecilla sint, in uno tamen aut altero valent eximie. Ea autem sola sunt illis permittenda in quibus solis plurimum posse iudicantur. Verum Aristoteles quidem voluit liberalibus scientiis non nimis indulgendum nec immorandum esse ad perfectionem, civilem hominum vitam negotiosamque respectans. Nam qui totus speculationi et litterarum illecebris deditus est, is est forsitan sibi ipsi carus, at parum certe utilis urbi aut princeps est aut privatus.

[49] Ac de doctrinis quidem et ingeniis ac utrorumque generibus ita videtur definiendum. In quibus est id ante omnia animadvertendum, quod non modo maiora illa praecepta quae provectoribus traduntur, sed et prima quoque artium elementa ab optimis praeceptoribus accipere convenit, et ex auctoribus librorum, non quibuslibet passim immorari, sed

optimis. Qua ratione et Philippus, rex Macedonum, primas litteras ab Aristotele discere Alexandrum voluit, et veteres Romanos suos liberos scholae mancipantes in Vergilio primum erudiri curabant; optima utrique ratione. Nam quod teneris mentibus insitum est, alte radices mittit, nec facile postea divelli ulla vi potest. Ergo si melioribus initio assueverint, illos habebunt praecipuos et veluti ducibus semper utentur. Sin vero errores ullos imbiberint, his duplici tempore opus erit, primum ut errores excutiant, ac deinde ut vera praecepta condiscant. Quamobrem Timotheus, musicus suo tempore illustris, qui ob multiplicatas in chitara chordas et novorum modorum adinventionem Sparta iussus est exulare, ab discipulis quidem, qui nihil apud alios profecissent, certam paciscebatur mercedem, ab iis vero, qui ex aliis quippiam edidicerant, duplam exigebat.

[50] In discendo autem solet esse plerisque impedimento id quod magno adiumento esse debuerat, multa videlicet cupiditas discendi; qua fit ut dum omnia pariter complecti volunt, nihil tenere valeant. Ut enim superfluis cibis non nutrit sed stomachum quidem fastidio afficit, reliquum vero corpus aggravat atque infirmat, ita multa rerum copia simul ingesta memoriae, et facile in praesenti elabatur et in futurum imbecilliores vim eius reddit. Semper igitur multa legant disciplinae studiosi, sed pauca quotidie deligant quae decoquere eorum memoria possit; sicque tria aut quattuor plurave, ut cuiusque vis erit aut otium, pro eius diei praecipuo lucro seorsum reponant. Alia vero legendo id consequentur, ut quae iam didicerunt meditatione salvent, quae vero nondum, quotidie magis familiaria sibi legendo faciant.

[51] Huic autem nimiae sciendi discendique cupiditati coniuncta solet esse inordinata quaedam curiositas investigandi. Cum enim multa de singulis asciscere student, variis uno tempore disciplinis incumbunt, et nunc illac, nunc hac referuntur, aut nunc quidem unam viribus totis amplectuntur, inde vero ad modicum illa reiecta aliam atque aliam. Quae res non modo prorsus inutilis est, sed vehementer etiam damnosa.

Nam ut in re est et proverbio dicitur: acescunt vina quae saepius transvasantur. Itaque immorari uni rei decet et eam omni studio prosequi, disciplinasque eo ordine capere tentare, quo sunt a suis auctoribus traditae. Nam qui libros inordinate legunt, nunc a fine facientes initium, nunc media interlegentes, et quod primum esse debuerat, postremum accipiunt, hi autem temere nihil aliud legendo proficiunt quam ut omnia neglexisse videantur. De libris autem qui sunt eiusdem disciplinae, ita quidem permultos versari convenit, ut meliores semper praecipuos habeamus.

[52] Nec vero par omnibus labor suscipiendus est, sed unicuique pro modo rationeque ingenii sui. Est enim (ut sic dixerim) in quibusdam ingenii quidem acies plumbea, in quibusdam vero ferrea. Quibus est plumbea, siquidem et obtusa, parum ad disciplinas valent; quibus vero est ingenii acies acuta quidem, sed mollis et quae facile retundi possit, hi inter studendum crebris interpellationibus indigent, qui, nisi primo impetu penetrent quo volunt, quanto dehinc magis intenderint, magis hebescunt. Qui vero ferreum sortiti sunt ingenium, siquidem et acutum, his nihil impervium est, nisi eo percurrere velint ubi frangi omne necesse est. Sin vero obtusum, assiduo tamen studio difficultates omnes evincunt. Itaque si quid non intellexerint, non protinus respuant, quod superbiorum est aut, quod pusillis evenit animis, desperent; magis autem in intentione perseverent. Sed et id quoque perplurimum verum est, acutiores ingenio minus valere memoria, et qui celeriter capiunt, retinent minus. Ad salvandam igitur confirmandamque memoriam, maxime affinis est illa Catonis ratio, qua uti se dicebat, ut quicquid die egerat viderat legerat, vesperi commemoraret, tamquam diurni a se negotii rationem exigens, non modo qui negotii, sed et otii quoque volebat reddendam esse rationem. Ita igitur et nos omnia quidem, si possumus, reminisci curabimus; si minus, ea saltem quae praecipua nobis delegimus, tenacius complectemur.

[53] Proderit autem et de communibus studiis una cum sodalibus crebro conferre: acuit enim ingenium disputatio, linguam erudit memoriamque confirmat; ac non modo multa disputando discimus, sed et quae sic discimus, melius scimus, aptius eloquimur, et firmiter recordamur. Sed et alios quoque docendo quae discimus, non parum et ipsi iuvabimur. Optimum namque proficiendi genus est, docere quae didiceris. Verum evenit omnibus fere discentibus ut, si quid ab initio bene profecerint, protinus sese magna de disciplinis consecutos arbitrentur, et iam quidem ut docti disputent sententiasque suas obnixè tueri velint, quod eis plurimum officit. Primus etenim ad disciplinas gradus est, posse dubitare; nec est quidquam discentibus tam inimicum quam ut nimis de propria eruditione praesumant aut de ingenio sibi confidant, quorum alterum discendi curam tollit, alterum minuit; sic enim ipsi se fallunt, in qua re minime necesse est. Neminem autem facilius est fallere, quam se ipsum; neminem damno maiore decipimus. Fit autem id ideo, quoniam nondum diverticula et anfractus ac praecipitia quae in scientiis latitant, perpendere inexpertis licuit. Quibus evenit, ut aut de libris pleraque male corrigant quae bene per se nequeunt intellegere, aut imperitiam scriptorum negligentiamve culpantes, multa sponte praetereant non intellecta. Verum eas opiniones studium et perseverantia excutiet.

[54] Fient autem commode omnia si rite tempora dispensabuntur, si singulis diebus statutas horas litteris dabimus, neque ullo negotio abstrahemur quominus aliquid quotidie legamus. Nam si Alexander in castris lectitare plurimum solebat, si Caesar etiam cum exercitu proficiscens libros scribebat, et Augustus Mutinensi bello rem tantam adortus, semper tamen in castris legere aut scribere quotidieque declamitare consueverat, quid poterit urbano otio intervenire quod nos diu prorsus a litterarum studiis avocet? Utile autem est, ut vel cuiuslibet minimi temporis iacturam pro magna deputemus, et ita temporis,

quemadmodum et vitae ac salutis, rationem habeamus, ut nihil inutiliter nobis depereat, veluti si inertes horas et quae apud ceteros otiosae sunt aut studiis levioribus dabimus aut lectione iucunda transigemus. Bonae etenim rationis est ea quoque bona colligere quae solent negligere ceteri, ut si quis super cenam legat et somnum quidem inter libros exspectet aut certe per libros fugiat. Quamquam physici obesse ea visui luminibusque contendunt; quod et verum est, si modo praeter modum, id est, aut intentione nimia aut super multam saturitatem id fiat. Sed et illud quoque proderit nonnihil, si intra bibliothecas nostras coram atque in oculis instrumenta haec constituamus, quibus horas ac tempora metiri solent, ut quasi tempus ipsum fluere labique videamus, et si eis ipsis locis ad nihil aliud quam ad quod instituta sunt utamur, nullam ibi aut occupationem aut cogitationem externam admittentes.

De corporis exercitio et armorum studio

[55] Haec autem quae dicta sunt maiore cura ac studio prosequantur hi, quibus est ingenium ad disciplinas aptius quam corpus ad bella. Quibus vero et ingenium viget et corpus est validum, eos oportet utriusque curam habere, et animum quidem ita formare ut vere possit decernere et ratione velit imperare, corpus vero et fortiter ferre et facile parere possit, ac denique ita nos totos comparare ut semper parati simus, non ad inferendam vim, sed ad arcendam iniuriam, aut si vim quoque adhibere permittimur, non praedae cupiditatisve gratia, sed pro imperio gloriaque decertare. Maxime vero principibus convenit in militari disciplina instructos esse, nam eos quidem oportet et pacis et belli artibus abundare et posse exercitus deducere et ipsos corpore suo, cum opus fuerit, depugnare. Quod ita esse debere Alexander, qui Magnus est cognominatus, ut facto semper, ita verbis saepe significabat. Nam quotiens de Homeri versibus, cuius studiosissimus erat, inter amicos (ut

fit) contentio incidisset, quinam esset ex omnibus elegantior, illum semper unum eximie praefererat, qui est de Agamemnone scriptus ἀμφότερον βασιλεύς τ' ἀγαθός, κρατερός τ' αἰχμητής, quasi eundem deceat qui bonus est rex, fortem etiam esse pugnatorem.

[56] Exercendum est igitur ab ipsa infantia corpus ad militiam et animus ad patientiam formandus ac, veluti equi solent, manu deducendus est in stadium, ut per pulverem ac sudorem ferre facile solem laboremque assuescat. Nam ut in arboribus tenues quidem ramusculos persaepe videmus magnam pomorum vim de se natam a primis floribus ad iustam magnitudinem perferre eoque onere, etsi plane quidem flecti, minime tamen frangi —quod, nisi sensim excrevisset, validiores quoque ramos appensum everteret— ita et homines, nisi a pueris primo ac deinde per omnes aetates patientiae laborum et animo et corpore assuescant, si qua postea difficultas rerum immineat, franguntur protinus neque ferre vim adversam valent. Quod ipsum et magnorum legislatorum, quos vetustas celebrat, Minois ac Lycurgi auctoritas monet. Cretensium [quidem] enim ac Lacedaemoniorum leges laboribus erudiebant iuventutem, non modo ad patientiam corporis, sed etiam ad continentiam animi, quos foris educandos exerceri in venationibus ac per haec currere saltare, esurire sitire, algere aestuareque iubebant, ut sic exercitatis uti facile ad militiam possent. Nam deliciae quidem animos hominum corporaque dissolvunt; labor vero confirmat et indurat. Itaque non nisi indurati laboribus, durare in laboribus possunt; qui autem ita consuescent et animo et corpore utentur facile, cum opus erit ad pericula et difficultates omnes subeundas.

[57] Quo in genere neque ex veteribus neque ex nostris ullum exemplum illustrius proponere tibi valeo quam parentem tuum. Libenter enim, ut ipse vides, maiorum tuorum imagines tibi propono eosque crebro studeo ad memoriam tuam revocare, quoniam et est in illis quod magnifice sequi valeas et domesticis exemplis solent homines magis

excitari. Nam, ut gloriosum est suos benefaciendo vincere, ita turpe iudicari solet ab his, quorum virtutem honori nobis ducimus, vita moribusque degenerare.

[58] Sed ad parentem tuum redeo, cui cum innumerae laudes tribui possint, ipse tamen de se nulla re magis quam laborum patientia gloriari solet. Est enim (id quod videmus) ita ad labores impiger et in periculis audax, ut nec molem corporis ferre se ullam aut esse mortalem genitum arbitrari videatur. Ex contemptu namque laborum, mortis quoque innascitur contemptus et crescit audacia, qua ille ita intrepidus quaeque difficilia aggreditur, ut nihil metuere credendus sit praeter id forsitan unum, ne seni mori sibi contingat. Quod ratione optima sentire mihi videtur. Spectanda est enim semper virtus et ad facta praeclara intendendus est animus; de vita non magnopere curandum. Quisquis enim mundanas res aestimatione debita pensabit, facile cognoscet et fructus diu vivendi minores esse quam ut longa vita expeti magnopere debeat, et casus maiores quam ut vel brevis sperari possit. Decet igitur et honeste in pace viventem et in bello fortiter facientem, cetera quidem aequanimiter ferre; mortem vero, quandocumque adveniat, placide admittere; plerumque etiam, cum occasio aut necessitas postulat, illi occurrere.

[59] Non enim timeri id oportet, ne parum forte vixerimus, sed ne id ipsum quod vixerimus parum vixisse videamur. Habet namque omnis aetas, ut edere magnificentum aliquid possit. Scipio, qui postea primus Africanus est appellatus, vixdum pubes sub patre pro patria adversus Poenos militans, cum Hannibal Romanos ad Ticinum fudisset, patrem ipsum, consulem bellique ducem, affectum gravi vulnere et ab hostibus circumventum, periculo exemit; sicque ex qua pugna vix veteranis fugere contigit, Scipio id aetatis consulem ducem civem et patrem non minus pie quam fortiter faciendo servavit cumulatamque et publico et privato merito laudem retulit. Aemilius quoque Lepidus, puer productus in

pugnam eodem congressu et hostem occidit et civem servavit. In cuius memoriam [rei] statua illi praetextata ex senatus consulto in Capitolio posita est, ut et ceteri exemplo accenderentur et auctori tam praeclari in ea aetate operis suus honos haberetur. Sed et tu quoque, nisi tuas tibi laudes inviderimus, utroque illorum minor ut eras natu, apud Brixiam nuper cum esses in exercitu Germanorum, progredi ausus es in hostes armatus, quantum ceterorum nemo militum offerre se sustinuit. Quo quidem facto nescio quibus magis, an hostibus admirationi, an vero amicis rubori fueris.

[60] Ita igitur a primis annis instituendi sunt pueri, ut et audere magna possint et difficilia tolerare. Quid enim est illud de Lacedaemoniorum pueris? Nam hi quidem de cura educationis eorum plurimum apud veteres commendantur. Quos spiritus gignere mos ille debuit, quibus consuetum erat in concertatione aequalium patientiam tantam praestare, ut vi deiecti aut casu inter luctandum collapsi, necari se potius exanimarique paterentur quam victos fateri se vellent? Quid enim mirum? Nam et ad aram sic verberibus accipi solebant, ut multus semper e corpore sanguis efflueret, plerumque etiam spiritum exhalarent; nemo tamen aut exclamavit umquam aut vix minimum doloris signum edidit. Ita domi formata iuventus, ea demum militiae opera gerebat quibus vetusta omnis memoria plena est. Nam quid audire eos aut a duce aut a patribus par erat, cum in hostes progressuri per blanditias monerentur a matribus, ut aut vivi arma referrent aut mortui in armis referrentur? Quoniam tradere arma hosti aut ea abiicere fugientes peius morte iudicabant, igitur illi ut partes corporis et curabant ea et tuebantur. Nec mirum, si se vivi in armis crebro spectandos exhibebant, qui etiam mortuis fore ea sibi decori relata existimarent! Praestat autem consuetudo ususque deferendi, ut armis aequae ac membris aut vestibus utantur, nec videatur ex eis corpori onus adiectum. Nam, nisi ita fuissent Romanae legiones longa assiduaque

exercitatione institutae (ab exercendo namque exercitus dictus est), quonam pacto potuissent cum peditibus in agmen procedere ac plerumque citatum arma primum deferre, vallum insuper, et si cuius rei ad quotidianum egerent usum ac super haec una saepe quindecim aut eo amplius dierum cibos, onus iumento difficile?

[61] Qui ergo erunt aut armorum aut litterarum studiis dandi (quandoquidem hae sunt liberalissimae artium maximeque principales, propterea quod et maxime principes deceant), simul ac membris uti per aetatem licebit, armis assuescere debebunt, discendisque primis litteris tradendi erunt, cum primum poterunt verba formare. Iamque abinde rerum illarum ac studiorum quae sunt per vitam acturi, debent quaedam quasi libamenta gustare talibusque exerceri rudimentis. Sed et haec utraque ipsa facile exsequi invicem poterunt, ut certas horas ad exercitium corporis habeant et item certas litterario ludo deputent. Ac non modo quidem pueros, sed et viros decet haec facere; quod et Theodosium principem facere solitum perhibent, ut die quidem aut exerceretur in armis aut de subditorum negotiis iure dicendo decerneret, nocte vero libris ad lucernam incumberet. Ac de litterarum quidem studiis supra satis quod visum est diximus; reliqua prosequamur.

[62] Ea igitur exercitia suscipienda erunt quae bonam valetudinem salvent et robustiora membra reddant, in quo erit uniuscuiusque naturalis dispositio diligenter attendenda. Nam qui sunt habitudine corporis molli atque humida, fortioribus exercitiis siccandi indurandique erunt, ceteri levius; et quibus sanguis facilis est inflammari, eos ardente sole quiescere convenit. Sed et aetatis quoque habenda erit ratio, ut usque in tempus pubertatis levioribus oneribus subiciantur, ne vel aetatis nervus frangatur aut impediatur corporis augmentum. Post pubertatem vero gravioribus laboribus edomandi erunt, et impuberes quidem magis ad intellectum

decet erudire, hos vero ad mores. Item illos ad disciplinam curare, hos vero magis ad robur et valetudinem corporis.

[63] Quantum autem sit momentum in exercendis iuvenibus et quae cura adhibenda, exemplo sit Marius, qui (ut auctor est Plutarchus) cum esset senex et multa corporis mole gravis, vir tanta belli gloria, per pacem tamen, ut filium militaribus officiis atque actibus institueret, quotidie cum adulescentibus veniebat in campum et exercebatur una. Per haec namque adumbrata certamina, ad veras pugnas audaciores doctioresque perveniunt. Nam, nisi esset utilis haec pugnandi disciplina quae per pacem atque in otio quaeritur, frustra non temere P. Rutilius consul armorum tractandorum disciplinam primus accipere milites voluisset, qui doctoribus gladiatorum urbe accitis meditationem hanc vitandi atque inferendi ictus penetrare in castra iussit, ut miles non solum viribus et audacia, quibus antea solis nitebatur, sed etiam arte industriaque valeret.

[64] Docendi sunt igitur iuvenes quae in hunc usum pertinent, ut posse hostem gladio quidem dextra ferire, sinistra vero brevi umbone se tegere, ensem veru fustem lanceam utrisque manibus tractare, et nunc quidem se effundere, nunc vero denuo sub clipeum cogere, punctim caesimque sine difficultate ferire. Exerceri quoque decet in cursu saltu lucta ac pugilari certamine iaculari quam longissime, recte sagittare, vibrare sudes, saxa rotare, equos domare, eosque nunc ad cursum aut saltum adactis urgere calcaribus, nunc item flexis habenis medio cursu praevertere, et ita in utramque se parare, ut eques et pedes pugnare quisque facile possit. Equitum quoque occursus, dum sese telis infestis petunt, et audaciores facere solet et ad pugnam doctiores, cum et cuspidem suam ubi intenderint locare didicerint et contra se venientem aciem immotis luminibus perferre.

[65] Armorum vero species, quemadmodum et vestimentorum, quotidie variat et usus. Eam autem mutationem ita sectari oportebit, ut

experiamur singula, meliora vero semper teneamus. Similiter autem et pugnandi consuetudines variari solent. Nam olim quidem temporibus priscorum heroum curribus duces depugnare consueverunt. Postea vero, apud Romanos maxime, pauci equites aut certe non multi; vis autem exercitus paene tota in peditibus erat. Nunc nemo curribus, omnes fere in equibus bellantur.

[66] Quod autem in usu est, si modo praestat, servare convenit et per campestras exercitationes assidue id meditari, ac denique oportet ad singula certaminum genera praeexercitatos venire. Nam aliter in tumultuaria pugna agendum est, aliter cum tota decernitur acie, aliter quando concurrunt manipuli, aliter cum duello confligitur. Nam plerique in acie fortissime visi sunt dimicare, qui cum essent ad singulare certamen provocati, animo viribusque torpuerunt. Quamquam disciplinae hoc genus quod per otium quaeritur longe impar est ei, quod inter bellorum tumultus, per indigentiam rerum omnium verosque terrores discitur. Itaque monebat Flaccus:

*“Angustam amice pauperiem pati
robustus acri militia puer
condiscat, et Parthos feroces
vexet eques metuendus hasta,
vitamque sub divo et trepidis agat
in rebus.”*

Sic enim ad illa maiora pervenietur quae futuros bellorum duces et usu et ratione consequi oportet, ut quibus artibus ducendus sit exercitus, quibus locis castra statuenda, quo ordine locandae acies, qua quis ratione praevenire hostium consilia possit, ac more belli illis insidias ponere et ab his positas cavere, hostilis exercitus milites distrahere, suos autem metu benevolentiaque continere, nec militarem umquam remittere disciplinam.

[67] Ut enim militum virtus ducibus laudem parere solet, ita et illorum peccatum culpae plerumque adscribitur ducis. Non aequè vero ex bene factis gloria atque ex peccatis ignominia nascitur. Ipse omnia debet, quaecumque ad tempus habeat praedeliberata, exsequi, nec ut in re nova ac subita tumultuari. Neque enim stare animi militum possunt, cum ducis consilium labat. Milites vero ipsos oportet natura quidem fortes existere bellandique artibus instructos, animi multum habere, armorum quod satis sit, alimentorum vero non nisi quod necessitati suppetat. Quae igitur sint ducis, quae militis partes, quod equitis quodve peditis sit officium, usus atque experientia docebit; quae profecto ex re ipsa late refert quam melius cognoscere liceat quam aut voce percipi aut ullis tradi litteris possint, tametsi exstent de re militari libri a magnis viris editi, qui ne utique tibi erunt neglegendi. Sed et machinarum quoque vim usumque nosse ducem oportet. Cuius rei solertissimum esse tuum parentem vides, quo nescio an quisquam maiore studio quaesierit aut eius generis plura forte paravit.

[68] Postremo, ut ab his rebus non aliena, natandi quoque peritia adolescentibus adhibenda est, in qua et Augustus Caesar nepotes suos (nam filios quidem nullos suscepit) ita erudiri studuit, ut et ipse plerumque per se doceret. Nam et a magnis periculis liberare homines solet et ad navales pugnas transmissionesque fluminum audaciores reddit. Et in hoc toto quidem genere rerum quae ad militaria pertinent exercitia habes quos imiteris germanos tuos maiores, Franciscum et Iacobum, magnanimos viros et in armis late cognitos omnique prudentia et moderatione insignes; quos te decet semper, ut facis, omni fide ac pietate colere et ita illos probe imitari, ut minoribus et exemplo virtutis et praesidio ad casus esse valeas. Optime [quidem] enim generis humani societas constabit, si sancta sint iura sanguinis et erga superiores quidem

reverentia, ad inferiores vero humanitas, cum paribus autem moderatio facilitasque servabitur.

De otio et vacatione

[69] Verum quoniam in opere non semper versari possumus, sed oportet interdum laxamenti aliquid indulgeri, huic ipsi generi modum rationemque nunc praescribamus. Primum itaque praeceptum est, idque potissimum, ut ne quis turpis ludus aut noxius suscipiatur, nec nisi quantum aut acuat industriam aut corporis vires exerceat. Nam quod Scipio et Laelius et interdum augur Scaevola, qui fuit Laelii gener, soliti sunt, dum animi remissioni vacarent, in litoribus maris aut alveis fluminum calculos conchulasque lectitare, fiebat in his prorsus necessitate quadam, nam non nisi functi magnis laboribus aut cum essent aetate iam provecta, ad haec ipsa veniebant. Sed laudabilior in hoc genere forsitan idem Scaevola, qui optime pila dicitur lusisse, quod scilicet forensibus negotiis et interpretandi civilis iuris labore fatigatus, ad hoc potissimum otium recreandarum virium causa confirmandarumque laterum sese conferebat. Est eiusdem generis venationis, aucupii, piscationumque cura, quae et delectatione plurima refficiunt animum et vim membrorum motu laboreque confirmant. "*Leniter austerum studio fallente laborem,*" ut inquit Horatius. Nam haec nisi tanta voluptate condirentur, quis est qui sponte subire tantum laborem vellet aut perferre ulla vi posset? Quamquam hoc ipsum Lycurgi legibus studium erat, non otium adulescentum. Aut si haec forsitan graviora videbuntur quam ut de studio fessos levare possint, licebit aut prorsus quiescere aut leviter adequitare aut deambulare suaviter; licebit etiam iocis invicem ac salibus uti modestis, qui Lacedaemoniorum per otium mos erat. Quam autem ferat ea res utilitatem, in *Vita Lycurgi* perscriptum est.

[70] Sed nec erit quidem indecens cantu fidibusque laxare animum; qua de re superius est habita nobis mentio. Nam et Pythagoreorum mos hic erat et fuit quondam priscis heroibus celebre, ut Achillem Homerus inducit a pugna redeuntem in hac re solitum acquiescere, non quidem amatorias cantiones, sed virorum fortium laudes modulantem. Ita igitur per otium poterimus aut ipsi facere aut aliis facientibus iudicare et eos modos amplecti qui convenientiores nobis temporibusque videbuntur. Nam Siculi quidem modi ad remissionem animi magis faciunt et quietem, Gallici vero contra ad excitationem et motum; Itali autem inter hos medium tenent. Et item, quae pulsu aut cantu fit melodia decentior est; quae vero spiritu atque ore minus videtur ingenuis convenire. Sed et ad sonos saltare et muliebres ducere choreas, indignae viro voluptates videri possunt, tametsi sit in his rebus fructus aliquis, quoniam et corpus exercent et multam membris dexteritatem adiciunt, si non lascivos iuvenes redderent eorumque mores bonos nimia vanitate corrumperent.

[71] Non ita tabulae ludus, quoniam pugnae speciem praefert hostilisque certaminis, quem Palamedes Troiano bello, ut vetustissimi auctores tradunt, adinvenit, ut vel hoc otio milites occupatos teneret otiosumque averteret a seditionibus exercitum. Aleae vero lusus aut cupiditatem habet minime liberalem aut indecentem viro mollitiem. Nam qui lucri causa id agunt, maioris quaestus negotia commodius agerent; qui vero voluptatem inde venantur, tardiusculi sunt, quod aliud nihil possunt invenire in quo honestius delectentur. In his igitur ludis delectari convenit qui artis aliquid aut certe plurimum, casus vero quam minimum habeant. Nisi forsitan ea non putet quis arte vacare, de quibus rebus sit ratio litteris tradita, aut maiestate motus auctoris non putet indecorum facere, de quo is decorum sibi scribere existimasset. Nam Claudius Caesar de aleae ludo librum edidit, quo studio delectari solent qui sunt in hoc

unum diligentes, ut omnem substantiam neglegant, certe ut universum vitae tempus amittant.

[72] His autem quibus litterarum studia voluptati sunt, varietas lectionis solatium afferet, novaque lectio veteris fastidium tollit. Interdum tamen etiam opus est prorsus, ut videtur, nihil agere omninoque opere vacare, ut sufficere demum operi laborique possimus. Nam qui semper intentissimus est nervus, nisi remittatur aliquando, rumpi solet, tametsi nullum est tempus laboriosius sapienti quam quo nihil agit, si modo potest sapiens nihil agere. Quosdam autem accepimus in hunc modum tempus distribuere solitos, ut per diem ac noctem somno tertiam partem permetterent, tertiam refectionibus ac vacationi, reliquum liberalibus studiis darent; quorum ego rationem neque damnare satis audeo neque probare penitus possum. Id autem affirmare et possum et audeo, eo minus elabi nobis aetatis atque hoc nos diutius vivere, quo plus temporis bonis studiis mancipamus.

De cultu corporis exteriori

[73] Illud vero de corporis cultu nunc postremum attingamus, ut sit decens, neque nimium exquisitus neque prorsus neglectus, sed cum rei loco temporisque, tum maxime personae conveniat. Neque enim sedere in litteratoria schola coronatum aut subducta veste convenit aut in certamen armorum fluxa toga manuleatumve prodire; nec vero principis filium aequae cum plebeio, vili sordidaque uti tunica aut trita chlamyde se praebere spectandum. Nimia autem cultus venustatisque cura muliebrem animum designat et multae vanitatis argumentum est. Indulgenda sunt tamen adolescentibus quaedam, neque omnia eorum peccata severa sunt animadversione punienda. Nisi enim ex parte aliqua iuventutem expleverint, aetatis illius vitia conferent in senectutem.

Conclusio

[74] Haec ego ad te, Ubertine, scripsi, ut sum in initio pollicitus, non tam ut commonefacerem quid fieri a te oporteret, quam ut te ipsum ostenderem tibi, qui si naturam sequeris ducem, nihil monitore opus habes ad summam virtutem obtinendam. Nisi enim a te ipso deficias, praeclare de te omnia polliceri indoles tua videtur. Laudes autem, si quas tibi tribuere sum visus, ita a me velim accipias, ut magis illas calcar ad bene faciendum existimes, quam bene factorum praemium esse. Adniti igitur summis viribus te convenit, ut eum te praestes virum, qui his tam generosis adulescentiae tuae primordiis digne respondeat, ne aut tu naturae muneribus male usus aut illa in te tam egregia indoles mentita videatur, neve ego (si quid mea causa tangeris) aut falsus de te vates aut vanus praedicator exstiterim. Si probe itaque gesseris, habebis quidem ab omnibus praesentem laudem, a me vero etiam litteris, si qua nobis eiusmodi facultas erit, posteritati commendabere. Si minus, unus ero qui audeam plane dicere idque palam fateri, nihil tibi nisi te ipsum videri defuisse.

Libro
Sobre las costumbres nobles y los estudios liberales de la adolescencia,¹
de Pedro Pablo Vergerio
a Ubertino de Carrara²

Prefacio³

[1] Ubertino, según sabemos, Francisco el mayor, tu abuelo, de quien, como quedan muchísimas acciones realizadas magníficamente, así también se recuerdan muchas palabras dichas por él sabiamente dondequiera, solía decir que eran tres las tareas en que los padres, como pueden hacerlo fácilmente, deberían ayudar, por derecho y por mérito, a sus hijos. Primero, que los llamen con nombres honorables,⁴ pues no es un daño menor, como en un asunto de poca importancia, que les toque en suerte una indecorosa asignación de nombre, en ello, sin duda, generalmente suelen equivocarse algunos, cuando, por cierta ligereza, o quieren considerarse ellos mismos creadores de nuevos nombres, o, si recibieron algunos nombres de sus mayores, por cierta lealtad los transmiten a sus sucesores como patrimonio familiar. Segundo, que los establezcan en ciudades importantes, pues la grandeza y esplendor de la patria vale muchísimo, no sólo para la riqueza y la gloria, sino también para lo que él colocaba en tercer lugar, y ahora diremos nosotros. Aunque en esto, por lo general, sucede lo que Temístocles, si bien era ateniense, respondió a uno de Serifo en una contienda, cuando éste afirmaba que él no se había hecho glorioso por su propia virtud sino por el esplendor de su patria: “pues,” dijo él, “ni tú, por cierto, si fueras ateniense, serías ilustre, ni yo, si fuera de Serifo, desconocido.”⁵ Y tercero era que educaran a sus hijos en las buenas artes.⁶

[2] Dijo todo excelentemente, ya que era y se consideraba el más prudente de su tiempo en toda clase de asuntos, pero aquello último lo dijo más convenientemente que los demás. Pues los padres no pueden dar a sus hijos riquezas más firmes o recursos más seguros para la vida, que presentarlos instruidos en las artes honorables y en las disciplinas liberales; provistos de tales cosas, se acostumbran a ilustrar los nombres oscuros de sus familias y a enaltecer sus humildes patrias. Pues, es lícito, mediante las

leyes, a cada uno cambiarse el nombre, mientras se haga sin fraude, y a nadie se le prohíbe cambiar su domicilio cuando le place. En cambio, a no ser que alguien haya sido educado desde su adolescencia en las buenas artes o haya estado impregnado por las perversidades, no se puede esperar fácilmente de él que en una edad más avanzada o pueda proporcionarse aquéllas de inmediato o pueda desechar éstas. Por tanto, en esta edad deben echarse los cimientos del bien vivir y disponer el ánimo para la virtud mientras es tierno⁷ y fácil para recibir cualquier impresión, la cual, como es ahora, se conservará así el resto de la vida. Mas, como conviene que todos los hombres (en primer lugar, sin duda, los padres) sean quienes se empeñen en educar rectamente a sus hijos, y, luego, que los hijos sean tales que puedan parecer dignos de buenos padres, sin embargo, principalmente quienes son de la más alta condición social y de quienes nada de lo que dicen o hacen puede ocultarse, es conveniente que sean instruidos en las principales artes de manera que sean considerados dignos de la fortuna y del grado de dignidad que ocupan. Pues es justo que, quienes quieren que todo lo supremo se les deba, deban también ofrecer de sí todo lo supremo. Y no hay forma alguna más segura y más estable de reinar que, si quienes tienen los reinos, sean juzgados por todos como los más dignos del reino.

[3] Por tal razón, Ubertino, ya que, en primer lugar, te tocó en suerte un nombre que fue célebre por mucho tiempo en vuestra familia e ilustrado recientemente por el que fue el sexto hacia atrás de vuestra familia que tuvo el principado; en segundo lugar, ya que en esta antiquísima ciudad real, la cual florece con los estudios de todas las buenas artes y abunda en riqueza de todas las cosas para el uso de los hombres, naciste de estirpe de príncipes y de un padre príncipe él mismo, bajo cuya dirección se acrecienta, de día en día, la feliz situación de la ciudad y el nombre famosísimo de vuestra familia, me alegro muchísimo por mi fe hacia ti y por la benevolencia tuya y de los tuyos hacia mí, porque veo que, tanto mediante el cuidado de tus padres, como sobre todo por tu juicio, te haces propenso, con todo esfuerzo, a las buenas artes y a los estudios preclaros. Pues, si parece que se desean sobre todo por los padres las tres cosas que dijimos, ciertamente no soy quien diga que ellos no pueden hacer muchísimo en cada uno de esos aspectos; sin embargo, los padres principalmente imponen los nombres a sus hijos; las circunstancias, y a veces la

elección, dan patria al hombre; en cambio, cada quien consigue para sí mismo las buenas artes y la virtud misma, que debe desearse ansiosamente ante todas las cosas que pueden buscarse los hombres con su empeño.⁸ Pues las riquezas, la gloria y los placeres son cosas efímeras y caducas, pero la apariencia y el fruto de las virtudes persisten íntegros y permanecen eternos.⁹

[4] Entonces, si te aconsejo que hagas esto con dedicación, aunque yo mismo lo hago de buen grado, veo, sin embargo, que no es necesario. ¿Qué otra cosa, pues, puedo advertirte que hagas que lo que siempre haces? O, ¿a quién otro recomendarte como ejemplo de virtud que a ti mismo? Pues, ya que parece que la naturaleza misma te ha constituido con dotes de alma y cuerpo de tal modo que es lícito esperar de ti todas las cosas grandes, y ya que también realizas todas las cosas mayores a tal grado que no solo superas la esperanza de todos, sino también sus votos, ¿cómo es que puedes desarrollarte más valientemente por la exhortación de alguno o encenderte más por la imitación de los demás? En tu nombre, entonces, emprendí este trabajo breve, y comencé a escribir para ti sobre los estudios y costumbres liberales de la adolescencia,¹⁰ esto es, en qué asuntos conviene que se ejerciten los adolescentes nobles, o qué conviene evitar, ciertamente no para que yo mismo te aconseje, sino para que, a través de ti, aconseje a los demás de esa edad, y para que, cuando prescribo a los otros qué deben hacer, tú reconozcas en ti lo que haces por ti mismo.

[5] Ya que el hombre está constituido de alma y cuerpo,¹¹ me parece que han conseguido de parte de la naturaleza algo grande aquellos a quienes se ha dado ser vigorosos con las fuerzas del cuerpo y del ingenio. Pues, cuando vemos a muchísimos a quienes, sin culpa, les sucede que de nacimiento son de ingenio lento y de cuerpo débil, ¡cuánto conviene estar agradecidos con la naturaleza, si somos íntegros y vigorosos en estos dos aspectos! Así pues, se le retribuirá¹² dignamente a la naturaleza si no descuidamos sus regalos, sino que procuramos cultivarlos con estudios rectos y con las buenas artes. En principio, entonces, es deber de cada uno considerar por sí mismo su propio ingenio o, si por la edad no podemos valorarlo, los padres y los demás que cuiden de nosotros deberán fijarse hacia qué cosas estamos proclives y somos aptos por naturaleza, sobre todo para que convenga

dirigir nuestros estudios a ellos y entregárnosles enteros. Sobre todo a quienes han conseguido de la naturaleza un ingenio liberal, no debe permitírseles entorpecerse en el ocio inerte o involucrarse en ocupaciones indignas de alguien libre.

Señales de un ingenio liberal¹³

[6] En general, la primera prueba de un ingenio liberal es excitarse por el afán de alabanza y encenderse por el amor de la gloria,¹⁴ de donde se origina cierta envidia generosa y una rivalidad sin odio, en cuanto a la alabanza y la honradez. La siguiente, en cambio, es obedecer de buen grado a los mayores y no ser rebeldes con quienes aconsejan bien. Pues, así como se consideran mejores los caballos que son fáciles de domar y los que, al resonar de las trompetas, saltan con las orejas en alto, los jóvenes que escuchan bien a sus consejeros, y que, alabados, se estimulan hacia el bien, parece que ofrecen la esperanza de un fruto generoso. Ya que los inexpertos no pueden abarcar con la razón el bien mismo y el aspecto de la virtud y de la honestidad —que, si se pudieran ver con los ojos, despertarían un amor admirable hacia la sabiduría (como lo dijo Platón, y Cicerón lo recuerda)—,¹⁵ lo más cercano a este paso es que quieran esforzarse hacia las cosas mejores por el afán de gloria y alabanza.

[7] Más aún, también quienes son prestos en el actuar, que huyen del ocio y aman hacer siempre algo correcto, parece que están bien dispuestos por naturaleza. Pues (para que sigamos con comparaciones del mismo género), como se consideran mejores a los caballos de carrera que saltan cuando se da la señal y no se detienen demorados por los estímulos de las espuelas o los azotes de los látigos, así los adolescentes que, en las horas establecidas, sin un guía, regresan alegres a sus estudios habituales y a sus ejercicios, interrumpidos por poco tiempo, muy claramente deben ser considerados como constituidos para las obras de la virtud. Pero también, si temen las amenazas y los golpes, y más, todavía si temen el deshonor y la ignominia,¹⁶ de donde nace la vergüenza, que es la señal óptima en esa edad. Entonces está bien si, reprendidos, se sonrojan y, corregidos, se hacen mejores y aman a sus preceptores, pues también sirve de indicio el que la disciplina sea amada.¹⁷

[8] Pero no debe tenerse una esperanza menor hacia todo lo bueno de éstos que por naturaleza son afables y fácilmente aplacables. Pues existe en el ánimo algo similar a lo que existe en los cuerpos. Pues, como en éstos, es señal de buena salud que el estómago no se dañe con alimento alguno, sino recibir fácilmente y convertir en nutrimento para los miembros cualquier cosa que se ingiera, así también es signo de un ánimo bien constituido por la naturaleza misma, no odiar o despreciar a nadie, sino tomar por la mejor parte cualquier cosa que se diga o se haga. Y ciertamente pueden tomarse muchos argumentos para esto a partir de las costumbres. En lo que atañe al hábito del cuerpo, Aristóteles escribió que los suaves de carne son aptos de mente.¹⁸ Sobre el resto, hay que pensar qué se aprovecha de lo que puede aprenderse a través de la fisonomía respecto al ingenio y las costumbres innatas de cada uno. Nosotros dejamos aquí toda esta explicación.

[9] Mas, como dijimos, puede reconocerse, por lo general, a partir de la índole, mientras somos adolescentes, qué clase de hombres seremos. Pues, ciertamente, desde el inicio de la edad, la naturaleza muestra signos en algunos, como florecitas, de la futura honradez. De ahí decimos que son jóvenes de buena índole quienes, por la misma apariencia de su rostro, por su gesto y por los demás actos, parece que prometen una buena esperanza de sí mismos. Como para ellos es vergonzoso defraudar la expectativa de los hombres, así sirve de alabanza a éstos que, sin tal señal, sin embargo, resultaron honrados, a imitación de cierto género de frutos que, bajo una cáscara desagradable y áspera, guardan un sabor suave. Por ello, Sócrates bien recomendaba que los adolescentes contemplaran con frecuencia su imagen en el espejo; sin duda, con la razón de que quienes tenían dignidad de aspecto, no la denostaran con los vicios, y quienes parecían de aspecto deforme, procuraran volverse hermosos a partir de las virtudes.¹⁹

[10] Más todavía podrán quizá conseguirlo, si no miran tanto su propia imagen como las costumbres ajenas de un hombre honrado cual espejo vivo. Pues, si Publio Escipión y Quinto Fabio decían que se animaban en gran medida al contemplar las imágenes de los hombres ilustres (lo cual sirve a casi todas las mentes nobles) —lo que también incitó a Julio César a la mayor de las cosas, al ver la imagen de Alejandro Magno—,²⁰ ¿qué es lógico

que suceda cuando se puede contemplar la misma imagen viva y un ejemplo que aún respira? Aunque quizá las imágenes de los mayores animen más los ánimos a la emulación de la gloria, porque la presencia de un hombre generalmente suele disminuir su gloria, y la envidia acostumbra acompañar a los que viven.²¹ Ciertamente, para ejemplo de virtud y de costumbres, y para toda enseñanza, como la viva voz, así las costumbres de un hombre vivo valen más. Por tanto, el adolescente afanoso, a quien mueve el deseo de la virtud y la auténtica gloria, debe elegir a algún hombre, o a más, que le parezca muy honrado, de quien imite su vida y costumbres, cuanto le permite su edad.²² Con esos y los demás mayores de edad, en todo momento debe tenerse medida de seriedad y modestia, pero debe cuidarse sobre todo ante los más jóvenes. Pues la edad de los jóvenes es proclive a equivocarse y, a no ser que se la contenga con los ejemplos y con la autoridad de los mayores, siempre se desliza con facilidad a las cosas peores.

Costumbres de los jóvenes²³

[11] Y puesto que en ellos existen costumbres propias de la edad, lo que también sucede en las edades restantes, a partir de éstas, quienes son buenos deberán ser robustecidos y ayudados con la práctica y los preceptos; quienes, en cambio, son malos y detestables, deben ser corregidos. De éstos, sin duda, unos solamente siguen su naturaleza; algunos, la falta de experiencia; otros, en cambio, ambos. Ante todo, son pródigos y liberales por naturaleza, porque no han experimentado la pobreza ni obtuvieron bienes con su propio trabajo; pues no suele suceder que los derroche sin ton ni son quien los obtuvo con su trabajo. Al mismo tiempo, porque sobreabundan en ellos el calor y la sangre, no sólo para nutrimento del cuerpo, sino también para su crecimiento, lo que sucede al contrario, en los ancianos por la razón contraria; así ¿qué clase de anciano esperaremos que sea quien en su adolescencia es cicatero y avaro? Ciertamente no digo esto porque se les permitan dispendios que no saben administrar con discreción de regalos, personas y méritos, sino por que eso es indicio de una naturaleza corrupta y de un ingenio indigno de un hombre libre.²⁴

[12] Entonces, realizan o un trabajo manual para las artes lucrativas, o un negocio para el cuidado del patrimonio familiar, éstos principalmente que, aunque hayan sido muy nobles cuando consiguieron esas artes, sin embargo, siempre, como las demás cosas, las reducen a un lucro innoble; esto es por cierto totalmente ajeno a las mentes liberales. Luego, son de buena esperanza, y fácilmente se prometen muchas y grandes cosas, y además una edad longeva, como en quienes abunda el calor natural, como si éste bastara para toda obra y para todo tiempo. Y por esto mismo son magnánimos y de gran corazón, puesto que esta fuerza de lo caliente es la que los lleva hacia arriba. De ahí sucede que sean arrogantes y, según Flaco, “ásperos con sus consejeros”,²⁵ contumeliosos con los demás, alabándose ellos mismos, pues desean sobresalir por querer aparentar que saben muchas cosas, son fáciles en revelar lo oculto, y, al jactarse, en general se descubren como mentirosos. Al mismo tiempo, puesto que son inexpertos, pensando que dicen la verdad, yerran en muchísimas cosas.

[13] Sobre todo, debe alejárseles de esta vanidad de mentir. Primero, porque, acostumbrados a mentir en su juventud, conservan esta costumbre ya hombres, en comparación con la cual no hay nada más repugnante; segundo, porque casi nada ofende igualmente a los mayores como las mentiras de los adolescentes que, nacidos ayer, desean envolver a los ancianos con sus engaños. Será, en cambio, de provecho si se les aconseja hablar poco y expresarse rara vez, a no ser que se les ordene. Pues en la plática abundante siempre hay algo que puede reprobarse. Pues si en los dos casos hay error, es mucho más seguro callar que hablar. Pues, quien calla inoportunamente, yerra en esto sólo, en que calla; mas, hablando, acontece que se equivoca en muchas cosas. También hay que procurar que no se habitúen a pláticas vergonzosas y deshonestas. Pues, como dijo el poeta griego y lo repitió el apóstol Pablo: “Las malas pláticas corrompen las buenas costumbres.”²⁶

[14] De acuerdo con la razón anterior, puesto que están deseosos de la excelencia, también son circunspectos; puesto que temen no ser honrados, y recuerdan la reciente corrección de sus padres y de su maestro y, al mismo tiempo, puesto que son inexpertos, piensan que pueden ser desmentidos con facilidad. También son demasiado crédulos: pues, por falta de experiencia de

las cosas, creen que es verdad todo lo que escuchan. Además cambian fácilmente de opinión, puesto que sus humores están en movimiento por el crecimiento de su cuerpo, y abunda el calor, que produce, sobre todo, impulsos. Y el alma sigue la complejión del cuerpo, y por esto, como si estuvieran necesitados desean fácilmente lo que no tienen, ya teniéndolo, se hartan rápidamente. Y persiguen, sobre todo, sus pasiones, y todo lo hacen excesivamente, puesto que tienen deseos agudos que incita el calor, y no están dotados de la razón y la prudencia que pueden controlarlos. Yo, más bien, de acuerdo con el Sosias de Terencio y no sin razón “pienso que ante todo es útil en la vida que todo se haga apropiadamente y nada en exceso.”²⁷ También son compasivos y no de malas costumbres, puesto que están muy cerca del nacimiento, tienen buena sangre, y juzgan a los demás a partir de sí mismos, que han cometido pocos delitos; por ello creen que esos sufren injustamente. Y sobre todo gozan de las amistades y aman la compañía, que por lo general inician y disuelven el mismo día.

[15] Entonces, de acuerdo con estas observaciones, deberá emplearse la enseñanza, y, sin duda, deben adquirirse las buenas costumbres; las malas, en cambio, disminuirse o erradicarse por completo. Y, sin duda, sobre el cuidado de los jóvenes, aunque se haya permitido muchísimo a la disciplina doméstica, no obstante, algunas cosas suelen definirse por leyes. De hecho, casi diría yo que todo debería reglamentarse, pues es de interés público que la juventud esté bien educada para los asuntos civiles y, si, adolescentes, han sido educados con la razón, sin duda eso será útil para los asuntos civiles y bueno para ellos mismos.²⁸ Sobre todo, para hablar más específicamente, deben prohibírseles los errores a los que los lleva, por naturaleza, su misma edad, caen con facilidad. Pues las edades tienen ciertos vicios que les son propios. La adolescencia se inflama por la lujuria; la mediana edad se agita con la ambición; la vejez se consume en la codicia y la avaricia: no porque así se comporten todos, sino porque, por su edad, los hombres son más proclives a estos vicios.

[16] Entonces, debe cuidarse que los jóvenes se conserven íntegros el mayor tiempo posible, pues la sexualidad precoz debilita las fuerzas de la mente y del cuerpo; eso sucederá, si se los aleja de los bailes y demás juegos de este tipo, así

como de toda compañía de mujeres, o si no hablan u oyen nada de estos asuntos.²⁹ Pues, cuando ellos mismos, por el fervor de su edad, son arrebatados a la sexualidad, no quedará ninguna esperanza si un mal compañero se acerca con cualquier plan; pero principalmente si nunca se dejan ociosos, sino que siempre se los entretiene en algún trabajo honesto de los miembros o del ánimo; pues el ocio los hace proclives a la lujuria y a toda intemperancia. Y así, convendrá mucho que los adolescentes que sufren demasiado bienestar, sean sanados con el trabajo. Mas para éstos, no sólo el ocio, sino también la soledad es enemiga con vehemencia, la cual suaviza el ánimo débil con el constante pensamiento de tales cosas, y no les permite retirarse a otra cosa. Pues, como quienes son atrapados por la desesperación deben confiarse lo menos posible a la soledad, así también aquellos cuyo ánimo ha sido vencido por el placer.

[17] Y así, debe apartárselos de toda desvergüenza y de la malévola torpeza y cuidarlos muchísimo. Y no deben ser encomendados, sino a aquellos cuya vida y costumbres sean evidentes, y a aquellos con cuyo ejemplo no yerren, sino a aquellos con cuya autoridad se controlen. Pues, como se atan los troncos a las ramas tiernas de los árboles para que no puedan doblarse o por su propio peso o por alguna fuerza de los vientos, así a los jóvenes deben unirse compañeros con cuyos consejos aprendan, con cuya complicidad se refrenen y con cuya imitación se beneficien. También deben ser contenidos para que no se hagan más inmoderados en las demás cosas que rodean la vida. Pues la bebida y la comida innecesarias y el sueño muy excesivo se dan más por costumbre, no porque diga yo que a las diversas complexiones de los cuerpos se deba más o menos de estas cosas, sino porque en todos los hombres la naturaleza se contenta con pocos auxilios, si nos limitamos a la necesidad; si al placer, nada puede parecerle suficiente.

[18] En esta edad sobre todo, deben ser alejados del vino, cuyo uso excesivo es nocivo para la salud y perturba en gran manera el uso de la recta razón. En este asunto, de ninguna manera me parece reprochable el procedimiento de los espartanos, quienes procuraban que sus esclavos se exhibieran ebrios en sus convivios, ciertamente no para deleitarse con sus charlas tontas o con sus actos vergonzosos (pues es placer inhumano que el hombre se deleite con el daño o vicio de otro hombre), sino para mostrar con el ejemplo a sus jóvenes qué tan

desagradable es mostrarse borracho. Entonces, desde sus primeros años, hay que acostumbrar a los niños a beber de modo que el vino se modere más que se mezcle con agua y ciertamente con tanta sobriedad y escasamente para que parezca más que se les permite beber más para digerir el alimento que para disminuir la sed. Pues no es conveniente (lo cual no sólo atañe a la virtud, sino también a la buena salud) medir por el vientre el alimento o la bebida, o igualar el sueño a las noches invernales, o definir con la saciedad la medida de los placeres, sino moderarlo todo con la razón y acostumbrarse, de manera que podamos refrenar con facilidad los ímpetus juveniles y juzgar que no es conveniente que hagamos todo lo que por nuestra capacidad o por la ocasión es lícito.

[19] Mas ante todo, conviene que un adolescente bien educado no desatienda el cuidado y respeto de la religión, y se empape de esta idea desde su temprana edad. Pues, ¿qué será santo entre los hombres para aquél que ha despreciado la divinidad? Mas no conviene llevarlos hasta las supersticiones propias de ancianas, lo cual en esa edad suele dañar muchísimo y dar pie a la burla, sino con cierta medida. Aunque, ¿qué medida puede usarse en un asunto en el que todo lo que podemos hacer está por debajo de la medida? Principalmente, debe advertirse a los jóvenes que no deben detestar las cosas divinas ni burlarse de los nombres sagrados ni jurar por su propia voluntad fácilmente, lo que es abominable en toda edad.³⁰ Pues quienes juran a la ligera, se acostumbran a perjurar con frecuencia.

[20] Enseguida, conviene tener muchísima reverencia hacia los ancianos y mayores de edad, y considerarlos casi como sus padres. En lo cual, estaba excelentemente educada, a la manera antigua, la juventud romana, que acompañaba a la curia a los senadores, a quienes llamaban ‘padres’, el día de sesión del senado, y ahí estaban sentados ante las puertas, y, concluida la sesión, regresaban en tropel a casa, lo que sin duda eran los fundamentos de la constancia y la paciencia que deberían ejercer en una edad más avanzada. Los jóvenes que con gusto se apegan a los ancianos y no se separan con facilidad de quienes pueden sacar algún provecho, parece que quieren, no a la ligera, adelantar en virtud a su edad. Además, debe enseñárseles de qué manera conviene recibir a quienes llegan, de qué manera despedir a quienes se van,

cómo es oportuno saludar con respeto a los mayores, acoger amablemente a los menores, reunirse con familiaridad con sus amigos y con quienes los quieren bien. Esto tanto sienta bien a todos, como parece elegante en los príncipes y en sus hijos, y se nota muchísimo en éstos, en cuyas costumbres y en toda la vida suele amarse la afabilidad, pero alabarse la seriedad. En ambos casos, sin embargo, debe respetarse que ni ésta se convierta en severidad salvaje o aquélla, en ligereza ridícula.

[21] De hecho, así podrán conseguirse estas cosas, si cada uno soporta fácilmente ser censurado y advertido, método que es saludable en toda edad, causa y condición. Pues, como reconocemos los defectos de nuestro rostro, puesto delante un espejo, así también sopesamos los errores de nuestro ánimo con los amigos que nos reprenden, situación que es la más cercana a la corrección. Mas éstos, quienes no pueden escuchar nada que los entristezca, muy fácilmente se abren a la decepción. Pues es propio de un estómago débil el no poder resistir más que cosas delicadas. Y así, es conveniente poder soportar a quienes hablan mal y escuchar a quienes reprenden. Pues, quien no soporta ser censurado estando presente, no suele defenderse con facilidad estando ausente. Mas, sobre todo, a quienes son de fortuna más elevada y en cuyas manos está el derecho de ciudades y pueblos, conviene que escuchen, no sólo fácilmente, sino también de buen grado, a quienes los aconsejan bien, en tanto ellos mismos, por la mucha permisividad, están más proclives a errar y sus errores suelen perjudicar a muchos más. Y ciertamente por eso debe tenerse más cuidado, porque son pocos los que se atreven a decirles lo que es verdadero y conveniente, y menos, quienes quieren escucharlo. Pues, quien quiere escuchar lo verdadero, fácilmente encuentra uno de quien lo escuche. Y así, puede parecer extraño si existe alguien bueno o sabio, nacido en el poder y en grandes fortunas, que no haya experimentado alguna vez un suceso adverso. Y si existe alguien de esta naturaleza, creo que éste debe ser amado y venerado como si fuera cierto dios terrenal, puesto que, entre la abundancia de cosas disponibles para todos los placeres, y la facultad de conseguir cualquier cosa que deseen, y la inmensa abundancia de aduladores, que suelen hacer locos de los tontos, apenas queda lugar disponible en alguna parte para la razón y el recto juicio. Esto lo pensaba bellamente Platón, y lo señaló apropiadamente en pocas

palabras, pasaje que nosotros aquí traducimos literalmente del *Gorgias*: “Es, pues, difícil,” dijo, “y digno de muchísima alabanza haber vivido justamente en una gran permisividad de errar.”³¹

[22] Mas también la excesiva indulgencia de los padres acostumbra suavizar y debilitar a los adolescentes,³² lo que por lo general se manifiesta en éstos que fueron criados mediante lujos bajo el cuidado de madres viudas. Así pues, es agradable la costumbre que existe en algunos pueblos, que procuran que sus hijos sean educados o fuera de la ciudad o ciertamente fuera de casa, entre parientes o amigos. Y, si se halla, por lo general, que éstos sean más indulgentes, sin embargo, por esto mismo, porque comprenden que viven en una casa ajena, se les quita la más relajada permisividad y los vuelve más atentos para los estudios mejores, que llamamos liberales. De éstos, ya es tiempo de que hablemos.

Se trata de cuáles son los estudios liberales y de éstos en general³³

[23] Llamamos, pues, estudios liberales a los que son dignos de un hombre libre: son aquellos con los que se ejercitan o se buscan la virtud y la sabiduría, y con los que el cuerpo o el ánimo se disponen a todo lo óptimo, de donde el honor y la gloria suelen reclamarse por los hombres, y que son, después de la virtud, los primeros premios propuestos para el sabio. Pues, como para los ingenios no liberales se establecen como fin el lucro y el placer, así, para los nobles, la virtud y la gloria.

[24] Es oportuno, entonces, que desde la primera infancia tiendan a éstos y se apliquen con todo su afán a la sabiduría. Pues, si ninguna de las artes privadas, aun de aquellas que exigen menos agudeza, hay que pueda conseguirse con excelencia, a no ser que alguien se haya dedicado a ella desde los años tiernos, ¿qué juzgaremos de la sabiduría, que consta de tantas y tan grandes cosas, y en la cual se contienen, con arte, los preceptos y las razones de la vida entera? No seremos, sin duda, sabios en la vejez, puesto que todos queremos ser considerados sabios y serlo, no lo seremos, digo, a no ser que comencemos primero, de jóvenes, por saber bien. Y no debe aceptarse, lo que casi todos practican en general, que consideremos que los que siendo jóvenes saben, con razón, más allá de su edad, a veces, suelen decepcionarnos vueltos mayores.

Aunque esto, en algunos, no es incompatible con la razón física: quienes, incluso siendo impúberes, tienen sus sentidos vigorosos, luego, con el avanzar de la edad, se marchitan. En este género, con razón, existe un cierto anciano refutado por un adolescente, mas el nombre de uno y otro es oscuro. Pues, ya que él, a pesar de su edad, era considerado prudente y bueno y lo presentaron al anciano como un prodigio dijo: “Entonces en su vejez será demente quien es tan sabio en su adolescencia” y ciertamente con voz elevada, de modo que el adolescente escuchara. Él, en cambio, sin olvidar nada de su innata agudeza y vuelto hacia él, dijo enseguida: “Tú, entonces, fuiste preclaramente sabio en tu adolescencia,” y lo golpeó con sus propias armas, como dicen.

[25] Y ciertamente, por naturaleza, existe, en la mayoría de los jóvenes, tan gran agilidad de ingenio para entender y tan gran agudeza para investigar³⁴ que, incluso, sin mucha enseñanza pueden hablar y expresar pensamientos muy serios acerca de los asuntos más importantes, y si su fuerza ingénita es robustecida con la erudición y ayudada con la disciplina, este asunto suele producir varones eminentes. Entonces, como éstos deben ser cuidados con diligencia, de igual manera no deben ser descuidados quienes tienen un ingenio mediocre, e incluso por esto deben ser ayudados más, porque en ellos la fuerza de la naturaleza es más deficiente. Sin embargo, todos deben someterse, desde la niñez, a los estudios y a los trabajos, “mientras son fáciles los ánimos de los jóvenes, mientras la edad es flexible,”³⁵ como dice el verso de Marón.

[26] Y, por eso, debe insistirse más, porque aquella edad es más apta a la erudición que las demás, aunque también en toda edad debe aprenderse —¡a no ser que, quizá, a veces es más repugnante aprender que ignorar!—, lo que contrariamente juzgó Catón, aquél príncipe de la familia Porcia, quien aprendió las letras latinas casi anciano, las griegas, ciertamente, ya anciano, y que no creyó repugnante que un anciano aprendiera lo que es bello que un hombre sepa. Incluso Sócrates, un filósofo tan grande, ya en avanzada edad se dedicó a la lira y encomendó sus dedos a un maestro para que los formara.³⁶ ¡Y mientras, a nuestros jóvenes, por Dios santo, les repugna aprender a causa de la flojera y, apenas destetados, les avergüenza estar bajo el cuidado de un maestro! Sin embargo, de ninguna manera deben ser encomendados a su juicio propio, sino conducidos con variadas artes a los estudios buenos y rectos.

[27] Pues unos, ciertamente, deben ser atraídos con la alabanza y mediante la apariencia del honor; otros, con regalitos y lisonjas; otros, obligados con amenazas y azotes. Y todo esto, ciertamente, debe ser sopesado según la costumbre y moderado por la razón, de tal modo que, en el mismo ingenio, los preceptores usen estas artes alternadamente, y debe tenerse cuidado de que no sean excesivamente afables ni excesivamente severos con ellos. Pues, como la excesiva permisividad rompe una índole buena, así la corrección rigurosa y asidua debilita la fuerza del ingenio y apaga las chispas de la naturaleza³⁷ en los niños. Éstos, mientras temen todo, no pueden atreverse a nada, y sucede que casi siempre se equivoquen mientras temen equivocarse en cada cosa. Deberán ser contenidos más flojamente, sobre todo, aquellos en quienes sobreabunda la melancolía, y convendrá muchísimo encomendarlos a su propio arbitrio y distraerlos con libertad³⁸ y con juegos; en este tipo de compleción no están todos los de mayor ingenio (lo que quiso Aristóteles),³⁹ pero ciertamente gran parte de ellos.

[28] Mas sucede que la mayor parte de los dotados de un ingenio liberal, mientras se esfuerzan en seguir los estudios rectos, o son retirados por una imposición, o son obligados a detenerse en la carrera misma, habiéndoseles opuesto ciertas cosas como barreras, o son desviados a otra parte. Para muchísimos, pues, la pobreza familiar fue impedimento, la cual ha obligado a un ánimo noble y nacido para cosas mejores, a servir al lucro, aunque una naturaleza noble suele levantarse hacia lo alto a través de dificultades extremas, y la desbordante abundancia de bienes acostumbra dañar los buenos ingenios más que la suma inopia, ya que de éstos suele decirse, y no sin indignación: “¡Qué gran hombre iba a ser éste, si hubiera nacido con una fortuna menor!” A algunos les han estorbado la autoridad de los padres y la costumbre adoptada desde la infancia. Pues a lo que nos acostumbramos cuando éramos menores, lo solemos seguir con facilidad ya de mayores, y los niños soportan de buen grado entregarse a los afanes de los padres, con los cuales nacieron y fueron criados. Pero también seguimos lo que se acostumbra en las ciudades, como si lo óptimo que se puede hacer sea lo que los demás aprueban y hacen. Por tanto, la decisión más difícil de todas es ésa, pues, por la mala costumbre y por la perversa conversación de los hombres, o no es libre, o llegamos a ella impregnados de falsas opiniones.

[29] Sin embargo, a algunos les es dado, como regalo excepcional de Dios, que por sí mismos puedan ingresar y conservarse en el camino recto sin guía alguno; ciertamente a esos “pocos, el justo Júpiter los amó”⁴⁰ (como dice el poeta) o incluso los engendró, para conceder algo también a las fábulas. Particularmente recibimos como tal a Hércules: esto cuentan los griegos y, después de ellos, los latinos recuerdan: “pues éste, al distinguir dos caminos, uno, el de la virtud; el otro, el del placer, estando casualmente en la edad en que debe tomarse la decisión acerca de la vida entera, se alejó a la soledad y allí, pensando consigo mismo mucho y por largo tiempo (pues aquella edad es de juicio y reflexión débiles), finalmente, habiendo rechazado el placer, abrazó la virtud. Desde entonces, mediante muchos y arduos trabajos, en la opinión de los hombres, construyó para sí el camino hacia el cielo.⁴¹ Así lo hizo aquél; nosotros, en cambio, actuamos bien si somos conducidos por preceptos, como de la mano, a fin de que seamos buenos, o incluso si somos obligados a ello por la fuerza y la necesidad. Pues es dichosa la necesidad que obliga al bien.

Trata el excelente estudio, a saber, el de las armas y de las letras

[30] Aunque veo, Ubertino, que a ti también te sucedió eso en parte, pues, ya que de los estudios y las artes liberales de los hombres hay principalmente dos que por mucho son afines al cultivo de la virtud y a la preparación de la gloria, a saber, la disciplina de las armas y la de las letras, y a ti se te permitía seguir, por la indulgencia de tu padre, solamente la militar, que es casi propia de vuestra familia, tú has abrazado tenazmente con aplicación y afán una y otra, de manera que, pospuestos tus coetáneos por un gran intervalo, puedes competir en uno y otro género de alabanza con tus mayores. Entonces haces bien tú que no descuidas la disciplina militar, en la que siempre sobresalieron tus mayores, y que has intentado añadir, a esta antigua gloria doméstica, también la nueva alabanza de las letras.

[31] Y no te afanas en imitar a esos (pues en nuestros tiempos existe una turba inmensa de éstos) que, cual deshonor, apartan de sí la opinión de la enseñanza, ni apruebas el pensamiento de Licinio, otrora general de los romanos, quien llamaba a las letras veneno y peste pública.⁴² Mucho más dichosas serían las ciudades, lo que dijo aquél,⁴³ si las gobernaran los amantes

de la sabiduría, o si a sus gobernantes les hubiera tocado en suerte amar la sabiduría. Y, ciertamente, es verdad que las disciplinas de las letras no quitan ni la demencia ni la maldad;⁴⁴ más aún, como ayudan en gran manera a quienes nacieron para la virtud y la sabiduría, así, con mucha frecuencia, son o indicios de una necedad que debe ser descubierta, o instrumentos de una injuria muy perniciosa. Pues también sabemos que Claudio (para no apartarnos de los príncipes romanos)⁴⁵ fue, sin duda, docto, y consta que Nerón, su hijastro y sucesor en el principado, fue, ante todo, erudito; de ellos, el primero fue de una insigne locura, el segundo estuvo contaminado por la crueldad y toda infamia. Éste, sin embargo, so pretexto de clemencia, dijo alguna vez que deseaba desconocer las letras.⁴⁶ ¡Esto ciertamente se le hubiera deseado a él, con tal que hubiera podido ser clemente de otra forma que ser ignorante de las letras! Mas pienso que él, si le hubiera sido lícito alejar de sí también las letras, que junto a él se hallaban mal, lo hubiera hecho tan pronto y de buen grado, como se despojó de esa clemencia simulada para la ocasión, para que no hubiera en él lugar disponible para alguna de las virtudes o de las buenas artes. Por el contrario, Jacobo de Carrara, tu bisabuelo, varón prudente y príncipe magnánimo, ciertamente no docto en gran manera él mismo, protegió, sin embargo, a los doctos de forma admirable, de modo que juzgaba que únicamente eso había faltado a su fortuna: el que no fuera erudito, cuanto es lícito que un hombre modesto lo desee.

[32] Y, ciertamente, es lícito desearlo en la vejez, mas no es fácil conseguirlo, a no ser que desde el inicio de la edad hayamos adquirido la enseñanza con afán y trabajo. Por tanto, en la juventud deben adquirirse los consuelos que pueden deleitar a la honesta vejez. Pues los afanes que son fatigosos para la juventud, ellos serán ocios agradables para la vejez. Y, sin duda, en este asunto son una gran ayuda, ya sea que busquemos un remedio contra la perezosa inacción, o un consuelo para las ocupaciones inquietantes.⁴⁷ Pues, ya que son dos los géneros de la vida liberal, uno, que está entero en el ocio y la especulación, y otro, que consiste en la acción y la ocupación;⁴⁸ en el primero, ciertamente, no se debe creer que a alguien se le oculte cuán necesario es el conocimiento y el uso de la escritura; en el segundo, en cambio, a partir de ahora puede discernirse

fácilmente cuán útil es. Pues, quienes dedican su ánimo a la administración de las cosas —omito cuánto más prudentes pueden volverse con los preceptos de aquéllos que escribieron y los ejemplos de aquellos de quienes se escribe—, sea que administren los asuntos públicos, sea que se desenvuelvan en los foros, en la guerra o en la paz, en ocupaciones suyas y de sus amigos, no tienen otra cosa con que puedan descansar más agradablemente cuando están cansados. Cuando se presentan los tiempos y las horas en que es necesario que estemos libres de asuntos de este tipo —pues con frecuencia se nos aleja, contra nuestra voluntad, de los asuntos públicos, y no siempre se hacen guerras, y cada día y cada noche tienen algo por lo que conviene que nos mantengamos en casa y estemos alejados—, en este tiempo, entonces, cuando por el ocio no nos sea lícito hacer nada en los foros, la lectura y los libros nos socorrerán. A no ser que más bien queramos darnos al sueño o languidecer con inerte ocio, o imitar la costumbre del príncipe Domiciano, quien, todos los días, a horas establecidas, separado de todos, perseguía moscas con un punzón de hierro.⁴⁹ Éste fue, ciertamente, hijo de Vespasiano y hermano menor de Tito, sin duda disímil por mucho de uno y de otro; más aún, considerado tanto el más desagradable de todos, cuanto Tito el más virtuoso de todos, a quien la historia llamó “delicia del género humano”. Y así, el recuerdo de éste es tan célebre como abominable el de aquél.⁵⁰

[33] En efecto, acerca de los asuntos y vida de los hombres, la posteridad usa un juicio libre, la cual ni teme censurar a los malvados ni odia las alabanzas a quienes bien las merecen. Ciertamente, en este asunto es grande (como vemos) la prerrogativa para los príncipes, más aún (casi diría), la necesidad propuesta de realizar bien las cosas si quieren aspirar al juicio de los hombres y a la eternidad de la fama entre los que han de venir. Pues, ciertamente, en los restantes, más humildes, se requiere de gran fuerza y virtud para que salgan a la luz, y sus errores se ocultan con la oscuridad de su suerte; en cambio, en los príncipes y en los grandes hombres, la honradez, ya sea porque es rara en la mucha fortuna y por eso se admira más, ya sea porque se ilumina más por el esplendor de la fortuna, se tiene como preclara e insigne, incluso si es modesta; en cambio, las malas acciones, ni pueden ocultarse aunque sean privadas, ni, una vez conocidas, callarse por mucho tiempo. Esos mismos, que son o

servidores de los placeres o socios de los crímenes y cómplices de los hechos, los publican y, los primeros, los condenan. Al respecto, uno de los recamareros del propio Domiciano señaló su demencia con una chanza ingeniosa. Pues, interrogado alguna vez de si había alguien dentro con Domiciano, respondió: “ni siquiera una mosca”, como si aquél las hubiera eliminado todas con su punzón.

[34] Quizá podría concederse venia a su cacería tan indecorosa, si por lo menos constara qué acostumbraba hacer solo durante el invierno, o si, a causa de sus crímenes crueles, no se hubiera mostrado digno de un odio mayor que de una burla a causa de esta cacería tan vergonzosa. Pues eso que solía decir Escipión de sí mismo, que nunca estaba menos solo u ocioso que cuando parecía que estaba ocioso o solo,⁵¹ no puede acontecerle fácilmente a cualquiera, sino solamente a los grandes ingenios y a los dotados de excelente virtud. Aunque a mí en nada me parece menor quien, al contrario, puede conservar la soledad en la muchedumbre y el descanso en la ocupación, lo cual, ciertamente, se escribió de Catón, quien, mientras se reunía el senado, solía leer frecuentemente libros en la curia.⁵² De allí, sin duda, dictaba los más saludables consejos para la patria en el asunto del momento y para todo tiempo.

[35] Además, aunque no se tuviera ningún fruto del estudio de las letras,⁵³ que ciertamente son muchísimos y muy grandes, sin embargo, debe verse como una cosa muy importante el que, mientras leemos atentos, nos distraemos entretanto de la mayoría de cosas que no podríamos o pensar sin torpeza o recordar sin molestia. Pues, si existe algo, en nosotros mismos o en nuestra fortuna, que nos ofenda, de este modo fácilmente somos aliviados, precisamente porque el afán de las enseñanzas engendra placeres admirables en los ánimos de los hombres y aportan el fruto más abundante a tiempo, si acaso una semilla tal cae en una mente buena e idónea para su cultivo. Entonces, cuando estamos solos, y vacíos de todas las demás cuitas, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que acudir a los libros, donde están todas las cosas o más agradables para el conocimiento o más eficaces para la vida buena e irreprochable?

[36] Pues ciertamente sirve muchísimo para las demás cosas, pero, sobre todo, son necesarios para salvar el recuerdo de la antigüedad los testimonios de los libros, en los cuales se contienen las hazañas de los hombres, los acontecimientos inesperados, las obras insólitas de la naturaleza y, además de estas cosas, la medida del tiempo. Pues la memoria de los hombres, y lo que se transmite mediante las manos, se desvanece poco a poco y apenas supera la época de un solo hombre. En cambio, lo que se ha confiado bien a los libros permanece perpetuamente, si no es que quizá la pintura, o el tallado de los mármoles, o la fusión de los metales pueden también ofrecer algo semejante. Mas éstos ni señalan los tiempos, ni indican con facilidad la variedad de los movimientos y solamente expresan el hábito exterior, y pueden arruinarse con facilidad. En cambio, lo que se transmite mediante las letras no solamente realiza las cosas que se dijeron, sino también consigna las conversaciones y reproduce los pensamientos de los hombres y, si se ha divulgado con muchos ejemplares, no puede perecer con facilidad, con tal que la dignidad se acerque al discurso. Pues las cosas que se escriben sin dignidad, ni obtienen confianza, ni pueden subsistir por mucho tiempo.⁵⁴

[37] Pues, ¿qué vida puede ser más agradable o sin duda más apropiada que leer siempre o escribir y, aunque siendo nuevos, conocer las cosas antiguas; y hablar, estando presentes, con los que vendrán,⁵⁵ y así hacer nuestro todo tiempo, el que ha pasado y el que será? ¡Oh, qué brillante ajuar el de los libros!, digo, como lo llamamos nosotros. ¡Oh, qué agradable familia!, como la llama correctamente Cicerón,⁵⁶ ¡ciertamente honesta y bien portada! Pues no hace ruido, no grita; no es rapaz, no es voraz, no es contumaz; los libros hablan cuando se les ordena e igualmente callan cuando se les ordena; y siempre están dispuestos a todo mandato; de ellos nunca escucharías nada salvo lo que quieres y cuanto quieres.

[38] Considero, entonces (puesto que nuestra memoria no puede abarcar todo y puede retener poco de pocas cosas y apenas basta para una sola cosa), que los libros deben considerarse y conservarse como una segunda memoria. Pues las letras y los libros, ciertamente, son una memoria segura de las cosas y una bodega común de todas las cosas conocibles. Y por eso debemos cuidar que transmitamos íntegros e incorruptos a la posteridad los que hemos recibido de

los antecesores, por si acaso nada podemos producir por nosotros mismos, y de ese modo atenderemos útilmente a éstos que existirán después de nosotros y a éstos que nos antecedieron les retribuiremos este pago, al menos, de sus trabajos. En esto, quizá podemos acusar justamente a algún siglo y a las edades inmediatamente anteriores. Ciertamente, es lícito que nos indignemos, pero de nada aprovecha, que soportaron que se perdieran tantas obras preclaras de autores ilustres. Y de algunos, ciertamente, nos han llegado sólo nombres, adornados, sin embargo, con las más altas alabanzas; de otros parte de sus desvelos y algunos fragmentos de sus obras. De ahí sucede que, por el esplendor de las alabanzas y de su nombre, añoremus sus obras. Indignémonos de que se haya perdido el resto de sus trabajos, de las cosas que todavía sobresalen por la excelencia y dignidad, aunque esas mismas en la mayoría de sus partes corrompidas con tantos errores, incluso algunos los hemos recibido cortados de en medio y mutilados, que casi sería mejor que nada de éstos nos hubiera llegado.

[39] Pero en este daño (que es muy grande) no debe parecernos mínimo el que nos toca: que se esconden en gran parte muchísimas cosas nuestras y hechos italianos, muy dignos de saberse, cuya noticia pereció junto con los libros y su testimonio. Y así, nosotros, que sabemos las hazañas de los bárbaros, ignoramos la mayoría de las nuestras a causa de la desgracia de los libros. Y se ha llegado a tal punto que investigamos en los autores griegos el conocimiento y la certeza incluso de la historia latina, pues muchísimas de tales cosas, que entre nosotros o han sido descritas escuetamente o son completamente desconocidas, en ellos se encuentran ampliamente difundidas, aunque incluso ese mismo discurso griego, que otrora solía ser propio y muy familiar a nuestros mayores, entre los suyos casi ha muerto, en cambio, entre nosotros ya se extinguió completamente, salvo que algunos pocos, los que en esta edad se han empeñado en él, ya lo hacen volver del sepulcro a la luz.⁵⁷

[40] Pero regreso a la historia, cuyo daño es tanto mayor cuanto es más útil y más agradable el conocimiento de su asunto. Pues, ciertamente, a los ingenios liberales y a éstos que deben desenvolverse en los los asuntos públicos y en la sociedad de los hombres, son muy convenientes la noticia

de la historia y el estudio de la filosofía moral. Pues las restantes de las artes ciertamente se llaman liberales porque convienen a los hombres libres; en cambio, la filosofía es liberal precisamente porque su estudio hace libres a los hombres. En uno de estos estudios, entonces, encontramos los preceptos de qué conviene seguir y qué evitar, en el otro, los ejemplos. En aquélla se hallan, pues, los deberes de todos los hombres y qué le conviene a cada uno; en ésta, en cambio, qué se ha hecho o dicho en cualquier tiempo. A éstas (si no me equivoco), debe añadirse un tercer estudio, esto es, la elocuencia, la cual es una parte de la ciencia civil. Ciertamente, a través de la filosofía podemos percibir rectamente lo que es primero en todo asunto; mediante la elocuencia, hablar seria y adornadamente, única cosa con la que se conquistan sobre todo los ánimos de la multitud; mediante la historia, en cambio, se nos ayuda en uno y otro estudio. Pues, si juzgamos a los ancianos como muy prudentes y los escuchamos con gusto porque a lo largo de su vida han experimentado en ellos muchas cosas y han visto y escuchado muchas otras en los demás, ¿qué debe juzgarse de éstos que saben de memoria los hechos de muchos siglos, dignos de conocerse, y que pueden expresar algún ilustre ejemplo para cada caso? A partir de estos estudios se logra que alguien pueda hablar muy bien y se afane en actuar lo mejor posible, lo cual es propio de un varón eminente y, absolutamente, de un ingenio excelente.

[41] En efecto, eran cuatro (las cosas) que los griegos acostumbraron enseñar a sus niños: letras, lucha, música y dibujo, que algunos llaman pintura.⁵⁸ Sobre la lucha y la música se hablará después. El dibujo no está actualmente en uso como liberal, salvo quizá en cuanto atañe a la escritura (pues escribir es lo mismo que pintar y dibujar), mas, por lo demás, ha quedado en manos de los pintores. En efecto, una ocupación de esta naturaleza no sólo era útil, sino también honorable entre ellos, como dice Aristóteles, pues los ayudaba en las compras de vasos, tablas y estatuas, con los que Grecia se deleitó muchísimo, para que no pudieran ser engañados fácilmente en el precio, y era de muchísimo provecho para captar la belleza y gracia de las cosas que constan de naturaleza o arte, atañe a los grandes varones el poder juzgar y hablar entre sí de estos asuntos.⁵⁹

[42] Mas el fruto de las letras es siempre grande, para toda vida y para toda clase de hombres; principalmente a los estudiosos de ellas, como (les sirve) para recibir la enseñanza, así también para formar el hábito de ella y hacer volver el recuerdo de los tiempos caídos. Ante todo, entonces, si queremos aprovechar algo de las enseñanzas, debe tenerse una manera de hablar convenientemente y debe cuidarse que, mientras perseguimos cosas mayores, no parezca que caemos vergonzosamente en las menores. En seguida, debe añadirse a ésta la manera de disputar, mediante la cual buscamos, argumentando con facilidad, qué es falso o verdadero en cada asunto. Ya que, como es el conocimiento del aprendizaje y el aprendizaje del conocimiento, abre fácilmente el camino a toda clase de enseñanzas. Y la retórica es la tercera entre las disciplinas racionales; mediante ella se busca la elocuencia artística, que hemos colocado también como la tercera entre las partes principales de las (disciplinas) civiles. Mas, aunque en otro tiempo se acostumbraba emplearla para los estudios de los hombres nobles, ahora casi se ha hecho del todo obsoleta. Pues ciertamente fue expulsada totalmente de los juicios, donde se alega no con un discurso ininterrumpido, sino de modo dialéctico, por turnos, con leyes traídas a colación para el proceso. En este género, otrora, la mayoría de los adolescentes romanos consiguió gran gloria, o acusando a los reos culpables o defendiendo a los no culpables. Mas en el género deliberativo ya no hay lugar alguno para la retórica entre los príncipes y los dueños de las cosas, puesto que quieren expresar su pensamiento en pocas palabras y presentar sus razones desnudas en el consejo; en los pueblos, quienes pueden hablar copiosamente, aunque sin arte, son considerados ilustres. Resta el género demostrativo, el cual, como en ningún lugar fue suprimido por el uso, así casi en ningún lugar se halla con método. Pues, al hacer discursos, casi todos usan estas artes, que están en contra del arte del hablar bien. Aunque así estén las cosas, sin embargo, ese a quien queremos que esté bien educado, debe trabajar de manera que pueda hablar ornada y copiosamente, con arte, en todo tipo de procesos.

[43] Muy cercana a ésta está la poética, cuyo estudio, aunque puede contribuir muchísimo a la vida y al discurso, sin embargo, parece más apta para el deleite. En cambio, el arte de la música (pues también ésa deleita al que escucha), otrora se tenía en gran honor entre los griegos, y se pensaba que

nadie estaba educado liberalmente a no ser que supiera de canto y de lira. Por esta razón, así como Sócrates mismo, ya anciano, lo aprendió, ordenó que los adolescentes libres fueran educados en estas artes; ciertamente no para incitar el retozo, sino para moderar los movimientos del alma bajo una norma y un método.⁶⁰ Pues como no toda voz sirve para la melodía del sonido, sino sólo la que suena bien, así no todos los movimientos del alma, sino los que convienen al método, pertenecen a la recta armonía de la vida. Mas el uso de la modulación sirve muchísimo para el descanso del ánimo y para sosegar las pasiones, y también el conocimiento de esa disciplina es digno de un ingenio liberal, según el método por el que examinamos las varias naturalezas y propiedades de los sonidos, y a partir de qué proporciones acontece que se causan las consonancias y las disonancias.

[44] Del mismo modo se da la razón sobre los números, que es llamada aritmética, y la razón sobre las dimensiones, que es llamada geometría. En éstas se establecen las diversas especies de números y dimensiones según las diversas relaciones de pares o impares e igualmente de las líneas o de las superficies o de los cuerpos, y se demuestra que muchas cosas propias se encuentran en éstas, conocimiento que es muy agradable y contiene en sí mismo una certeza particular. Pero también es pulquérrima aquella que trata acerca de los movimientos, dimensiones y distancias de los astros. Pues nos retira de estas tinieblas y del aire denso, y lleva los ojos y el ánimo hacia aquella clarísima casa superior adornada con tantas luminarias. Es agradable para quien la mira distinguir las imágenes de las estrellas fijas, y señalar, con sus lugares y nombres, las vagabundas y sus conjunciones, y también prever y predecir mucho antes los eclipses de sol y de luna. Mas es sobre todo armoniosa y adecuada al intelecto humano la ciencia de la naturaleza, mediante la cual conocemos los principios y pasiones de las cosas naturales, animadas e inanimadas, y las causas y efectos de los movimientos y transmutaciones de las cosas que están contenidas en el cielo y en el mundo, y podemos dar cuenta de las causas de muchas cosas que en general suelen parecer admirables. Es agradable entender todas estas cosas, pero, sobre todo más agradable es ocuparse de esas impresiones que suceden en el aire y alrededor de la tierra. También los conocimientos que están unidas a estas cosas tienen

investigaciones pulquérrimas, como es la perspectiva y el método transmitido acerca de los pesos.

[45] Y, ciertamente, puesto que, hablando, he avanzado hasta aquí, tocaré también las disciplinas restantes. La medicina, entonces, es pulquérrima para ser conocida y la más apta para la salud del cuerpo, mas su ejercicio tiene muy poco de liberal. La pericia de las leyes es útil en público y en privado, y en cualquier lugar se la tiene en gran honor, y ella misma ciertamente se ha derivado de la filosofía moral, tal como la medicina, de la (filosofía) natural. Así como es honorable o interpretar para los que escuchan o dar un consejo a quienes debaten sobre el derecho, es indecoroso que quienes tratan los procesos vendan sus servicios por un precio o un pacto. Por otro lado, la ciencia divina es sobre las causas más altas y sobre las cosas que están alejadas de nuestros sentidos, las que solamente tocamos con la inteligencia.

[46] Y así, enumeramos casi todas las disciplinas, no para que necesariamente deban ser aprendidas todas por cada uno, de manera que finalmente sea docto o sea considerado como tal —pues cada una puede vindicar al hombre entero para sí misma y es propio de la virtud poder soportar una enseñanza mediana, así como los recursos modestos—, sino de manera que cada uno abrace sobre todo aquella para la cual es más apto. Aunque de tal modo están conectadas todas las doctrinas que ninguna, sea la que sea, puede percibirse egregiamente si todas las otras son ignoradas.

[47] Mas hay diversas clases de ingenios. Pues algunos fácilmente encuentran el argumento en cada asunto y el medio por el que aduzcan su resolución; algunos, en cambio, son lentos para encontrar, pero firmes para juzgar. Y los primeros, ciertamente, que tienen tal ingenio, son más aptos para objetar; los segundos, en cambio, para responder. Del mismo modo aquéllos sirven para la poética y las ciencias racionales; éstos, en cambio, para las reales. Hay también otros de ingenio ciertamente veloz, pero de lengua y plática muy lentas, y parece que éstos son aptos para una plática compuesta y un discurso retórico. Mas los prontos en una y otra fuerza, sirven para las disputas dialécticas con mucha claridad. Mas quienes tienen un habla más veloz que el ingenio —esto es, son de lengua ciertamente pronta, mas de ingenio lento— no son aptos para ninguna clase de discurso. En algunos es más

vigorosa la fuerza de la memoria, y éstos son muy aptos para el conocimiento de las historias y para aprehender amplios volúmenes de leyes. En esto conviene que nosotros sepamos que la memoria sin ingenio no sirve mucho, pero el ingenio sin memoria, casi nada, ciertamente en cuanto atañe a las disciplinas; en cambio, en cuanto a las cosas que pueden hacerse, es al contrario, precisamente porque la cosa hecha y la que debe hacerse puede encomendarse a los escritos, en vez de a la memoria. Mas, acerca de las enseñanzas, no parece que sepamos lo que no sabemos de memoria o no podemos recordar fácilmente.⁶¹

[48] Hay, además, quienes tienen una fuerza del alma apartada de las cosas sensibles y materiales, y más apta para aprender las cosas separadas y universales; otros, por el contrario, son más inclinados a discutir y ocuparse de las cosas particulares; y éstos ciertamente convienen para la sabiduría práctica y la ciencia natural; aquéllos, en cambio, para las matemáticas y la (ciencia) divina que se llama metafísica. Además de esto, ya que el intelecto es doble, especulativo y práctico, así como cada uno será mejor según uno u otro, deberá seguir los estudios que le convengan. Existen, además, ciertos ingenios limitados y, como dicen en derecho, adscritos a la gleba, los cuales, aunque son débiles en las demás cosas, sin embargo, en una o en otra cosa sirven eminentemente. Y a ellos sólo deben permitírseles las cosas en las que se juzgue sólo que pueden muchísimo. Pero Aristóteles, volviendo la mirada hacia la vida civil y ocupacional de los hombres, afirmó que no se entregasen demasiado a las ciencias liberales ni se demorasen en su perfección. Pues quien se ha entregado enteramente a la especulación y a los encantos de las letras, él es, quizá, caro a sí mismo, pero ciertamente poco útil a la ciudad, sea príncipe o privado.⁶²

[49] Y, ciertamente, acerca de las enseñanzas y los ingenios y las clases de ambos, parece que deben definirse así. En estos, ante todo, debe advertirse esto, que conviene recibir de los mejores preceptores no sólo los preceptos mayores, que se transmiten a los más avanzados, sino también los primeros elementos de las artes y, de los mejores autores de libros, conviene detenerse no en cualesquiera sin orden, sino en los mejores.⁶³ Por esta razón, Filipo, rey de los macedonios, quiso que Alejandro aprendiera de Aristóteles las primeras

letras, y los antiguos romanos cuidaban que sus hijos, que entregaban a la escuela, fueran educados primero con Virgilio; uno y otros con óptima razón. Pues lo que se ha sembrado en las mentes tiernas, lanza raíces profundamente y no puede fácilmente arrancarse después con fuerza alguna. Entonces, si desde el inicio se acostumbran a los mejores, los tendrán por importantes y siempre los usarán como guías. Si, en cambio, se han impregnado de algunos errores, éstos requerirán el doble de tiempo, primero para que arrojen los errores, y después para que aprendan los preceptos verdaderos. Por tal causa, Timoteo, músico ilustre en su tiempo, quien fue obligado a abandonar Esparta por haber multiplicado las cuerdas de la cítara y por la creación de nuevos ritmos, obtenía un pago fijo de los discípulos que ciertamente nada habían aprovechado con otros; mas de aquellos que habían aprendido algo de otros, exigía el doble.⁶⁴

[50] Por otra parte, en el aprendizaje, para la mayoría suele ser un obstáculo lo que habría debido ser una gran ayuda, a saber, el gran deseo de aprender; por éste sucede que, mientras quieren abarcar todo a la vez, no pueden retener nada. Pues, así como como el alimento superfluo no nutre, sino que ciertamente da molestia al estómago, hace pesado y debilita el resto del cuerpo, la gran cantidad de cosas ingeridas en la memoria, se borra fácilmente en el presente, y en el futuro vuelve más débil su fuerza. Entonces, que los estudiosos de la disciplina lean siempre muchas cosas, pero a diario elijan las pocas que su memoria pueda digerir; y que tomen así tres, cuatro o más cosas, según la fuerza y ocio de cada uno, como la ganancia principal de ese día.⁶⁵ Por otra parte, al leer otras cosas conseguirán esto: que las que ya aprendieron, las conserven con la reflexión; en cambio, que las que todavía no las han aprendido, las hagan día a día más familiares para ellos con la lectura.

[51] Por otra parte, a este excesivo deseo de saber y de aprender, suele estar unida cierta desordenada curiosidad de investigar. Pues, como se afanan en apropiarse de muchas cosas sobre cada asunto, se dedican al mismo tiempo a disciplinas diversas, y son llevados ahora por acá, ahora por allá, o ahora abrazan ciertamente una sola con todas sus fuerzas, pero de allí, dejada aquélla un poco, abrazan una y otra. Esto no sólo es completamente inútil, sino también vehementemente dañino. Pues como es en realidad y se dice a modo

de proverbio: se agrian los vinos que se transvasan con frecuencia.⁶⁶ Y así, conviene quedarse en una sola cosa y seguirla con todo afán e intentar tomar las disciplinas en el orden en que sus autores las han entregado. Pues quienes leen libros desordenadamente, comenzándolos ahora por el final, ahora leyéndolos por la parte media, y reciben al último lo que hubiera debido ser primero, éstos, leyendo a la ligera, ninguna otra cosa aprovechan que el que parezca que han descuidado todo. Ahora bien, acerca de los libros que son de la misma disciplina, ciertamente conviene revisar muchísimos a fin de que tengamos los mejores como principales.

[52] Mas no todos deben emprender el mismo trabajo, sino cada uno según el modo y razón de su ingenio. Pues (por decirlo así) hay en algunos un filo de plomo; en algunos, en cambio, de hierro. Quienes lo tienen de plomo, y ciertamente obtuso, valen poco para las disciplinas; en cambio, quienes ciertamente tienen un filo agudo de ingenio, pero suave y que fácilmente puede mellarse, éstos requieren de frecuentes interrupciones mientras estudian, los cuales, a no ser que penetren con el primer impulso a donde quieren, cuanto más lo intentan a partir de esto, tanto más se embotan. En cambio, a quienes les tocó en suerte un ingenio de hierro, y ciertamente agudo, a éstos nada es inaccesible, a no ser que quieran irrumpir en donde en necesario que todo se rompa. Pero si es obtuso, sin embargo, vencen todas las dificultades con un asiduo afán. Y así, si no entienden algo, no lo rechazan enseguida, lo cual es propio de los soberbios, ni se desesperan, lo cual acontece a los ánimos mezquinos, sino que perseveran más en su intento. Pero también, esto es muy cierto, que los más agudos de ingenio tienen menos fuerza de memoria, y quienes captan rápidamente, retienen menos. Entonces, para conservar y afirmar la memoria, es muy compatible aquel método de Catón, que él decía que usaba: que cualquier cosa que había hecho, visto o leído en el día, la recordara en la tarde,⁶⁷ como exigiéndose la cuenta de un negocio diurno; no sólo quería dar la cuenta del negocio, sino también del ocio. Así, entonces, también nosotros procuraremos ciertamente recordar todas las cosas, si podemos; si no, abracemos con más tenacidad al menos las que elijamos como principales.

[53] Mas también será de provecho conversar frecuentemente junto con los compañeros acerca de los estudios comunes, pues la disputa aguza el ingenio, educa la lengua y afirma la memoria, y, al disputar, no sólo aprendemos muchas cosas, sino que también, las que aprendemos así, las sabemos mejor, las exponemos más apropiadamente y las recordamos más firmemente. Pero también al enseñar a otros lo que aprendemos, nosotros mismos nos ayudaremos. Pues el enseñar lo que se ha aprendido es el mejor género de aprovechamiento. Sin embargo, a casi todos los que están aprendiendo les sucede que, si algo han aprovechado bien desde el inicio, que consideren que ellos mismos han alcanzado grandes cosas de la enseñanza, y ciertamente ya disputan como doctos y quieren defender tercamente sus propios pensamientos, lo cual les estorba muchísimo. Pues el primer paso hacia las disciplinas es poder dudar,⁶⁸ y nada es tan hostil a quienes están aprendiendo que presumir demasiado su propia erudición o confiarse en su ingenio; una de estas cosas quita el cuidado de aprender; la otra, lo disminuye; así pues, se engañan a sí mismos, en lo que para nada es necesario. Mas nadie es tan fácil de engañar como uno mismo; a nadie decepcionamos con un daño mayor. Pero esto sucede, porque a los inexpertos todavía no se les ha permitido examinar las desviaciones, rodeos y precipicios que se esconden en las ciencias. A ellos les sucede que, o corrigen mal la mayoría de las cosas de los libros, que no pueden entender bien por sí mismos, o, culpando la ignorancia o negligencia de los escritores, omiten por su propia voluntad muchas cosas que no han entendido.⁶⁹ Sin embargo, el afán y la perseverancia quitarán esas opiniones.

[54] Mas todas las cosas se harán apropiadamente si los tiempos se distribuyen escrupulosamente, si a cada día le concedemos las horas establecidas para las letras, y ninguna ocupación nos impide que leamos algo cotidianamente. Pues, si Alejandro solía leer muchísimo en su campamento; si César incluso escribía libros al marchar con el ejército, y Augusto, habiendo emprendido una acción tan grande en la guerra de Módena, sin embargo, acostumbraba leer o escribir y declamar diariamente en el campamento, ¿qué podrá entrometerse en el ocio urbano que nos aparte totalmente por mucho tiempo de los estudios de las letras? Mas es útil que, así como consideramos grande la pérdida de cualquier tiempo, por mínimo que sea, tengamos cuenta

del tiempo, como de la vida y de la salud, a fin de que nada se nos pierda inútilmente, como si fueran horas inertes, y éstas, que para los demás son ociosas las entreguemos a los estudios más ligeros o las pasemos con una lectura agradable. Pues es propio de la buena razón el reunir también las cosas buenas que los demás suelen descuidar, como si alguien lee durante la cena y espera ciertamente el sueño entre libros, o, mediante los libros, con certeza lo evita. Aunque los médicos afirman que estas cosas perjudican la vista y los ojos, lo cual es verdad, sólo si se hace en exceso, esto es, o con demasiado esfuerzo o después de mucha saciedad. Pero también aquello será de mucho provecho: si en nuestras bibliotecas colocamos delante y a la vista estos instrumentos con los que suelen medirse las horas y los tiempos, a fin de que veamos como que el tiempo mismo fluye y se desliza, y, si no usamos esos mismos lugares para ninguna otra cosa que para la que fueron contruidos, sin admitir allí ninguna ocupación o pensamiento externo.

Acerca del ejercicio del cuerpo y del estudio de las armas

[55] Sin embargo, estas cosas que se han dicho, que las sigan quienes tienen un ingenio más apto para las disciplinas que un cuerpo para la guerra. Pero conviene que, quienes tienen un ingenio vigoroso y un cuerpo sano, tengan cuidado de uno y de otro, y que ciertamente formen su ánimo de modo que verdaderamente pueda juzgar y quiera gobernar con la razón, y, en cambio que formen su cuerpo de modo que pueda soportar con fortaleza y obedecer con facilidad, y finalmente que nos dispongamos enteramente de modo que siempre estemos preparados, no para aplicar la fuerza, sino para impedir la injuria o, incluso si está permitido usar la fuerza, que no sea a causa de la rapiña o de la codicia, sino para combatir por el imperio y la gloria. Mas, conviene que los príncipes sobre todo estén instruidos en la disciplina militar, pues es oportuno que ellos abunden en las artes de la paz y de la guerra y que puedan conducir los ejércitos y que ellos mismos peleen, cuando sea necesario, con su propio cuerpo. Que así debía ser, Alejandro, quien fue llamado el Magno, lo indicaba como siempre con la acción, así frecuentemente con palabras. Pues, cuantas veces, entre amigos (como sucede), se presentaba una disputa acerca de los

versos de Homero, de quien era muy aficionado: de cuál era el más elegante de todos, él siempre prefería como único aquél que se escribió acerca de Agamenón: “al mismo tiempo buen rey y valeroso guerrero,”⁷⁰ como si conviniera que el mismo que es un buen rey, fuera también un valeroso combatiente.

[56] Entonces, el cuerpo debe ejercitarse desde la infancia para la milicia, y el ánimo debe formarse para resistir y, como suelen conducirse los caballos, debe conducirse de la mano hacia el estadio a fin de que mediante, el polvo y el sudor, se acostumbre a soportar fácilmente el sol y el esfuerzo.⁷¹ Pues así como vemos muy frecuentemente que, en los árboles, ramitas ciertamente delicadas soportan una gran fuerza de los frutos, nacida de ellas desde las primeras flores hasta la magnitud justa, y que con ese peso aunque claramente se doblan, sin embargo, para nada se rompen —peso que, a no ser que hubiera crecido poco a poco, derribaría incluso las ramas más vigorosas— también los hombres, a no ser que se acostumbren primero desde niños y después a través de todas las edades a la resistencia de los trabajos con el ánimo y el cuerpo, si después surge alguna dificultad de las cosas, se rompen en seguida y no pueden soportar la fuerza adversa. Esto mismo aconseja la autoridad de Minos y Licurgo, los más grandes legisladores que celebra la antigüedad. Ciertamente, pues, las leyes de los cretenses y de los espartanos educaban a la juventud con esfuerzos, no sólo para la resistencia del cuerpo, sino también para la continencia del ánimo: para educar a éstos, mandaban que se ejercitaran fuera, en la caza, y mediante ésta, a correr y a saltar, a sentir hambre y sed, a tener frío y calor, para que, ejercitados de este modo, pudieran usarlos fácilmente para la milicia. Pues ciertamente los placeres disuelven los ánimos y los cuerpos de los hombres; en cambio, el trabajo los afirma y endurece. Y así, a no ser que hayan sido endurecidos por los esfuerzos, no pueden durar en los esfuerzos; en cambio, quienes así se acostumbran, fácilmente usarán el cuerpo y el ánimo, cuando sea necesario para superar los peligros y todas las dificultades.

[57] En este género, ni de los antiguos ni de los nuestros, puedo proponerte un ejemplo más ilustre que el de tu padre. Pues de buena gana, como tú mismo ves, pongo ante ti las imágenes de tus antepasados, y frecuentemente me afano en hacerlos venir a tu memoria, puesto que también hay en ellos eso que

puedes seguir magníficamente, y los hombres suelen encenderse más con los ejemplos de su propia casa. Pues, así como es glorioso vencer a los suyos al hacer bien las cosas, suele juzgarse vergonzoso degenerar, en vida y costumbres, de quienes consideramos como honor para nosotros por su virtud.

[58] Pero regreso a tu padre: aunque a él se le pueden atribuir innumerables alabanzas, él mismo, sin embargo, no suele gloriarse de nada más que de su resistencia de los esfuerzos. Pues (lo cual vemos), es diligente para los esfuerzos y audaz en los peligros, de modo que parece que no soporta mole alguna del cuerpo o que se considere que nació como mortal. Pues del desdén de los esfuerzos nace también el desdén de la muerte y crece la audacia, con la cual él emprende cualquier cosa difícil, tan intrépido que no se creería que teme algo, excepto, quizá una sola cosa: que le toque morir anciano. Me parece que piensa esto con muy buena razón: pues siempre debe contemplarse la virtud y dirigir el ánimo a hechos excelentes; no hay que preocuparse mucho de la vida. Pues quienquiera que pondere las cosas mundanas con la debida estimación, fácilmente conocerá que los frutos de vivir por mucho tiempo son menores que el que deba desearse una larga vida, y que las desgracias son mayores que pueda esperarse que (ésta) sea más bien breve. Conviene, entonces, que quien en la paz vive honestamente y en la guerra actúa valientemente, sobrelleve las demás cosas con ecuanimidad; que, en cambio, reciba plácidamente la muerte, cuando quiera que llegue, recibirla plácidamente; y además que incluso corra a su encuentro cuando la ocasión o la necesidad lo pida.

[59] No es oportuno, pues, temer que, por caso, hayamos vivido poco, sino que parezca que hemos vivido poco eso mismo que hemos vivido.⁷² Pues toda edad tiene el que pueda producir algo magnífico. Escipión, quien después fue el primero en ser llamado Africano, siendo apenas púber, combatiendo por su patria contra los cartagineses, comandado por su padre, cuando Aníbal había derrotado a los romanos junto al río Ticino, libró del peligro a su propio padre, cónsul y general de la guerra, herido gravemente y rodeado por los enemigos; y así, en ese combate del que apenas alcanzaron a huir los veteranos, Escipión, de esa edad, salvó al cónsul, al general, al ciudadano y al padre, actuando no menos piadosa que valientemente, y recibió una alabanza colmada por mérito público y privado.⁷³ También Emilio Lépedo, llevado al combate siendo niño,

en un mismo encuentro mató a un enemigo y salvó a un ciudadano. En memoria de esto, por decisión del senado se le colocó en el Capitolio una estatua de él portando la pretexta, para que también los demás se encendieran con su ejemplo y se diera su propio honor al autor de tan preclara obra en esa edad. Pero tú también, a no ser que rehusemos tus alabanzas, siendo menor que uno y otro de aquéllos, en Brescia, recientemente cuando estabas en el ejército de los germanos, osaste avanzar armado contra los enemigos, en tanto que ninguno de los demás soldados soportó ofrecerse.⁷⁴ Con esta acción ciertamente, no sé si fuiste quizá más causa de admiración para los enemigos o de sonrojo para los amigos.

[60] Entonces, los niños deben ser educados desde los primeros años, de manera que puedan osar grandes cosas y soportar las difíciles. ¿Qué, pues, es lo de los niños de los espartanos? Pues, ciertamente, acerca del cuidado de la educación, entre los antiguos se recomienda muchísimo a éstos. ¿Qué clase de espíritus debió engendrar aquella costumbre: se acostumbraba a éstos a mostrar tanta resistencia en la pelea entre iguales que, lanzados por la fuerza o derribados casualmente en la lucha, aguantaran más que los mataran y les quitaran la vida que a querer confesarse vencidos? ¿Qué tiene, pues, de extraño? Pues solían ser recibidos en el altar con golpes, de modo que siempre corría mucha sangre de su cuerpo, e incluso también exhalaban su aliento; sin embargo, nadie jamás gritó o profirió el menor signo de dolor. Así era educada en casa la juventud, y sólo entonces realizaba las obras de milicia, de que está llena toda la memoria antigua. Pues, ¿qué sería igual a que oyeran, o de su general o de sus padres, cuando, a punto de marchar contra los enemigos, sus madres les advirtieran mediante caricias o que trajeran de vuelta su armadura, vivos, que, muertos, fueran traídos de vuelta en su armadura? Pues juzgaban que entregar la armadura al enemigo o arrojarla cuando huían, era peor que la muerte; entonces, ellos la cuidaban y la protegían como parte de su cuerpo. ¡Y no es extraño si, vivos, con frecuencia se exhibían para ser vistos en su armadura, ellos, quienes estimaban que ésta les sería traída de vuelta como honor incluso muertos! Sobresalen, también, la costumbre y la práctica de portarla de modo que la usaban como miembros de su cuerpo y como vestidos, y que no pareciera que con ella se añadía peso al cuerpo. Pues, si no hubieran

sido educadas así las legiones romanas, con una larga y asidua ejercitación (pues *ejército* se deriva de “ejercitar”), ¿de qué modo habrían podido avanzar con la infantería en formación y, en general, llevar primero la armadura, luego, las estacas y cualquier otra cosa que necesitaban para el uso cotidiano y, además de estas cosas, juntamente, los alimentos de quince o más días con frecuencia, carga difícil para una bestia de carga?

[61] Entonces, quienes han de entregarse a los estudios o de las armas o de las letras (puesto que éstas son las más liberales de las artes y, sobre todo, las principales, porque convienen sobre todo a los príncipes), tan pronto como les sea permitido por su edad usar sus miembros, deberán acostumbrarse a las armas, y han de ser entregados al aprendizaje de las primeras letras, tan pronto como puedan formar palabras. Y ya de ahí deben probar como algunas primicias de aquellas cosas y estudios que realizarán durante su vida, y ejercitarse en tales rudimentos. Mas podrán seguir fácilmente una y otra por turnos, de manera que tengan horas precisas para el ejercicio del cuerpo y, de igual modo, se consideren horas precisas para la escuela elemental. Y no sólo es conveniente que los niños ciertamente hagan estas cosas, sino también los hombres; afirman que esto solía hacer el príncipe Teodosio, quien de día se ejercitaba en las armas o juzgaba sobre los negocios de sus súbditos; de noche, en cambio, se dedicaba a los libros, a la luz de una linterna. Y sobre los estudios de las letras ciertamente ya dijimos antes suficientemente lo que nos pareció; continuemos lo demás.

[62] Deberán adoptarse, entonces, aquellos ejercicios que conserven la buena salud y hagan más robustos los miembros del cuerpo, en lo que deberá atenderse, cuidadosamente, la disposición natural de cada uno. Pues quienes tienen una constitución corporal suave y húmeda deberán secarse y endurecerse con ejercicios más fuertes; los demás, más levemente; y a quienes es fácil que se les encienda la sangre, conviene que se calmen con el sol ardiente. Pero también deberá tenerse consideración de la edad, a fin de que hasta el tiempo de la pubertad sean sometidos a cargas más leves, y que no se rompa el nervio de la edad o se impida el crecimiento del cuerpo. Pero, después de la pubertad, deberán ser educados con esfuerzos más pesados, y ciertamente conviene educar a los imberbes más para el intelecto; a éstos, en cambio, para las costumbres;

igualmente, a aquéllos, cuidarlos para la disciplina, y a éstos, en cambio, más para la dureza y salud del cuerpo.

[63] Sobre la importancia de ejercitar a los jóvenes y qué cuidados tener, sirva de ejemplo Mario, quien (como dice Plutarco), cuando era anciano y pesado por la mucha masa del cuerpo, varón de tanta gloria de guerra, sin embargo, en la paz, a fin de educar a su hijo con los deberes y acciones militares, todos los días iba al campo y se ejercitaba junto con él. Y, mediante estos certámenes bosquejados, llegan más audaces y preparados a las peleas verdaderas. Pues si no fuera útil esta disciplina de la pelea, que se busca mediante la paz y en el ocio, en vano el cónsul P. Rutilio hubiera querido, el primero, por capricho, que los soldados recibieran la disciplina del manejo de las armas; éste ordenó a los mejor preparados de los gladiadores, llamados de la ciudad, que hicieran entrar en el campamento el entrenamiento de evitar los golpes y propinarlos, para que el soldado no sólo fuera vigoroso por las fuerzas y la audacia, en las que antes se apoyaba solamente, sino también por el arte y la aplicación.

[64] Entonces deben enseñarse a los jóvenes esas cosas que pertenecen a este uso: cómo pueden herir con la mano derecha al enemigo, cómo protegerse, en cambio, con la izquierda, con el broquel, cómo manejar con una y otra mano la espada, el dardo, el garrote y la lanza, y ya lanzarse, ya, de nuevo, esconderse bajo el escudo, herir sin dificultad despedazando y cortando. También conviene ejercitarse en la carrera, en el salto, en la lucha y en el combate con puños, lanzar lo más lejos posible, disparar flechas rectamente, arrojar estacas, rodar rocas, domar caballos y ya, espoleándolos, instarlos a la carrera o al salto, ya igualmente, tirando las riendas, regresarlos a medio curso, y prepararse de tal modo que cada uno pueda pelear fácilmente como jinete o infante. También el encuentro de jinetes, mientras se atacan con dardos hostiles, suele hacerlos más audaces y más hábiles para la pelea, ya que hayan aprendido a colocar su jabalina a donde la hayan lanzado y esquivar, con la mirada inmóvil, una punta que viene contra ellos.⁷⁵

[65] Pero el aspecto y el uso de las armas cambian diariamente, como el de los vestidos. Convendrá, pues, seguir esa transformación de manera que experimentemos cada cosa, pero que mantengamos siempre la mejor. De modo

semejante suelen variar las costumbres de la pelea. Pues antes, ciertamente, en tiempos de los antiguos héroes, los generales acostumbraron pelear con carros. En cambio, después, sobre todo entre los romanos, (había) pocos jinetes, o ciertamente no muchos, y casi toda la fuerza del ejército estaba en la infantería. Ahora nadie guerrea en carros, casi todos lo hacen en caballos.

[66] Conviene conservar lo que está en uso, sólo si es de provecho, y practicarlo asiduamente con ejercicios en llanos, y por último conviene llegar ejercitados con antelación a cada tipo de combate. Pues en una pelea desordenada se debe actuar de un modo; cuando se combate con todo el ejército ordenado, de otro; cuando se enfrentan los soldados rasos, de otro, y cuando se confrontan en duelo, de otro. Pues parece que la mayoría combate valerosamente en la línea de batalla, y a éstos, quienes cuando son provocados a un combate singular, se les entorpecen el ánimo y las fuerzas. Aunque este tipo de disciplina que se obtiene mediante el ocio es muy desigual al que se aprende entre los desórdenes de las guerras, con carencia de todas las cosas y terrores verdaderos. Así aconsejaba Flaco:

“Que a soportar amigablemente la estrecha pobreza,
el vigoroso niño, con la ruda milicia
aprenda, y que a los partos feroces
moleste el jinete, temible por su lanza,
y pase la vida bajo el cielo y en agitadas
empresas.”⁷⁶

Así, pues, se llegará a aquellas cosas mayores que conviene que los futuros jefes de guerras consigan con la práctica y la razón: con qué artes debe conducirse el ejército, en qué lugares establecer el campamento, en qué orden colocar las líneas de batalla, de qué modo alguien puede prever los planes de los enemigos y, según la costumbre de la guerra, tenderles insidias y cuidarse de las que ellos han tendido, separar a los soldados del ejército enemigo, contener, en cambio, a los suyos con el miedo y la benevolencia, y nunca soltar la disciplina militar.

[67] Pues, del mismo modo que el valor de los soldados suele engendrar alabanza para los jefes, el error de aquéllos se atribuye, la mayoría de las veces, al jefe. En cambio, de las buenas acciones no nace gloria tal como ignominia, de los errores. Él mismo debe conseguir todas las cosas que tenga decididas a tiempo, y no exaltarse como en una cosa nueva y repentina. Pues los ánimos de los soldados no pueden mantenerse firmes cuando se tambalea la decisión del jefe. En cambio, conviene que los soldados mismos se muestren ciertamente valerosos por naturaleza, e instruidos en las artes de la guerra, que tengan mucho ánimo, y lo que sea suficiente de armas, pero, de alimentos, sólo lo que baste a la necesidad. La práctica y la experiencia enseñarán, entonces, cuáles son los papeles del jefe; cuáles los del soldado; cuál es el deber del jinete, o cuál, el del infante; por cierto, a partir del hecho mismo, ampliamente importa cuánto mejor es lícito conocer esa práctica que el que se pueda recibir de voz o transmitirse con las letras, a pesar de que existen libros acerca del asunto militar publicados por grandes hombres, los cuales, por cierto, no deberás descuidar. Pero también conviene que el jefe conozca la fuerza y el uso de las máquinas. Que tu padre es muy diestro en este asunto lo ves; quizá nadie haya investigado con mayor afán o haya preparado, por caso, más cosas de este tipo, que él.

[68] Por último, como no ajena a estas cosas, también debe añadirse a los adolescentes la pericia del nado, en la que César Augusto se afanó en que fueran instruidos sus sobrinos (pues ciertamente no tuvo hijos), de tal modo que él mismo por lo general les enseñaba. Pues suele librar a los hombres de grandes peligros y los vuelve más audaces para las batallas navales y el paso de ríos. Y, ciertamente, en toda esta clase de asuntos pertinentes a los ejercicios militares, tienes a quienes imitar, a tus hermanos mayores, Francisco y Jacobo, varones de gran ánimo y ampliamente conocidos en las armas e insignes en toda prudencia y moderación; a los que conviene que tú, como lo haces, respetes siempre con toda fe y piedad y que los imites bien, de modo que puedas servir como ejemplo de virtud para los menores y como ayuda para las desgracias. Pues la sociedad del género humano se mantendrá muy bien si son inviolables los

derechos de la sangre y se conservan la reverencia a los superiores, la benignidad a los inferiores, la moderación y la amabilidad con los iguales.⁷⁷

Sobre el ocio y el descanso

[69] Mas, puesto que no siempre podemos estar ocupados en el trabajo, sino que a veces es necesario permitirse algo de relajamiento, prescribamos el modo y la medida para este mismo género. Y así, el primer precepto, y el más importante, es que no se acepte ningún juego vergonzoso o nocivo, sino solo cuanto aguce la actividad o ejercite las fuerzas del cuerpo. Pues lo que Escipión, Lelio y, a veces, el augur Escévola, quien fue yerno de Lelio, acostumbraban,⁷⁸ mientras estaban libres para el sosiego del ánimo: recoger piedritas y conchitas en las playas del mar o en los cauces de los ríos, se hacía en éstos más bien por cierta necesidad, pues no llegaban a estas cosas a no ser que hubieran realizado grandes labores o cuando eran de edad ya avanzada. Pero quizá en este género sea más laudable el mismo Escévola, quien se dice que jugaba muy bien a la pelota, porque cansado, sin duda, de las ocupaciones forenses y de la labor de interpretar el derecho civil, se entregaba principalmente a este ocio para recrear sus fuerzas y robustecer sus miembros. Es del mismo género el cuidado de la caza, de la cacería de aves y de la pesca, las cuales tanto reparan el ánimo con muchísimo deleite como robustecen la fuerza de los miembros con el movimiento y el esfuerzo, como dice Horacio: “con un afán que engaña ligeramente la austera labor.”⁷⁹ Pues, a no ser que estas cosas se condimenten con tan gran placer, ¿quién hay que quisiera soportar voluntariamente tan gran esfuerzo o que pudiera sobrellevarlo con alguna fuerza? Aunque tenían este mismo afán las leyes de Licurgo, no el ocio de los adolescentes. O, si acaso estas cosas parecen tan pesadas como para que puedan aliviar del estudio a los cansados, será lícito descansar totalmente y cabalgar ligeramente o pasear tranquilamente; será lícito también utilizar bromas por turnos y chistes, que era la costumbre de los lacedemonios durante el ocio. Qué utilidad, en efecto, puede otorgar esto, está escrito en la *Vida de Licurgo*.⁸⁰

[70] Mas no será ciertamente indecoroso relajar el ánimo con el canto y la lira; de esto ya hicimos mención antes. Pues ésta era la costumbre de los pitagóricos y fue frecuente en otro tiempo para los héroes antiguos, tal como Homero pone en escena que Aquiles, al regresar de la batalla, solía descansar de este modo, ciertamente no modulando canciones amorosas, sino alabanzas de los varones valientes.⁸¹ Así, entonces, mediante el ocio podremos nosotros mismos hacer esto o juzgarlo mientras otros lo hacen, y abrazar los modos que a nosotros y a los tiempos parezcan más convenientes. Pues los modos sículos ayudan más para el sosiego del ánimo la tranquilidad; los gálicos, en cambio, para la acción y el movimiento; los itálicos, por su parte, tienen un lugar intermedio. Y también, la melodía que se hace con la percusión o el canto es más decorosa; en cambio, la que se hace con el aliento y con la boca parece que conviene menos a los ingenios libres. Mas bailar de acuerdo a los ritmos y dirigir danzas femeniles pueden parecer placeres indignos de un varón, aunque en estas cosas haya algún fruto, puesto que ejercitan el cuerpo y añaden mucha destreza a los miembros, con tal que no vuelvan licenciosos a los jóvenes y corrompan sus buenas costumbres con una excesiva vanidad.⁸²

[71] No (sucede) lo mismo con el juego de mesa, puesto que ofrece una especie de pelea y de certamen hostil, el cual inventó Palamedes en la guerra de Troya,⁸³ según cuentan los más antiguos autores, a fin de tener ocupados a los soldados con este ocio y alejar de las sediciones al ejército ocioso. En cambio, el juego de dados tiene una codicia para nada liberal o una molición inconveniente para un varón. Pues quienes hacen esto por lucro, más cómodamente harían negocios de mayor ganancia; en cambio, quienes de aquí cazan placer son un tanto tardos, porque no pueden encontrar otra cosa en que deleitarse más honorablemente. Conviene, entonces, que se deleiten en estos juegos que tienen algo de arte o en verdad muchísimo, pero lo menos posible en los de azar. A no ser que alguien piense acaso que no carecen de arte las cosas acerca de las cuales se han escrito sus reglas, o piense, movido por la majestad del autor, que no hace indecorosamente lo que aquél consideró que era decoroso para él escribir. Pues Claudio César publicó un libro acerca del juego de dados,⁸⁴ en cuya afición suelen deleitarse quienes

son diligentes en esto solo, de manera que descuidan toda sustancia, y ciertamente pierden todo el tiempo de su vida.

[72] En efecto, a éstos a quienes causan placer los estudios de las letras, la variedad de lectura les ofrece consuelo, y una nueva lectura les quita el fastidio de la vieja. Sin embargo, a veces también es necesario, según parece, no hacer nada y estar totalmente libre de trabajo, a fin de que finalmente podamos estar recuperados para el trabajo y el esfuerzo. Pues la cuerda que está siempre muy tensa suele romperse,⁸⁵ si no se afloja alguna vez, aunque ningún tiempo es más laborioso para el sabio que aquél en que no hace nada, si es que el sabio puede no hacer nada.⁸⁶ Además, hemos recibido que algunos se han acostumbrado a distribuir el tiempo de este modo: durante el día y la noche, otorgan al sueño la tercera parte, una tercera a las recreaciones y descansos, el resto lo dan a los estudios liberales; el método de éstos, yo ni me atrevo a reprobarlo suficientemente ni puedo aprobarlo por completo. En cambio puedo afirmar esto y me atrevo a hacerlo: que tanto menos de la edad se nos resbala y que por esto vivimos más, cuanto más tiempo entreguemos a los buenos estudios.

Acerca del adorno exterior del cuerpo

[73] Por último, atendamos ahora lo referente al adorno del cuerpo, a fin de que sea apropiado, ni demasiado refinado ni totalmente descuidado, sino que convenga tanto al asunto, al lugar y al tiempo como, sobre todo, a la persona. Pues ni sentarse en la escuela de gramática coronado o con el vestido arremangado conviene, o avanzar al certamen con la toga aflojada o con mangas; ni que un hijo de príncipe se muestre a la vista con una túnica barata y sucia o una capa gastada, igual que un plebeyo.⁸⁷ En cambio, el excesivo cuidado del adorno y de la belleza indica un ánimo mujeril y es prueba de mucha vanidad. Sin embargo, ciertas cosas deben permitirse a los adolescentes, y no todos sus errores deben castigarse con una severa reprensión. Pues, a no ser que hayan llenado su juventud en algún aspecto, los vicios de aquella edad se trasladarán a la vejez.

Conclusión⁸⁸

[74] Yo te he escrito estas cosas a ti, Ubertino, como lo prometí al inicio, no tanto para indicarte qué es necesario que hagas, como para hacer que te vieras a ti mismo: si sigues como guía a la naturaleza, en nada tienes necesidad de consejero para obtener la más alta virtud.⁸⁹ Pues, a no ser que te faltes a ti mismo, parece que tu índole promete muy ilustremente todo de ti. De hecho, quisiera que recibas de mí las alabanzas, si te pareció que te he atribuido algunas, de manera que consideres más un incentivo para actuar bien que un premio de tus buenas acciones. Conviene, entonces, que te apoyes en tus sumas fuerzas para que te muestres como un varón que puede responder dignamente a estos principios tan generosos de tu adolescencia; para que no parezca o que tú usaste mal los dones de la naturaleza o que aquella índole tan egregia mintió en ti,⁹⁰ o para que no haya sido yo (si algo alcanzas por mi causa) un vate falso o un encomiador vano acerca de ti. Si por consiguiente, te comportas bien, tendrás, ciertamente, de parte de todos, una alabanza presente; de parte mía, en cambio, serás encomendado a la posteridad también con las letras, si se nos da alguna posibilidad de este tipo. Si no, seré el único que se atreva a decir abiertamente y a confesar públicamente esto: parece que no te faltó nada, a no ser tú mismo.

III. COMENTARIOS

Como ya he dicho, este trabajo parte de un interés personal; en consecuencia, he anotado lo que, a partir de mi lectura, me ha parecido digno de un comentario. Sin duda, hay unos más breves que otros; sólo me propuse resaltar algunos elementos de la propuesta educativa de Vergerio que llamaron mi atención, e incluir referencias a los autores clásicos que descubría mientras leía el tratado de Vergerio: señalé aquellos lugares que, a mi parecer, muestran que Vergerio tenía en mente a los clásicos al escribir su tratado.

Título

1. Sobre el título de la obra, cf. *supra* p. 6.
2. Tercer hijo de Francesco Novello; según McManamon (cf. *op. cit.*, p. 89), Ubertino tendría diez años (cf. *infra* n. 74) cuando Vergerio escribió esta obra, que tenía la finalidad de ganarse el favor de Francesco Novello y formar parte de su corte imperial, lo cual no consiguió.

Prefacio

3. La división por secciones pertenece a la edición de Kallendorf.
4. Sobre la importancia del nombre como dictaminador del destino, recuérdese el viejo proverbio *nomen omen*,. Aunque no se halla así en la literatura latina, existen pasajes de donde se infiere este proverbio; algunos quieren extraerlo de PLAUT., *Per.*, 624: *nomen atque omen quantivis iam est pretii* [nombre y presagio ya es del precio tan grande como quieras]; cf., además, MELA, 253: *Epidamnum ante* [sc. *nomen*] *erat, Romani nomen mutavere quia veluti in damnum* [antes era Epidamno, los romanos cambiaron el nombre porque les pareció como “hacia el daño”]; S.H.A., *Sev.*, 7, 9, 3: *se quoque Pertinacem vocari iussit, quamvis postea id nomen*

abolere voluerit quasi omen [también ordenó que lo llamaran Pertinaz, aunque después quiso borrar ese nombre como si fuera su presagio].

5. Vergerio ofrece una versión de este relato muy diferente de la que se lee en CIC., *Sen.*, III, 8, PL. *Resp.*, 329E-330A y PLUT. *Them.*, 18. Salutati señala este “error” y, además, exhorta a Vergerio a que lo corrija:

Video tamen, quod corruptione librorum in errorem communiter imbibitum incidisti. Refers etenim Themistoclem atheniensem Seriphio cuidam, sibi per contentionem obiicienti, quod esset, non virtute sua, sed splendore patriae, gloriosus, respondisse “Neque enim tu si atheniensis esses clarus extitisses, aut ego, si Seriphius, ignobilis.” Fuisset siquidem ita responsio superba dicenti et erga patriam inhonesta, si se suis nobilem virtutibus esse duceret et quod conferre solet patria negavisset: melius de patria de se vero sensit humiliter Themistocles. Vera quidem responsio sua fuit, ut apud incorruptos vel correctos Ciceronis textus legitur: “Non hercle, si ego Seriphius, ignobilis; nec tu si atheniensis esses umquam clarus fuisses.” Duplicem haec responsio Seriphio iurgatori ignobilitatem iniunxit patriae scilicet et personae, totamque nobilitatem suam a patria recognovit. [...] Vide Platonis Politiam, et non multum percurrando reperies hanc historiam. Unde mihi certum est Arpinatem nostrum quidquid de eo habet, inde transtulisse. Corrige locum illum, si placet, admoneo. (Ep. CXXXIX).

[Sin embargo, veo que, por la corrupción de los libros, caíste en un error común. Pues refieres que Temístocles, ateniense, respondió a cierto serifio, quien le reprochaba mediante una contienda que él era glorioso, no por su virtud, sino por el esplendor de su patria: “pues ni tú, si fueras ateniense, serías famoso o yo, si fuera serifio, desconocido”. Ciertamente hubiera sido una respuesta arrogante para quien la decía y deshonesto para con la patria, si se estimaba noble por sus virtudes y hubiera negado lo que suele atribuir la patria; Temístocles pensó mejor acerca de la patria, de

sí mismo, en cambio, más humildemente. Su verdadera respuesta, como se lee en los textos incorruptos y corregidos de Cicerón, fue: “Por Hércules, si yo hubiera sido serifio, no sería desconocido, ni tú serías famoso si hubieras sido ateniense”. Esta respuesta le infligió al serifio que le reprochaba una doble falta de nobleza, es decir, la de la patria y la de la persona, y reconoció toda su nobleza de parte de la patria[...] Ve la *República* de Platón, y sin leer mucho, encontrarás esta historia; de ahí tengo por cierto que nuestro arpinate tiene algo acerca de eso y de ahí lo tradujo. Corrige este pasaje, te lo exhorto].

Vergerio envió una respuesta a Salutati, argumentando por qué no lo corregirá:

Quod autem in primis vitio mihi tribuis, scito no per imprudentiam, sed certo indicium esse a me possitum. Noveram enim, extare aliter dictum Themistoclis apud Platonem, quam penes Ciceronem legeretur. Cuius rei possum testem fide dignum adferre, illustrem virum Carolum Zeno de Venetiis, apud quem, iam prope biennio elapso, hanc dissonantiam aperui, cum ille Politiam Platonis in latinum translata haberet, ego vero id etiam antea in greco deprehendissem. [...] Et Platoni quidem tribuo quantum Cicero ipse, qui eum longe semper omnibus antetulit. In hoc tamen, si error est, det veniam Plato. Errare cum Cicerone malim. Itaque certum est minime tibi concedere, Colucci mi, ut eum locum de libello corrigam. (Ep. XXIX).

[Sábete que lo que primeramente me atribuyes como error, lo puse no por imprudencia, sino con un cierto indicio. Pues yo sabía que, en Platón, existía otra versión de lo dicho por Temístocles, diferente a la que se lee en Cicerón. De esto puedo presentar a un testigo digno de credibilidad, al varón ilustre Carlos Zenón de Venecia, a quien, hace ya casi dos años, le mostré esta discrepancia, ya que él tenía la *República* de Platón traducida al latín, mientras que yo ya antes había extraído en griego. [...] Y ciertamente atribuyo a Platón cuanto dice Cicerón mismo, quien siempre lo

prefirió a los demás. Sin embargo, si en esto hay error, que me perdone Platón. Prefiero errar con Cicerón. Así, por cierto, de ninguna manera (puedo) concederte, mi querido Coluccio, corregir ese pasaje del libro].

- 6.No me parece exagerado considerar esta sentencia como muestra de que Vergerio tenía en su mente los ideales de la *paideia* griega al plantear su propuesta pedagógica; cf. GELL., NA, XIII, 17: *sed 'humanitatem' appellaverunt id quod Graeci παιδείαν vocant, nos eruditionem institutionemque in bonas artes dicimus* [sino que llamaron *humanitas* a lo que los griegos llaman, aproximadamente, *paideia*, y nosotros le decimos erudición y educación en las buenas artes].
- 7.Cf. SEN., *De ira*, II, 18, 3: *Educatio maximam diligentiam, plurimumque profuturam desiderat: facile est enim teneros adhuc animos componere, difficulter reciduntur vitia, quae nobiscum creverunt* [La educación requiere una diligencia enorme y que será muy benéfica: pues es fácil componer los ánimos aún tiernos; difícilmente se suprimen los vicios que crecieron con nosotros]; también *De consol.*, XVI, 18, 3: *Altius praecepta descendunt, quae teneris imprimuntur aetatibus* [penetran muy profundamente los preceptos que se imprimen en las tiernas edades]. Sobre este mismo aspecto insistirá Vergerio cuando comience lo que podemos considerar su plan de estudios (§ 24): *oportet igitur a prima infantia his* [sc. *studia liberalia*]. Vergerio insistirá en esto ayudándose de ejemplos y referencias a escritores latinos, y exponiendo la facilidad natural que tiene la infancia para aprender, no sólo en cuanto a la formación intelectual, sino también en cuanto a la militar (cf. § 56)
- 8.Cf. SEN., *Ep.*, XLVII, 15: *sibi quisque dat mores, ministeria casus adsignat* [cada uno se atribuye sus costumbres; los oficios, los asigna la fortuna].

9. Cf. SALL., *Cat.*, I, 4: *Nam divitiarum et formae gloria fluxa atque fragilis est, virtus clara aeternaque habetur* [Pues la gloria de la riqueza y de la forma es efímera y frágil; la virtud se considera clara y eterna].
10. Vergerio expresa en esta frase el argumento de su obra, cf. *supra* p. 6.
11. Me parece interesante esta afirmación de Vergerio, la cual formará parte del eje de su propuesta pedagógica. Si bien ya griegos y romanos aceptaban que el hombre se constituía de alma y cuerpo, “en los últimos tiempos de la antigüedad, el concepto de *humanitas* ‘sucumbe a los peligros’ de las circunstancias culturales de la época: el hombre es educado solamente en cuanto a su espíritu; su cuerpo es despreciado y odiado [...] En ese momento, *humanitas* pierde su valor de noción vital: se carga de ese contenido piadoso y mojigato” (Patricia Villaseñor, “La *humanitas* en Roma”, p. 309), el cual prevaleció durante el medievo, debido principalmente al cristianismo, que prefería la futura vida celestial a la terrena, desvalorizando el cuerpo. Con esta concepción, Vergerio propone una educación íntegra del ser humano, una que incluya un trabajo corporal.
12. Nótese las dos formas de expresar el agradecimiento, pues *habere gratias in animo quum memorem accepti beneficii mentem animumque habeo et invicem gratificandi voluntatem. Referre sive reddere gratias est facto* [...] *Qui vero refert gratiam, reddit beneficium sive facto sive dicto* [Estar agradecido en el ánimo es cuando tengo una mente y un ánimo que recuerdan el beneficio recibido... Quien, en cambio, agradece, regresa el beneficio o con un hecho o con una palabra] (Laurentii Vallae, *Elegantiae linguae Latinae*, V, 41).

Señales de un ingenio liberal

13. Se inicia el primer tema de Vergerio.
14. Ya desde los griegos, la gloria impulsaba a los jóvenes a realizar hazañas virtuosas (cf. Werner Jaeger, *op. cit.* pp. 20-29). La gloria y el honor son objetivos propios del sabio o virtuoso, y dichas cualidades tienen su punto de referencia en los estudios liberales “de donde el honor y la gloria suelen reclamarse por los hombres, los que son, después de la virtud, los primeros premios propuestos para el sabio” (§ 23), lo cual proviene, claramente, de la *paideia* griega y su concepto de virtud. El amor a la gloria es “el eje de la ética aristocrática [sc. griega]” (cf. Henri-Irénée Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, p. 35).
15. PL., *Phdr.*, 250D: ὄψις... ἡ φρόνησις οὐχ ὁράται – δεινοὺς γὰρ ἂν παρεῖχεν ἔρωτας, εἴ τι τοιοῦτον ἑαυτῆς ἑναργῆς εἶδωλον παρεῖχετο εἰς ὄψιν ἰόν [la vista... con la cual no se ve la sabiduría —pues presentaría amores grandiosos, si presentara así de grandiosa una imagen clara de sí misma yendo hacia la vista]; CIC., *Off.*, I, 5, 15: *Quae si oculis cerneretur, mirabiles amores, ut ait Plato, excitaret sapientia* [la cual, si se contemplara con los ojos, la sabiduría excitaría amores admirables, como dice Platón].
16. Cabe suponer la elipsis de *praeclare constituti habendi sunt*.
17. Cf. QUINT., *Inst.*, II, 2, 8: *Discipulos moneo, ut praeceptores suos non minus quam ipsa studia ament et parentes esse non quidem corporum, sed mentium credant. Multum haec pietas confert studio* [Advierto a los discípulos que amen a sus preceptores no menos que a los estudios mismos, y que crean que son progenitores, no de sus cuerpos, sino de sus mentes. Esta piedad ayuda mucho al estudio].
18. ARIST., *De An.*, 421a: οἱ μὲν γὰρ σκληρόσαρκοι ἀφυεῖς τὴν διάνοιαν, οἱ δὲ μαλακόσαρκοι εὐφυεῖς [Pues los de carne dura son

torpes en cuanto al pensamiento; en cambio, los de carne suave están bien dotados].

19.Cf. DIOG. L., 2, 33: ἡξίου δὲ καὶ τοὺς νέους συνεχῆς κατοπτρίζεσθαι, ἵν' εἰ μὲν καλοὶ εἶεν, ἄξιοι γίγνοιτο· εἰ δ' αἰσχροί, παιδείᾳ τὴν δυσείδειαν ἐπικαλύπτοιεν [Y pedía también a los jóvenes que sin cesar se miraran en un espejo, a fin de que, si eran hermosos, se hicieran dignos, y si, en cambio, eran feos, cubrieran la fealdad con la educación]. Según se cuenta, Sócrates no era de buen aspecto físico: “Ni su linaje ni su clase social ni su aspecto exterior predestinaban a este hombre (sc. Sócrates) para congregar en torno suyo a los hijos de la aristocracia ateniense que aspiraban a seguir la carrera de gobernantes o a formar en las filas selectas de los *kaló kagathói* áticos.” (Jaeger, *op. cit.*, p. 405). Sin embargo, mediante las virtudes que desarrolló, logró hacerse bello para los jóvenes que lo rodeaban y que, incluso, se enamoraban de él.

20.Cf. SALL., *Iug.*, 4: *nam saepe ego audivi [...] P. Scipionem, solitum ita dicere quom maiorum imagines intuerentur vehementissime sibi animum ad virtutem adcendi* [pues frecuentemente yo escuché que P. Escipión solía decir que cuando contemplaba las estatuas de sus mayores, se le encendía muy vehementemente el ánimo para la virtud]; SUET., *Iul.*, 7: *animadversa apud Herculis templum Magni Alexandri imagine ingemuit et quasi pertaesus ignauiam suam, quod nihil dum a se memorabile actum esset in aetate, qua iam Alexander orbem terrarum subegisset, missionem continuo efflagitavit ad captandas quam primum maiorum rerum occasiones in urbe* [(César), habiendo advertido en el templo de Hércules la imagen de Alejandro Magno, se lamentó y, como cansado por su pereza, porque todavía no había realizado nada memorable en la edad en la que Alejandro ya había sometido todo el mundo, reclamó al instante la expedición

para recibir, cuanto antes, las oportunidades de mayores cosas en la urbe].

21. Ya Séneca advertía: *ars prima regni est posse invidiam pati* [la primera arte de un reino es poder soportar la envidia] (*Herc. Fur.*, 353), pero considero que un mejor testimonio de este binomio virtud-envidia lo encontramos en Nepote, quien afirma: *est enim hoc commune vitium, ut invidia gloriae comes sit* [pues es común este vicio: que la envidia sea compañera de la gloria] (*Chr.*, III, 3). La misma idea se expone en sus vidas de Cabrias, Cimón, Alcibíades, Epaminondas, Eumenes y Aníbal, y este último me parece el mejor ejemplo, pues, si no conquistó Roma, se debió únicamente a la envidia de sus compatriotas: *nisi domi ciuium suorum inuidia debilitatus esset, Romanos uideretur superare potuisse. sed multorum obtrectatio deuicit unius uirtutem* [si no hubiera sido debilitado en casa por la envidia de sus conciudadanos, parece que hubiera podido superar a los romanos, pero la detracción de muchos venció la virtud de uno solo] (*Han.*, I, 1). Vergerio, ya sea por experiencia propia, ya por su lectura de los clásicos, está consciente de las consecuencias de la virtud y no duda en exponerlas en su tratado a fin de que quien aspire a ella se atenga a las consecuencias.

22. Cf. SEN., *Ep.*, VI, 5: *Plus tamen tibi et viva vox et convictus quam oratio proderit; in rem praesentem venias oportet, primum quia homines amplius oculis quam auribus credunt, deinde quia longum iter est per praecepta, breve et efficax per exempla* [sin embargo, a ti te beneficiará más la viva voz y la convivencia que el discurso; es oportuno que vengas al asunto presente, primero, porque los hombres creen más en los ojos que en las orejas; después, porque es larga la vía a través de los preceptos; breve y eficaz a través de los ejemplos]; también XI, 8: *Aliquis vir bonus nobis diligendus est, ac*

semper ante oculos habendus, ut sic tamquam illo spectante vivamus, et omnia tamquam illo vivente faciamus [debemos estimar a algún hombre bueno, y siempre tenerlo ante los ojos, de modo que vivamos como si él nos viera, y hagamos todas las cosas como si él viviera]. Desde “los orígenes mismos de la civilización griega advertimos un tipo de educación claramente definido: en el que el joven noble recibía consejos y ejemplos de un adulto” (Marrou, *op. cit.*, p. 31).

Costumbres de los jóvenes

23. Aquí continúa el primero de los temas que se propuso Vergerio: las costumbres nobles de los adolescentes. Este apartado es un esbozo de la psicología del adolescente; Hans Baron (*En busca del humanismo cívico florentino*, p. 32) afirma que Vergerio “hizo el primer intento de formular una psicología de la adolescencia que abriera un espacio en la enseñanza pedagógica y moral a los deseos juveniles.”

24. Sobre el influjo que tienen los excesos en las costumbres, cf. SALL., *Cat.*, II: *Ubi pro labore desidia, pro continentia et aequitate lubido atque superbia invasere, fortuna simul cum moribus inmutatur* [donde se instalaron, en lugar del esfuerzo, la desidia, y, en lugar de la continencia y la equidad, la libido y la soberbia, la fortuna se transforma con las costumbres].

25. HOR., *Ars P.*, vv. 161-165.

26. Pablo 1Co., 15, 33: φθείρουσιν ἤθη χρηστὰ ὁμίλια κακαί [las malas compañías depravan las buenas costumbres]; respecto a qué poeta griego se cita, puede pensarse en Eurípides (fr. 1024) o Menandro (*Sent.* 808). San Jerónimo en su *Comm. in epist. ad Gal.* afirma:

trimeter iambicus de comoedia sumptus est Menandri [el trímetro yámbico fue extraído de una comedia de Menandro].

27. TER., *An.*, vv. 60-61.

28. Hay quienes aceptan el carácter cívico de la obra de Vergerio y hay quienes lo niegan. Entre los primeros, mencionamos los siguientes (Baron, *op. cit.*, p. 19): “surgió un nuevo concepto de la educación que tuvo como objetivo no sólo formar hombres educados sino también buenos ciudadanos; una educación que infundiera en los hombres el deseo de participar en la vida diaria y los asuntos públicos de la comunidad”; Eugenio Garin, reconocido especialista del pensamiento humanístico, afirma “se ha dicho que Vergerio, como todos los primeros humanistas, une indisolublemente la cultura a la vida civil, y quiere formar al príncipe, al capitán y, en general, al hombre político. Su ideal es la vida civil.” (*L'educazione in Europa (1400-1600)*, p. 132). Entre los segundos, en cambio, Robey (“Humanism and education...”) niega estas interpretaciones, aduciendo que Vergerio buscaba el cultivo de la virtud, que ciertamente tiene una utilidad práctica, pero también otra contemplativa, cf. *infra* nn. 48 y 62. Puede notarse la influencia ciceroniana (no solamente en el estilo) en los humanistas: *Quod munus reipublicae adferre maius meliusve possumus, quam si docemus atque erudimus iuventutem?* [¿Qué regalo mayor podemos presentar a la república que si educamos e instruimos a la juventud?] (*De div.*, II, 4).

29. Estas líneas permiten afirmar que el plan pedagógico de Vergerio se dirige principalmente a varones.

30. Es la única ocasión en que se insiste en la formación religiosa; más adelante se la menciona nuevamente, pero sólo enumerándola. Es otro aspecto digno de atención: los humanistas prefieren la

formación literaria (cf. *infra* la división que Vergerio hace de las ciencias) y moral, no la especulación de asuntos lejanos de la vida del hombre. Sin que esto permita, como ya lo han hecho algunos, afirmar que los humanistas eran ateos, sí cabe resaltar su preferencia por las ciencias humanas, como indica Annunziata Rossi “El Humanismo fue laico, no ateo como será considerado por la Ilustración [...] Soldar el cristianismo con la cultura clásica de Grecia y Roma, conciliarlo con la antigüedad pagana fue una de sus mayores preocupaciones” (“El Humanismo del *Quattrocento*”, p. 37). La teología y la metafísica, las ciencias dominantes durante la Edad Media, ahora son abandonadas para pasar al conocimiento del hombre; los humanistas las sustituyen con la literatura, la filosofía moral y la historia. Llama la atención lo dicho por Mario Alighiero “a menudo el humanismo fue tachado de herejía o considerado fuente de corrupción moral” (*op. cit.*, p. 278).

31.PL., *Grg.*, 526A: χαλεπὸν γάρ, ὦ Καλλίκλεις, καὶ πολλοῦ ἐπαίνου ἄξιον ἐν μεγάλῃ ἐξουσίᾳ τοῦ ἀδικεῖν γενόμενον δικαίως διαβιῶναι [pues es difícil, Calicles, y digno de mucho elogio vivir justamente, habiendo nacido con una gran facultad de cometer injusticia]. Según Kallendorf, Vergerio tradujo este diálogo platónico (p. 323); Vergerio escribe en una carta “*Gorgiam bis ex integro evolvi*” (*Epist.*, CXVI), lo cual, a mi parecer, no significa traducir. En el *Lexicon totius latinitatis* de Forcellini (s. v. *evolvo*), las acepciones que más se adaptan a este pasaje son: *De hominibus, et est legere; explicare, narrare; secum meditari, versare animo, mente volvere*; ninguna que nos permita entender que Vergerio tradujo esta obra, así que cabe interpretar que la leyó dos veces. Los biógrafos principales (cf. *supra*, I, 1, a) no mencionan que Vergerio haya traducido el *Gorgias*, se menciona que tradujo para Segismundo la *Anábasis de Alejandro*;

el erudito alemán Vermeer apunta: “Pier (Pietro) Paolo Vergerio der Ältere (1370-1444) hatte Flavius Arrians (2 Jh. n. Chr.) *Anabasis Alexandrers* aus dem Griechischen übersetzt” (*Das Übersetzen in Renaissance und Humanismus (15. und 16. Jahrhundert) – Band 1: Westeuropa*, p. 188); también Paul Botley escribe: “Vergerio says that he read the *Gorgias* in Greek twice at Padua [...] He quoted *Gorgias* 526a in Latin in his *De ingenuis moribus*, Kallendorf says that Vergerio translated *Gorgias*. I have not come across this translation” (*Latin translation in the renaissance. The theory and practice of Leonardo Bruni, Giannozzo Manetti and Desiderius Erasmus*, p. 13, n. 45), en obras dedicadas a revisar las traducciones realizadas por los humanistas no cabría la omisión de este diálogo. Kallendorf simplemente escribe “a work translated by Vergerio”, sin argumentar o señalar las fuentes de su aseveración; Vergerio solamente tradujo esta línea del diálogo y *ad hoc*, sin que esto signifique que hubiera realizado una versión anterior. La traducción se atribuye a Bruni: “uno de los diálogos que estudian con mayor atención es el *Gorgias*. Lo analiza Vergerio, Bruni lo traduce” (Eugenio Garin, *Medievo y Renacimiento*, p. 184).

32.Cf. QUINT., *Inst.*, I, 2, 6: *mollis illa educatio quam indulgentiam vocamus, nervos omnes et mentis et corporis frangit* [aquella educación suave que llamamos indulgencia, rompe todos los nervios de la mente y del cuerpo].

Se trata de cuáles son los estudios liberales y de éstos en general

33.Aquí comienza la segunda parte del tratado que consiste propiamente en la propuesta pedagógica de Vergerio. Primeramente, el autor indica en dos partes su definición de estudios liberales; ésta es la primera: *Liberalia igitur studia vocamus quae sunt homine libero*

digna, en la cual, según entiendo, se requiere que el hombre sea libre **antes** (cf. *infra*) de comenzar su estudio y pueda ejercitar o buscar la virtud y la sabiduría; sin embargo, más adelante, en la segunda parte de su definición (§ 40), Vergerio divide los estudios liberales en dos partes: los que **hacen** libre al hombre (*philosophia vero idcirco est liberalis quod eius studium liberos homines efficit*) y los que permiten que **ejercite** la virtud y convienen al hombre libre (*ceterae quidem artium liberales dicuntur quia liberos homines deceant*). Evidentemente, Vergerio elaboró su definición a partir de lo dicho por Séneca (*Ep. LXXXVIII, 1-2*): *Quare liberalia studia dicta sunt vides: quia homine libero digna sunt. Ceterum unum studium vere liberale est quod liberum facit* [ves por qué se llaman estudios liberales: porque son dignos del hombre libre. Por lo demás, un estudio es verdaderamente liberal, porque hace libre al hombre]. Que deben ser anteriores a la virtud también lo dice el cordobés: *Non discere debemus ista, sed didicisse* [No debemos aprender estos estudios, sino haberlos aprendido]. Sobre el amor por la gloria cf. *supra*, comentario 14.

34. Cf. SEN, *De ot.*, V, 3: *curiosum nobis natura ingenium dedit* [la naturaleza nos dio un ingenio curioso]; ARIST., *Metaph.*, I, Πάντες ἄνθρωποι τοῦ εἰδέναι ὀρέγονται φύσει [por naturaleza, todos los hombres desean conocer].

35. *G.*, III, 165.

36. Sobre Catón, cf. Val. Max., VIII, 7, 1: *Cato sextum et octogesimum annum agens, [...] Graecis litteris erudiri concupiuit, quam sero, inde aestimemus, quod etiam Latinas paene iam senex didicit* [Catón, a la edad de ochenta y seis años... anheló instruirse en las letras griegas; qué tarde, podemos estimarlo a partir de que también aprendió, ya anciano, las letras latinas]; CIC., *Sen.*, VIII, 26 (habla Catón): *et*

ego qui litteras Graecas senex didici [y yo que, anciano, aprendí las letras griegas]. Sobre Sócrates (*ibidem*): *Quod cum fecisse Socratem in fidibus audirem* [Como oyera lo que hizo Sócrates con las cuerdas]; más adelante (§ 42) Vergerio recuerda este episodio.

37.Cf. CIC., *Tusc.*, III, 2, 5: *nunc parvulos nobis dedit igniculos, quos celeriter malis moribus opinionibusque depravati sic restinguimus, ut nusquam naturae lumen appareat. Sunt enim ingeniis nostris semina innata virtutum, quae si adolescere liceret, ipsa nos ad beatam vitam natura perduceret* [ahora nos dio pequeñas chispitas, que rápidamente extinguimos, depravados por las malas costumbres y opiniones, de tal modo que en ninguna parte aparezca la luz de la naturaleza. Pues en nuestros ingenios hay semillas innatas de virtudes, que, si se les permitiera crecer, la misma naturaleza nos llevaría a la vida feliz].

38.Casi al inicio de este párrafo, Vergerio propone que, en caso necesario, mediante amenazas y azotes (*minis flagrisque*) se obligue al alumno a dedicarse al estudio, pero también hace notar que no hay que excederse con estos recursos, ya que se provoca que el niño crezca atemorizado y, temiendo errar, evite arriesgarse a realizar hazañas virtuosas; es mejor utilizar regalos e incitar en el adolescente el deseo de honor y gloria (cf. *supra* n. 14). Vergerio trata, así, un aspecto difícil de la educación: el respeto al niño y a su disposición natural, evitando en lo posible el maltrato físico.

39.CIC., *Tusc.*, I, 80, 10: *Aristoteles quidem ait omnis ingeniosos melancholicos esse* [Aristóteles dijo que todos los ingeniosos son melancólicos].

40.VERG., *Aen.*, VI, 129-130.

41.Este episodio de la vida de Hércules lo narra Jenofonte (*Mem.*, II, 1ss), donde refiere lo dicho por Pródico.

Trata el excelente estudio: a saber, el de las armas y de las letras

42.Cf. AUR. VICT., *Epit.*, XLI, 8: *infestus litteris, quas per inscitiam immodicam virus ac pestem publicam nominabat* [infestado por las letras, a las que, por su inmoderada ignorancia, nombraba veneno y peste pública].

43.Con este simple pronombre Vergerio muestra una de las principales transformaciones del pensamiento renacentista: durante la Edad Media, la filosofía se basaba en la obra de Aristóteles (por cierto, no en griego, sino mediante traducciones latinas), al grado de que el argumento llegó a ser *ille dixit* [sc. Aristóteles]; en Vergerio, este pronombre está en lugar de Platón, el filósofo de los humanistas; cf. Annunziata Rossi: “Platón conquistará a los humanistas [...] Aristóteles deja de ser el oráculo que había representado para la Escolástica; los humanistas rehúyen el opresivo mundo aristotélico” (“Medievo y Renacimiento” p. 14); también Baron apoya esta ruptura y afirma que “la vieja idea que se tiene del Renacimiento como un rompimiento relativamente súbito con la tradición medieval no estaba del todo equivocada” (*op. cit.*, p. 106); a partir de la filosofía platónica (leída en griego) los humanistas construyeron sus propuestas. Sin embargo, no hay que creer que despreciaran al estagirita (el mismo Vergerio lo cita en más de una ocasión), sino que reconocían que había algo más que Aristóteles, como dijo Petrarca: “*Contra Aristotilem nichil, sed pro veritate aliquid, quam licet ignorans amo [...] Scio in libris eius multa disci posse, sed et extra sciri aliquid posse credo, et antequam Aristotiles scriberet, antequam disceret, antequam nasceretur, multa aliquos scisse non dubito: Homerum, Hesiodum, Pithagoram, Anaxagoram, Democritum, Dyogenem, Solonem, Socratem, et philosophie principem*

Platonem” [Contra Aristóteles, nada, pero algo en favor de la verdad, la cual amo, aunque yo sea ignorante... Sé que en sus libros pueden aprenderse muchas cosas, pero también creo que puede saberse algo fuera (de ellos) y antes de que Aristóteles escribiera, antes de que aprendiera, antes de que naciera, no dudo de que algunos sabían muchas cosas: Homero, Hesíodo, Pitágoras, Anaxágoras, Demócrito, Diógenes, Solón, Sócrates y Platón, el príncipe de la filosofía] (*De sui ipsius et multorum ignorantia*, pp. 110-112). Con el paso del tiempo Pierre de la Ramée llegó incluso a afirmar, en 1536: *quaecumque ab Aristotele dicta sint, commenticia esse* [cualesquiera cosas que fueran dichas por Aristóteles, son inventadas] (Ruggiero Romano, *Los fundamentos del pensamiento moderno*, p.145). La contraposición entre humanistas y escolásticos se vio más claramente en las teorías pedagógicas, como afirma Jaques Lafaye: “el abuso de la palabra ‘humanismo’ lo ha vaciado en buena medida de su significado original: una cruzada de maestros ‘gramáticos’ contra teólogos ‘escolásticos’, o sea una revolución pedagógica” (*Por amor al griego*, p. 22). Acerca de la doctrina platónica sobre los filósofos gobernantes, cf. PL. *Resp.*, 473d: Ἐὰν μὴ, ἦν δ’ ἐγώ, ἢ οἱ φιλόσοφοι βασιλεύσωσιν ἐν ταῖς πόλεσιν ἢ οἱ βασιλῆς τε νῦν λεγόμενοι καὶ δυνάσται φιλοσοφήσωσι γνησίως τε καὶ ἰκανῶς, καὶ τοῦτο εἰς ταῦτόν συμπέσῃ, δύναμις τε πολιτικὴ καὶ φιλοσοφία, ... οὐκ ἔστι κακῶν παῦλα [Dije yo, a menos que los filósofos gobiernen las ciudades o los que ahora se llaman reyes y gobernantes filosofen de manera auténtica y suficiente, y esto coincida hacia los mismo, la política y la filosofía... no cesarán los males]; cf. *Ep.* VII, 327d-328d.

44. La educación humanística no consiste solamente en la formación intelectual, sino también, como ya lo planteaba la *paideia* griega, en “la inclusión de valores éticos y estéticos [...], y finalmente, el

presupuesto de que el hombre, como hombre, tiene deberes frente a todos los otros hombres” (Patricia Villaseñor, *op. cit.*, p. 306).

45. Es de notar el uso insistente que Vergerio hace de los acontecimientos históricos, ejemplificando lo que afirmará después sobre el valor y la utilidad de la historia pagana, que implica un “rechazo de la historia sagrada, en la que el hombre, claro está, participa, pero no es agente. El Renacimiento hace del hombre sujeto de su acción” (Gérard Mairet, *Edad Media, humanismo, renacimiento, nacimiento de una ideología*, p. 367); además, no es casual la referencia al pasado de las culturas clásicas, pues “los humanistas tuvieron el raro privilegio de elegir un pasado” (Jorge Velázquez, *¿Qué es el Renacimiento?*, p. 94).

46. Cf. SUET., *Claud.*, 41-42; Ner. 10; 52.

47. Cf. CIC., *Arch.*, 7: *Studia adulescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solacium praebent, delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur* [Los estudios alimentan la adolescencia, recrean la vejez, adornan las cosas favorables, proveen refugio y consuelo en las adversas, deleitan en casa, no estorban fuera, con nosotros pernoctan, viajan, van al campo].

48. Algunos humanistas dedicaron gran parte de sus reflexiones para apoyar la vida contemplativa; otros defendían la vida activa. Petrarca “da inicio, y esto sin ambivalencia, al debate sobre la relación entre la vida activa y vida contemplativa, que será otro de los grandes tópicos del *Quattrocento*” (Annunziata Rossi “Medievo y Renacimiento”, p. 13). Si revisamos la literatura humanista, podremos encontrar infinidad de testimonios y argumentos relativos a este asunto. Un ejemplo en el que Vergerio participó ya fue mencionado en la pág. 4.

49.SUET., *Dom.*, III, 1.

50.AUR. VICT., *Caes.*, X, 6.

51.Cf. CIC., *Off.*, III, 1: *P. Scipionem, Marce fili, eum, qui primus Africanus appellatus est, dicere solitum scripsit Cato, qui fuit eius fere aequalis, numquam se minus otiosum esse, quam cum otiosus, nec minus solum, quam cum solus esset* [Hijo mío, Marco, Catón escribió que P. Escipión, quien fue el primero en ser llamado Africano, y coetáneo suyo, solía decir que nunca estaba menos ocioso que cuando estaba ocioso, ni menos solo que cuando estaba solo].

52.Cf. VAL. MAX., VIII, 7 *Cato ita doctrinae cupiditate flagrauit, ut ne in curia quidem, dum senatus cogitur, temperaret sibi quo minus Graecos libros lectitaret* [Catón ardió de tal modo por el deseo de enseñanza, que ni siquiera en la curia, mientras se reunía el senado, se controlaba para leer libros griegos].

53.Comienza Vergerio su *laus litterarum*; cabe resaltar simplemente algunos puntos por los que Vergerio considera que la lectura es valiosa. Mediante ella podemos charlar con los antiguos y los venideros (recuérdese la frase de Petrarca *simul ante retroque prospiciens*) y, así, aprender de los hechos pasados (cf. *infra* sobre el valor de la historia).

54.Cf. CIC., *Arch.*, VI, 14: *Sed pleni omnes sunt libri, plenae sapientium voces, plena exemplorum vetustas: quae iacerent in tenebris omnia, nisi litterarum lumen accederet* [mas están llenos todos los libros, llenas las voces de los sabios, llena la antigüedad de ejemplos: yacería todo ello en las tinieblas, si no se acercara la luz de las letras].

55.Cf. PLIN. *Ep.*, I, 9: *Mecum tantum et cum libellis loquor. O rectam sinceramque vitam! O dulce otium honestumque ac fere omni negotio pulchrius* [solamente hablo conmigo y con los libros. ¡Oh vida

correcta y sincera! ¡Oh dulce y honesto ocio y más bello que casi toda ocupación!].

56.CIC., *Fam.*, IX, 1 (Kallendorf).

57.Sobre el estudio del griego por parte de los humanistas, cf. *supra* pp. 24-25.

58.ARIST. *Pol.*, 1337b: ἔστι δὲ τέτταρα σχεδὸν ἃ παιδεύειν εἰώθασι, γράμματα καὶ γυμναστικὴν καὶ μουσικὴν καὶ τέταρτον ἔνιοι γραφικὴν [son aproximadamente cuatro las cosas que acostumbran enseñar, letras y gimnasia y música y, en cuarto lugar, algunos, dibujo]. A ésta última, identificada como dibujo, Vergerio también la llama *protractiva*. En la traducción, opté por llamar a la primera ‘dibujo’, como se acostumbra, la segunda, en cambio, la traduje por ‘pintura’, esto con base en lo que se lee en el *Glossarium mediae et infimae latinitatis* de Du Cange (s. v. *protrahere*): pingere, effingere.

59.Al parecer, no convence del todo a Vergerio que la apreciación artística sea liberal; sin embargo, recordemos que los romanos concedían importancia a este aspecto como propio de las humanidades, según leemos en Varrón: *aliud homini, aliud humanitati satis est, quodvis sitienti homini poculum idoneum, humanitati <ni>si bellum parum* [una cosa es suficiente para el hombre, otra para la cultura, cualquier vaso es idóneo para el hombre sediento, para la cultura es poco si no es bello] (*L.*, VIII, 31).

60.Cf. Pl., *Resp.*, 376e: Τίς οὖν ἡ παιδεία; ἢ χαλεπὸν εὐρεῖν βελτίω τῆς ὑπὸ τοῦ πολλοῦ χρόνου ἠύρημένης; ἔστιν δέ που ἡ μὲν ἐπὶ σώμασι γυμναστικὴ, ἡ δ’ ἐπὶ ψυχῇ μουσικὴ [¿Cuál, pues, será su educación? ¿O será difícil hallar algo mejor que la hallada por mucho tiempo? Y es la gimnasia, para el cuerpo, y la música, para el alma]. Aquí, además, resalta el hecho de que se busca la educación de los dos elementos constitutivos del hombre; también Marrou ha resaltado

este aspecto de la educación griega, pues, “en la educación homérica, el elemento intelectual está representado esencialmente por la música” (cf. *op. cit.*, p. 43), y “su cultura y su educación [sc. de los griegos] eran más artísticas que científicas, y su arte era musical antes que literario o plástico” (cf. *ibid*, p. 74); sobre el influjo de la música en el alma, cf. PL., *Resp.*, 398d-402 y *Prt.*, 326. Cabe entender que aquí, Platón se refiera, con música, a la formación en las artes de las Musas.

61.Cf. QUINT., *Inst.*, XI, 2,1: *Memoriam quidam naturae modo esse munus existimauerunt [...] Nam et omnis disciplina memoria constat, frustra que docemur si quidquid audimus praeterfluat* [algunos estimaron que la memoria era un regalo de la naturaleza... Pues toda disciplina consta de memoria, y en vano nos educamos si cualquier cosa que oímos se escapa]; también CIC., *De Or.*, 1, 5: *Memoria est thesaurus omnium rerum et custos* [la memoria es el tesoro y el vigilante de todas las cosas].

62.Cf. Juvenal, XIV, 70-74: *Gratum est quod patriae civem populoque dedisti, / si facis, ut patriae sit idoneus, utilis agris, / utilis et bellorum et pacis rebus agendis. / Plurimum enim intererit, quibus artibus et quibus hunc tu / moribus instituas*; [es grato que hayas dado a la patria y al pueblo un ciudadano, si haces que sea idóneo para la patria, útil para los campos, y útil para las acciones de las guerras y de la paz. Muchísimo, pues, importará con qué artes y con qué costumbre lo eduques tú]; cf. *supra* nn. 28 y 48.

63.Cf. SEN., *Ep.* II: *Illud autem vide, ne ista lectio auctorum multorum et omnis generis voluminum habeat aliquid vagum et instabile [...] Probatos itaque semper lege, et si quando ad alios deverti libuerit, ad priores redi* [mas ve eso, que esa lectura de muchos autores y de toda clase de obras no tenga algo vago e inestable... lee siempre los

buenos y, si alguna vez te placiera desviarte a otros, regresa luego a los primeros]; también *Ep.*, XLV, 1: *Non refert quam multos libros, sed quam bonos habeas* [no importa cuántos libros tengas, sino qué tan buenos].

64.Cf. QUINT., *Inst.*, II, 3, 2-3: *Qua in re mihi non arbitror diu laborandum ut ostendam quanto sit melius optimis inbui, quanta in eluendis quae semel insederint uitiiis difficultas consequatur, cum geminatum onus succedentis premat, et quidem dedocendi grauius ac prius quam docendi: propter quod Timotheum clarum in arte tiliarum ferunt duplices ab iis quos alius instituisset solitum exigere mercedes quam si rudes traderentur* [en ese asunto no pienso que deba esforzarme mucho para mostrar cuán mejor sea impregnarse con los óptimos, con cuánta dificultad se consigue borrar los vicios que se han asentado, porque una doble carga oprimirá a los profesores siguientes, y ciertamente es más pesado desenseñar antes que enseñar; por lo que dicen que Timoteo, famoso en el arte de la flauta, exigía a quienes otro había educado, el doble de la paga que a los que le llevaban como principiantes].

65.Cf. SEN., *Ep.*, II, 4: *Distringit librorum multitudo; itaque cum legere non possis quantum habueris, satis est habere quantum legas [...]* *Fastidientis stomachi est multa degustare; quae ubi varia sunt et diversa, inquinant non alunt [...]* *unum excerpe quod illo die concoquas* [una multitud de libros destruye, y así como no puedes leer cuanto tienes, es suficiente tener cuanto leas... es propio de un estómago hastiado probar muchas cosas; cuando éstas son variadas y diversas, contaminan, no alimentan... toma una sola cosa que puedas digerir ese día].

66.Cf. SEN., *Ep.*, II, 3: *Non conualescit planta quae saepe transfertur* [no crece la planta que se transplanta con frecuencia]. En cuanto al

proverbio que menciona Vergerio, solamente puede leerse: *vina generosa spiritu destituuntur et vigore si saepius transvasantur*, en los *Sermones panegyrici breves de sanctis* de Ulrich Dirrhaimer, muy posterior a Vergerio.

67.Cf. CIC., *Sen.*, XI, 38: *exercendae memoriae gratia, quid quoque die dixerim, audierim, egerim, commemoro vesperi* [para ejercitar la memoria, recuerdo en la tarde también qué dije, qué escuché, qué hice en el día].

68.Llama la atención este aspecto: el primer paso para el aprendizaje es dudar; ya no se requiere exclusiva y primeramente la fe, sino lo contrario, la duda. De aquí parte el deseo de saber y entender, lo cual considero otro aporte de la pedagogía de Vergerio.

69.Vicio que aún vemos en nuestros días: ante la dificultad que tiene el lector para entender un texto, se decide afirmar que el autor no escribió correctamente. Los humanistas promoverán una lectura atenta de los clásicos; por ello, es necesario el estudio de la gramática (griega y latina) para poder acceder a las fuentes del conocimiento.

70.HOM., *Il.*, Γ, 179.

71.Cf. HOR., *Carm.*, I, 8, 3-4: *cur apricum / oderit campum patiens pulveris atque solis* [¿por qué odia el campo soleado, soportando el polvo y el sol?].

72.Cf. SEN., *De brev.*, I, 3-4: *Non exiguum temporis habemus, sed multum perdidimus [...]* *Ita est: non accipimus brevem vitam, sed fecimus* [no tenemos poco tiempo, sino que hemos perdido mucho... así es, no recibimos una vida breve, sino que la hemos hecho].

73.Nuevamente, al parecer de Salutati, Vergerio incurre en un error histórico: *et ubi refers 'Africanus, nondum pubes, patrem suum, gravi confectum vulnere, protegens hostibus eripuit', cave, quoniam 'iam*

decem et octo annos natus,’ ut vult Plinius libro primo ‘*adhuc praetextatus*’. [...] *quod et pro historiae fide corrigendum censeo.* [y donde refieres ‘Africano, aún no púber, sustrajo a su padre, afectado por una herida grave’, protegiéndolo de los enemigos, ten cuidado, puesto que ‘ya tenía dieciocho años’ como afirmó Plinio en su primer libro, ‘todavía con la toga pretexta’, lo cual considero que debe corregirse en favor de la historia] (*Epist.*, CXXXIX). A lo que Vergerio responde: *Tu enim idoneis testibus puberem fuisse confirmas. Ego opinor nihil eo temere affirmare voluisse, praesertim cum et periculosum esset inconsultis auctoribus historiarum id asserere et certificari de hoc facile factu fuerit, aut, quod erat facilius, praetermittere. Itaque magis opinor a me positum vixdum pubes, aut certe ita ponere voluisse. Nam inquisitionem adhibitam memini, sed manu, ut saepe evenit, ab intentione deviasse.* [tú, pues, afirmas con testigos idóneos que era púber. Yo creo que no quise afirmar nada sin ton ni son, principalmente porque fue peligroso aseverarlo sin consultar a los autores de las historias, y, fácil certificar, sobre esto, lo que era más fácil, u omitirlo. Así, creo más que puse ‘apenas púber’ o ciertamente así quise ponerlo. Pues recordé la investigación realizada, pero mi mano se desvió de la intención, como suele suceder] (*Epist.*, XXIX).

74. Al respecto, Kallendorf anota: “Ubertino was eleven years old. Ubertino’s role at the battle of Brescia (24 October 1401), in which Gian Galeazzo defeated the imperial army, is only attested in contemporary sources written by Vergerio” (p. 327).

75. Sobre los aspectos que debe incluir la formación militar, cf. *PL. Leg.*, 813e ss.

76. *Carm.*, III, 2, 1-6. No es fortuita la mención de estos versos, pues el poema trata de los tres aspectos de la educación de los jóvenes:

arte de la guerra, arte poética y piedad, los ideales de la educación antigua.

77.Cf. SEN., *QNat.*, IV praef., 18: *adice uictus parsimoniam, sermonis modestiam, aduersus minores humanitatem, aduersus maiores reuerentiam* [añade sobriedad de alimento, modestia de plática, afabilidad con los menores, reverencia con los mayores].

78.Cf. VAL. MAX, VIII, 8, 1-2 y CIC., *De Or.*, II, 22: *Saepe ex socero meo audiui, cum is diceret socerum suum Laelium semper fere cum Scipione solitum rusticari eosque incredibiliter repuerascere esse solitos, cum rus ex urbe tamquam e vinclis evolavissent. Non audeo dicere de talibus viris, sed tamen ita solet narrare Scaevola, conchas eos et umbilicos ad Caietam et ad Laurentum legere consuesse et ad omnem animi remissionem ludumque descendere* [con frecuencia escuché de mi suegro, cuando él decía que su suegro Lelio solía ir al campo casi siempre con Escipión y que ellos increíblemente solían volverse niños cuando volaban al campo desde la ciudad, como desde la cárcel. No me atrevo a hablar de tales hombres; sin embargo, así suele narrar Escévola: que ellos acostumbraban ir a Cayeta y a Laurencio a recoger conchas y caracoles y a descender a todo esparcimiento del juego y del ánimo].

79.*Sat.*, II, 2, 12.

80.PLUT., *Lyc.*, 24, 4-25, 3.

81.Cf. HOM, *Il.*, I, 186: τὸν δ' εὖρον φρένα τερπόμενον φόρμιγγι λιγείη [y lo encontraron deleitando su ánimo con la sonora forminge].

82.Vergerio ya había hablado del valor educativo de la música; la danza no le parece digna de un hombre noble, en lo cual concuerda con la visión de la época helenística, en la que “la danza fue eliminada de la cultura liberal: ya no es más que un espectáculo,

objeto de gran afición, pero cuya práctica personal avergonzaría a un hombre de mundo” (Marrou, *op. cit.*, p. 197).

83.Cf. EUS., *Comm. in Od.*, I, 28, 1: Παλαμήδης εὐρεῖν αὐτὴν [sc. πεττεῖαν] λέγεται. [se dice que Palamedes inventó el juego de damas].

84.Cf. Suet., *Claud.*, 33: *aleam studiosissime lusit, de cuius arte librum quoque emisit, solitus etiam in gestatione ludere* [jugó con mucha dedicación a los dados, de cuya técnica también publicó un libro e incluso solía jugar cuando paseaba en litera].

85.Cf. FEDR., *Fab.*, III, 14, 10: *Cito rumpes arcum semper si tensum habueris* [rápido romperás el arco, si siempre lo tienes tenso].

86.Cf. SEN., *Ep.*, LXXXII, 3: *Otium sine litteris mors est et hominis vivi sepultura* [el ocio sin letras es la muerte y sepultura del hombre vivo].

87.Cf. SEN., *Ep.*, V, 1-2: *Illud autem te admoneo, ne eorum more qui non proficere sed conspici cupiunt facias, aliqua quae in habitu tuo aut genere vitae notabilia sint; asperum cultum et intonsum caput et negligentiore[m] barbam et indictum argento odium et cubile humi positum et quidquid aliud ambitionem perversa via sequitur evita* [mas te advierto esto, que no hagas cosas que sean notables en tu hábito o en tu estilo de vida como los que no desean mejorar sino ser admirados: el atavío burdo, la cabeza con el cabello largo, la barba muy descuidada, un indecible odio al dinero, el lecho puesto en el suelo, y evita cualquier cosa que siga la ambición por una vía perversa].

Conclusio

88.Kallendorf no señala este párrafo como ‘*conclusio*’, considero que hay que marcarlo como tal.

89.Cf. SEN., *De vita beata*, VIII, 2, 2: *Idem est ergo beate vivere et secundum naturam* [es lo mismo, entonces, vivir felizmente y vivir según la naturaleza].

90.Como ya mencioné, el plan educativo de Vergerio parte de la índole natural del adolescente, quien deberá afanarse en desarrollar las virtudes que la naturaleza le ha dado. En esto, es notoria la influencia ciceroniana: *etiam illud adiungo, saepius ad laudem atque virtutem naturam sine doctrina quam sine natura valuisse doctrinam* [también añado, que para la alabanza y la virtud, la naturaleza sin enseñanza fue mejor muy frecuentemente, que la enseñanza sin naturaleza] (*Arch.*, VII, 15).

IV. CONCLUSIÓN

En este trabajo he presentado, muy sucintamente, los rasgos más destacados del llamado humanismo que se hallan en la obra de Vergerio, principalmente en su tratado *De ingenuis moribus*. Si, de una u otra manera, la cultura grecolatina sigue presente en nuestros tiempos, esto ha sido posible gracias a los humanistas y a su labor de rescate de los textos con los que se pudo construir otra propuesta para la formación del hombre.

Vergerio ofrece para su época una nueva forma de educar. Su plan pedagógico no es una creación *ex nihilo*, sino un replantear los modelos con que los antiguos acometían la formación íntegra del hombre. Su tratado es una mirada al pasado que implica recobrar conocimientos que la Edad Media había desatendido; para ello, Vergerio recurrió a las fuentes del saber, es decir, a los escritos de griegos y romanos, orígenes de la cultura occidental; él quiere presentar esas fuentes a sus contemporáneos; por ello, su peculiaridad radica en una labor de doble mirada, hacia el pasado y hacia el futuro, sin perder su *hic et nunc*. Con esto, manifiesta su carácter humanista.

Ahora bien, si revisamos algunos planteamientos modernos sobre la educación, descubriremos que gran parte de sus frutos hunden sus raíces en la pedagogía humanista y, por ende, en la *paideia* griega y en la *humanitas* romana: la atención a la constitución natural del hombre y sus preferencias, para desarrollarlas; la prohibición del maltrato físico y la planificación de la enseñanza son algunos de esos fundamentos antiguos.

Quizá se podría plantear el modelo humanista para nuestro país, y considero pertinente mirar al pasado para descubrir las soluciones que otros hallaron al enfrentarse a dificultades similares a

las nuestras. Nuestra cultura tiene elementos grecolatinos; el conocerlos nos permitirá comprender gran parte de nuestro presente, para adaptar un modelo educativo más válido. Los clásicos aún tienen invaluable y utilísimos tesoros con los que podemos enriquecer nuestras vidas; realizar el esfuerzo que los humanistas hicieron para poseerlos, sin duda, vale la pena. Si me he ocupado de un humanista en esta etapa de mi formación en Letras Clásicas, como lo dije en el prefacio, se debió a que así hallé una vía para unir nuestra cultura y la clásica.

Sé que aún no termino mi formación, pero esta labor me ha permitido adquirir experiencia para continuar; sin duda los clásicos no están agotados y sus *sapientiae thesauri* están abiertos para que podamos tomar de ellos los recursos para enriquecer nuestras vidas.

Vergero nos plantea una forma de adquirir el conocimiento, de emplearlo para desarrollar nuestras virtudes y de aplicarlo en la construcción de nuestro mundo. Clásicos y humanistas buscaban esto; leerlos y estudiarlos nos permite comprender los pasos que ha seguido nuestra cultura, a fin de entenderla y vivirla. Si logro divulgar esta propuesta y despertar en los estudiosos el interés por este aspecto de la formación humana, habré conseguido uno de mis propósitos al haber decidido tratar de manera indirecta a los clásicos, siempre vivos, siempre presentes, siempre acompañando nuestro camino hacia la humanidad.

Al traducir el texto experimenté las dificultades de aplicar los conocimientos que adquirí durante mi formación académica, especialmente los de lengua latina. Pude percatarme que es muy cierto lo que la mayoría de mis profesores me habían señalado: no basta saber declinar y conjugar para entender un texto. Enfrentarme a la lengua latina de esta obra me permitió ir más allá de la gramática, y

eso es lo que más valoro. Prueba de ello son los comentarios que acompañan la traducción, los cuales no tratan asuntos gramaticales. No quiero que con esto deba entenderse que la gramática es innecesaria; simplemente que hay que usarla como herramienta para acceder al mensaje que nos comparte el autor. Lo valioso es nutrirse con sus conocimientos para seguir en este mundo, viviendo lo más humanamente posible.

V. BIBLIOGRAFÍA

V. 1. Consultada

Texto latino

- VERGERIO, Pier Paolo, *De ingenuis moribus ac liberalibus studiis* en Craig W. Kallendorf (ed.), en *Humanist educational Treatises*, Cambridge-London, Harvard University Press (The I Tatti Renaissance Library 5), 2002.
- ———, *Petri Pauli vergerii de ingenuis moribus una cum commentariis Joannis Bonardi presbyteri Veronensis. Basili de legendis antiquorum libris opusculum divinum. Transductio de tyrannide ex Xenophonte. Guarini Veronensis in Plutarchis [i.e. Plutarchi de liberis educandis] praefatio.* [Xenophon: Hiero <Lat.>], Venetiis: Impressum per Ioannem Tacuinum, 1502. <<http://www.uni-mannheim.de/mateo/itali/vergerio1/jpg/s003a.html>> (01-15 octubre 2013)

Autores grecolatinos¹

- ARISTOTELES, *De anima*, ed. W. D. Ross, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1961. (❖)
- ———, *Politica*, ed. W. D. Ross, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1964. (❖)
- ———, *Metaphysica*, ed. W. D. Ross, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1970. (❖)
- AURELIUS VICTOR, *Epitome de Caesaribus*, ed. F. Pichlmayer, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana,

¹ Con el signo ❖ señalo los textos que obtuve de las bases de datos TLG y PHI mediante el programa Διογένης.

1911. <<http://www.thelatinlibrary.com/victor.caes2.html>> (20 junio 2014)
- —, *Liber de Caesaribus*, ed. F. Pichlmayer, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1911. <http://www.hs-augsburg.de/~harsch/Chronologia/Lspost04/Aurelius/aur_ca00.html> (20 junio 2014)
 - CAESAR, *Libri VII de bello Gallico*, ed. Renatus du Punet, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1959.
 - CICERO, *Epistulae ad familiares*, ed. L. C. Purser, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1901. (❖)
 - —, *De oratore*, ed. A. S. Wilkins, Oxonii, Typographeus Clarendonianus, 1902. (❖)
 - —, *De senectute*, ed. Áurea Ma. Martín, Madrid, Gredos (Textos clásicos anotados), 2000.
 - —, *De divinatione libri duo*, ed. C. F. W. Mueller, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1915. (❖)
 - —, *Tusculanae disputationes*, ed. M. Pohlenz, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1918. (❖)
 - —, *Discurso en favor del poeta A. Licinio Arquías*, intr., tr. y nts. José G. Moreno de Alba, México, UNAM, 1998.
 - —, *De officiis*, ed. Heinz Gunermann, Stuttgart, Reclam, 2007.
 - DIOGENES LAERTIUS, *Vitae philosophorum*, ed. H. Long, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1964. (❖)
 - EUSTATHIUS, *Commentarii ad Homeri Odyseam*, vol. I, ed. G. Stallbaum, Leipzig, Weigel, 1825.

- GELIO, Aulo, *Noches áticas*, intr. tr. y nts. Amparo Gaos, México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2006.
- HOMERO, *Iliada*, intr. tr. y nts. Rubén Bonifaz, México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2005.
- ———, *Odisea*, intr. Albrecht Dihle, tr. y nts. Pedro Tapia Zúñiga, México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2014.
- IUVENALIS, *Saturae*, ed. W. V. Clausen, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1959. (❖)
- MELA, *De Chorographia libri tres*, ed. G. Ranstrand, Göteborg, Acta Universitatis Gothoburgensis, 1971. (❖)
- MENANDER, *Sententiae*, ed. Siegfried Jaekel, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1964.
- NEPOS, Cornelio, *Vite degli uomini illustri*, ed. Cipriano Conti, Roma, Newton, 1995.
- ORAZIO, *Opere*, eds. Tito Colamarino e Domenico Bo, Varese, UTET, 2008.
- PHAEDRUS, *Liber fabularum*, ed. A. Guaglianone, Torino, Paravia, 1969. (❖)
- PLINIUS, *Epistulae*, ed. R. A. B. Mynors, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1976. (❖)
- PLATO, *Opera*, vol. II, ed. J. Burnet, Oxonii, Typographeus Clarendonianus, 1901. (❖)
- ———, *Respublica*, ed. J. Burnet, Oxonii, Typographeus Clarendonianus, 1902.
- ———, *Opera. Tomus III: Theages, Charmides, Laches, Lysis, Euthidemus, Protagoras, Gorgias, Meno, Hippias Maior, Hippias*

- Minor, Io, Menexenus*, ed. Ioannes Burnet, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1903.
- ———, *Opera*, vol. V, ed. J. Burnet, Oxonii, Typographeus Clarendonianus, 1907. (❖)
 - PLAUTUS, *Comoediae*, vol. II, ed. W. M. Lindsay, Oxonii, Typographeus Clarendonianus, 1905. <<http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.02.0043%3Aact%3D4%3Ascene%3D4>> (05 mayo 2014).
 - PLUTARCH, *Plutarch's lives*, vol. I, ed. B. Perrin, Cambridge, Harvard University Press, 1967. (❖)
 - ———, *Vitae parallelae*, vol. I, ed. K. Ziegler, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1969. (❖)
 - QUINTILIANUS, *Institutionis Oratoriae Libri Duodecim. Tomi I et II, s/l*, ed. M. Winterbottom, 1970.
 - SALLUSTIUS, *Catilina, Iugurtha, fragmenta ampliora*, ed. A. Kurfess, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1957. (❖)
 - *Scriptores Historiae Agusutae*, vol. I., ed. E. Hohl, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1965. (❖)
 - SENECA, *Naturales Quaestiones*, II vols., ed. P. Oltramare, Paris, Les Belles Lettres, 1929. (❖)
 - ———, *Dialogi*, ed. L. D. Reynolds, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1977. (❖)
 - ———, *Tragoediae*, ed. O. Zwierlein, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1987. (❖)
 - ———, *Ad Lucilium epistulae morales. Tomi I et II*, ed. L. D. Reynolds, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1991.

- SUETONIUS, *Vita dei Cesari*, ed. Francesco Casorati, Roma, Newton, 2008.
- TERENCE, *Comoediae*, ed. R. Kauer, Bielefeld-Leipzig, Velhagen und Klasing, 1958. (❖)
- VALERIUS MAXIMUS, *Factorum et Dictorum Memorabilium Libri Novem cum Iulii Paridis et Ianuarii Nepotiani Epitomis*, ed. C. Kempf, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1888. (❖)
- VARRO, *De lingua Latina*, ed. G. Goetz; F. Schoell, Lipsiae, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, 1910. (❖)
- VERGILIUS, *Opera*, ed. Sixto Colombo, Torino, Società Editrice Internazionale, 1945.
- XENOPHON, *Opera omnia*, vol. II, ed. E. E. Marchant, Oxonii, Oxford University (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1971. (❖)

General

- ABBAGNANO, N. y A. VISALBERGHI, *Historia de la pedagogía*, tr. Jorge Hernández, Fondo de Cultura Económica, México. 2008.
- ALIGHIERO Anacorda, Mario, *Historia de la educación 1. De la antigüedad al 1500*, tr. Miguel Martí, México, Siglo XXI, 2009.
- CARLO A. Combi (ed.), *Epistole di Pietro Paolo Vergerio, seniore da Capodistria*, Venezia, Deputazione Veneta sopra gli Studi di Storia Patria, 1887.
- BARON, Hans, *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio de pensamiento medieval al moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BOWEN, James, *Historia de la educación occidental. Tomo 2 La civilización de Europa, siglos VI-XVI*, tr. J. López, Barcelona, Herder, 1986.

- DELUMEAU, Jean, *La civilización del Renacimiento*, tr. Dolores Sánchez, Barcelona, Juventud (Las grandes civilizaciones), 1977.
- ESTEBAN, León, *La educación en el Renacimiento*, Madrid, Síntesis (Teoría e Historia de la Educación, 1), 2002.
- FERNÁNDEZ Gallardo, Luis, *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Arco Libros, 2000.
- GARIN, Eugenio, *Medioevo y Renacimiento*, tr. Ricardo P., Madrid, Taurus, 1981.
- ———, *La educación en Europa, 1400-1600. Problemas y programas*, tr. Ma. Elena Méndez, Barcelona, Crítica, 1987.
- ———, *L'Umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento*, Roma-Bari, Laterza (Biblioteca storica, 7), 1993.
- HERRERO, Víctor J., *Introducción al estudio de la filología latina*, Madrid, Gredos, 1976.
- HUBIG, Christoph, “Humanismo. El descubrimiento del yo individual y la reforma educativa”, *Historia de la Literatura III. Renacimiento y Barroco, 1400-1700*, trad. de Julián Aguirre Muñoz, Madrid, Akal, 1991, pp. 30-57.
- JAEGER, Werner, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, tr. Joaquín Xirau y Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1962².
- LAFAYE, Jaques, *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- LE GOFF, Jacques, *Il corpo nel Medioevo*, tr. Fausta Cataldi Villari, Roma, Laterza (Economica Laterza, 416), 2008².
- MANN, Nicholas, “Orígenes del humanismo”, en *Introducción al humanismo renacentista*, Jill Kraye (ed.), tr. Luís Cabré, Madrid, Cambridge University Press, 1998.

- MARROU, Henri-Irénée, *Historia de la educación en la antigüedad*, tr. Yago Barja de Quiroga, México, Fondo de Cultura Económica (Educación y Pedagogía), 1998.
- MCMANAMON, John M., *Pierpaolo Vergerio the Elder. The Humanist as Orator*, Arizona, Medieval and Renaissance Texts and Studies (v. 163), 1996.
- NEMETH, Gizella et Adriano PAPO, “Pier Paolo Vergerio il Vecchio. Una breve biografía”, en *Petrus Paulus Vergerius. De ingenuis moribus et liberalibus studiis adolescentiae*, Koper, Biblioteca centrale Srečko-Vilhar-Capodistria (Bibliotheca iustinopolitana n. 2), 2012, pp.49-55.
- PETRARCA, Francesco, *De sui ipsius et multorum ignorantia. Über seine und vieler anderer Unwissenheit*, Übersetzt von Klaus Kubush, Hamburg, Meiner (Philosophische Bibliothek, 455), 1993.
- QUEZADA Alameda, José Luis, *Francesco Petrarca, Africa X*, tesis de licenciatura, México, 2009.
- REEVE, Michael D., “La erudición clásica”, en *Introducción al humanismo renacentista*, Jill Kraye (ed.), tr. Luís Cabré, Madrid, Cambridge University Press, 1998.
- RIGHI, Gaetano, *Historia de la filología clásica*, tr. J. M. García de la Mora, Barcelona, Labor, 1967.
- ROBEY, David, “Humanism and Education in the Early Quattrocento: the *De ingenuis moribus* of P. P. Vergerio”, *Bibliothèque d’humanisme et Renaissance*, XLII, 1980, pp. 27-58.
- ROMANO, Ruggiero et Alberto TENENTI, *Los fundamentos del mundo moderno. Edad media tardía, Reforma, Renacimiento*, tr. Marcial Suárez, México, Siglo XXI (Historia universal, 12), 1971.
- ROSSI, Annunziata, “Medievo y Renacimiento”, en *Ensayos sobre el Renacimiento italiano*, México, UNAM, 2009, pp. 7-26.

- ———, “El humanismo del Quattrocento”, en *Ensayos sobre el Renacimiento italiano*, México, UNAM, 2009, pp. 27-46.
- STROH, Wilfried, *De origine vocum humanitatis et humanismi*, oratio habita in conventu *Humanitas* dicta Neapoli die XX mensis Iulii a. D. 2007. <http://stroh.userweb.mwn.de/schriften/humanitas_neapel.pdf> (23 octubre 2013).
- TAPIA Zúñiga, Pedro C., “La *areté* en la época helenística”, en *Nova Tellus*, 9-10 (1991-1992), pp. 289-301.
- ———, “Cicerón y la teoría del escopo (cómo quería traducir Cicerón)”, en *Nova Tellus*, 14 (1996), pp. 229-256.
- VALLA, Lorenzo, *De linguae Latinae elegantiae*, II vols., intr., ed., tr. y nts. Santiago López M., Madrid, Universidad de Extremadura, 1999.
- VELÁZQUEZ, Jorge, *¿Qué es el Renacimiento? La idea del Renacimiento en la conciencia histórica de la modernidad*, México, UAM, 1998.
- VILLASEÑOR Cuspinera, Patricia “La *humanitas* en Roma”, *Nova Tellus*, 9-10, 1991-1992, pp. 303-314.

Diccionarios y gramáticas

- BASSOLS de Climent, Mariano, *Sintaxis latina*, Madrid, CSIC, 1992.
- CORRIPIO, Fernando, *Diccionario de ideas afines*, Barcelona, Herder, 2007.
- DU CANGE, Charles du Fresne, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, X vols., París, Niort, 1887.
- *Lexicon totius latinitatis* ab Aegidio Forcellini lucubratum, Bologna, 1965.
- LIDDELL, G. et R. SCOTT, *A Greek-English Lexicon*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

- LEWIS, Charlton Thomas, *Oxford latin dictionary*, Oxford, Clarendon Press, 1968.
- PIMENTEL Álvarez, Julio, *Breve diccionario Porrúa latín-español, español-latín*, México, Porrúa, 2009⁵.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española-Espasa Calpe, 2001.
- —, *Diccionario panhispánico de dudas*, Madrid, Real Academia Española-Santillana, 2005.

V. 2. Complementaria

- ABBAGNANO, N. y A. Visalberghi, *Historia de la pedagogía*, tr. Jorge Hernández, Fondo de Cultura Económica, México. 2008.
- ALBRECHT, Michael von, *Historia de la literatura romana II*, tr. Dulce Estefanía y Andrés Pociña Pérez, Barcelona, Herder, 1999.
- BATTAGLIA, Salvatore, *La letteratura italiana. I Medioevo e Umanesimo*, Firenze-Milano, Sansoni-Accademia, 1971.
- BOWEN, James, *Historia de la educación occidental. Tomo 2 La civilización de Europa, siglos VI-XVI*, tr. J. López, Barcelona, Herder, 1986.
- BURCKHARDT, Jakob, *La civiltà del secolo del Rinascimento in Italia*, II vv., tr. D. Valbusa, Firenze, Sansoni, 1876.
- CARFAGNI, Roberto, *L'Umanesimo italiano e i suoi ideali pedagogici: Pier Paolo Vergerio e Leonardo Bruni*, tesis de especialización, Napoli, 2012.
- FAVERO, Alessandra, *Sul 'De ingenuis moribus et liberalibus adulescentiae studiis' di Pier Paolo Vergerio il Vecchio. Circolazione, ricezione, e interpretazione di una raccolta pedagogica umanistica*, tesis de doctorado, Trieste, 2013.

- FERNÁNDEZ Gallardo, Luis, *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Arco Libros, 2000.
- GADOTTI, Moacir, *Historia de las ideas pedagógicas*, tr. Noemí Alfaro, México, Siglo XXI, 1998.
- HELLER, Ágnes, *El hombre del Renacimiento*, tr. José Francisco Ivars y Antonio Prometeo Moya, Barcelona, Península (Historia, Ciencia, Sociedad, 164), 1980.
- KRISTELLER, Paul Oskar, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, tr. Federico Patán López, México, FCE, 1982.
- REYES, Alfonso, *Obras completas. v. XX*, FCE, México, 2000 (1979¹).
- TOFFANI, Giuseppe, “La pedagogia dell’umanesimo”, en *Storia dell’umanesimo. Vol. 2 L’umanesimo italiano (dal XIV al XVI secolo)*, Bologna, Nicola Zanichelli, 1952.
- VOIGT, George, *Il risorgimento dell’Antichità classica, ovvero il primo secolo dell’umanesimo*, tr. D. Valbusa, Firenze, Sansoni, 1888.